

MARIÁ- TEGUI LITE- RARIO

LA CREACIÓN
DEL ESPÍRITU
REVOLUCIONARIO



CLAUDIO BERRÍOS, GONZALO JARA, PATRICIO GUTIÉRREZ
EDITORES

MARIÁTEGUI LITERARIO

LA CREACIÓN DEL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO

EDICIONES INUBICALISTAS

MARIÁTEGUI LITERARIO. LA CREACIÓN DEL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO
JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI LA CHIRA
COMPILACIÓN Y EDICIÓN A CARGO DE: CLAUDIO BERRÍOS, GONZALO
JARA PATRICIO GUTIÉRREZ
DIAGRAMACIÓN Y DISEÑO DE PORTADA: RODRIGO ARROYO CASTRO
PORTADA: JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI ACOMPAÑADO DE MODELOS DE LA
ESCUELA DE ARTE EN ANTICOLI CORRADO, ROMA. 1920. IMAGEN OBTENIDA
DEL ARCHIVO JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI WWW.MARIATEGUI.ORG

**COLECCIÓN DIRIGIDA POR:
DR. OSVALDO FERNÁNDEZ DÍAZ**

COMITÉ ACADÉMICO (CEPIB-UV)

HORACIO TARCUS (CeDINCi)

PABLO GUADARRAMA (UNIVERSIDAD CATÓLICA DE COLOMBIA)
SANTIAGO CASTRO-GÓMEZ (PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVIERIANA)
SARA BEATRIZ GUARDIA (CÁTEDRA JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI)
FRANCISCO JOSÉ MARTÍN (UNIVERSIDAD DE TURÍN)
ÁLVARO MÁRQUEZ-FERNÁNDEZ † (REVISTA PRAXIS)
CÉSAR ZAMORANO (UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE CHILE)
RICARDO PORTOCARRERO (ARCHIVO JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI)
PATRICIO GUTIÉRREZ (UNIVERSIDAD DE VALPARAÍSO)
PATRICIA GONZÁLEZ (UNIVERSIDAD DE PLAYA ANCHA)
LUIS CORVALÁN MÁRQUEZ (UNIVERSIDAD DE VALPARAÍSO)

Í N D I C E

PRÓLOGO	11
SELECCIÓN DE POEMAS	
Spleen	25
Nocturno	26
Nostalgia	27
Morfina	28
Nirvana	29
Coloquio sentimental	30
Plegaria nostálgica	31
Viejo reloj amigo...	32
Poema inédito	33
Inédito: postal para Guillermina	34
LA MARISCALA. POEMA DRAMÁTICO	
PRÓLOGO	37
JORNADA I	41
Escena I	43
Escena II	45
Escena III	50
Escena IV	59
Escena V	62
JORNADA II / Escena IV	65
JORNADA III / Escena II	68
Escena III	70
JORNADA V / Escena I	73
JORNADA ÚLTIMA / Escena I	77
Escena II	79

Escena III	81
Escena IV	84
Escena V	86
Escena VI	87
Escena VII	88
Escena final	91
CUENTOS	
El Jockey Frank	95
Fue una apuesta del five o'clock tea...	103
Historia de un caballo de carrera	113
El príncipe Istar	121
La guerra que pasa...	127
LA NOVELA Y LA VIDA.	
SIEGFRIED Y EL PROFESOR CANELLA	137
JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI.	
ELEMENTOS DE SU FORMACIÓN POLÍTICO-CULTURAL	175

PRÓLOGO

“El espíritu del hombre es indivisible; y no me duelo...
sino por el contrario, la reconozco como una necesidad de plenitud y
de coherencia.”

José Carlos Mariátegui
7 ensayos de interpretación de la realidad peruana, 1928

“Esta es una antología incompleta.
Sobre Mariátegui seguirá cantando el mar.
Lo echarán de menos nuestras praderas,
nuestra desoladas planicies.
El viento en las alturas superiores
lo recuerda.
Nuestro pequeño hombre oscuro
que crece a tumbos
lo necesita porque él nos ayudó
a darle nacimiento.
El comenzó por darnos luz y conciencia.”

Pablo Neruda
Poemas a Mariátegui, 1959

Cada antología puede padecer el peso de repeticiones constantes y monótonas o, en cambio, rearticular miradas novedosas, dinámicas y vitales, que hacen de dichos escritos una actualidad permanente, que nos interpelan con su carga de profundo pasado; dinámicas donde lo acontecido tiene la capacidad de encender nuestro presente y proyectar el futuro. Bajo esta óptica, la obra de José Carlos Mariátegui posee una actualidad permanente.

Mariátegui Literario, la creación del espíritu revolucionario, recoge una serie de escritos que evidencian la sensibilidad espiritual que nutrieron el alma del pensador de Moquegua, mostrando el entretejido traslucido del carácter profundo de su producción artística. Diríamos a nuestro entender, vitalidad fundamental en su proceso de creación teórico político, y expresión primordial en su trayecto de comprensión de las múltiples dimensiones sociales de la realidad peruana, lo que le permitió desarrollar una crítica profunda a los rígidos cánones de la cultura oligárquica del Perú de las primeras décadas de siglo XX.

Es justamente en la producción literaria de Mariátegui, donde se manifiesta con mayor sensibilidad su *creación heroica*. No es muy común que se resalte el universo literario como parte de su producción teórica y política, por el contrario, se muestra como una etapa “juvenil” de poco valor, de la cual el propio Mariátegui renegó de ella denominándola *Edad de Piedra*. Para nuestra comprensión, es una etapa fundamental de su vida, en donde su impulso literario se mezclaba con su labor periodística, desde la cual recorría la cotidianidad social limeña, experiencia que lo llevó a tomar conciencia del juego de la “pequeña” y “gran política” oligárquica. Etapa de su vida, nutrida de un espíritu indomable que lo acompañará hasta su muerte, donde buscó en las expresiones literarias salidas estéticas y políticas para romper los cánones del quietismo aristocrático, del cual el propio Mariátegui se asume como un *litterato inficionado de decadentismos y bizantismos finiseculares*.¹

La imagen de un Mariátegui literario se velaron ante su experiencia europea –entre los años 1919 a 1923- donde se nutren sus ideas socialistas, profundizadas en los años siguientes con sus proyectos culturales y políticos que darán forma a la imagen del teórico marxista más original de América Latina en la década de 1920. Sin embargo, es la producción literaria, un aspecto fundamental al momento de pensar a Mariátegui en su totalidad.

1.- José Carlos Mariátegui, Carta a Samuel Glusberg, Lima, 10 de enero de 1927 (1928). in: *Correspondencia (1915-1930)*, Introducción, recopilación y notas de Antonio Melis, Empresa Editora Amauta, Lima, 1984, p. 331.

Muchos enfoques en los últimos años en torno a Mariátegui no se han percatado que el trabajo literario forma parte de un *eslabón* fundamental en su producción intelectual, ignorando a su vez, la impronta de un ser humano que siente, existe y vive sus tragedias como un cúmulo de sucesos que le permitieron desarrollar una intuición mucho más extensa y profunda de la sensibilidad de la sociedad peruana. Sensibilidad que desarrolló toda su vida como sustrato productivo de sus luchas teóricas y políticas que le imponía la contingencia revolucionaria.

Para Flores Galindo, esta reacción se ejerce ante un determinado medio sociocultural: el de una cotidianidad abrumadoramente diagramada como inmutable por el estilo conservador de la oligarquía dominante. Además, esta misma sensación de aburrimiento mortal la veremos luego extenderse al espacio político donde Mariátegui describe el ejercicio del poder por parte de dicha clase: el parlamentarismo. ² Agotado de

2.- Galindo, Alberto Flores, "Acerca de Juan Croniqueur," Ponencia presentada en el coloquio *Mariátegui y la revolución latinoamericana*, Universidad Autónoma de Sinaloa, Culiacan, abril de 1980, citado in: Terán, Oscar, *Discutir Mariátegui*, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1985, p. 20. Agrega Terán, en definitiva, lo que estas descripciones recogen, es el malestar de los sectores intelectuales- o, mejor dicho, de algunos de estos sectores, dentro de los cuales se halla Mariátegui ante la cerrazón cultural operada por el modelo oligárquico. Solamente a partir de 1919, con la penetración de la Reforma universitaria en la vida peruana, estas pautas comenzarían a modificarse, pero para entonces nuestro autor ya daba término a su primer ciclo formativo. Para un estudio de los intelectuales contemporáneos de José Carlos Mariátegui, Cfr. Walker, Chrles, "Lima de Mariátegui: los intelectuales y la capital durante el oncenio," in: *Socialismo y Participación*, Lima, septiembre, n° 35, 1986, pp.71-88.

ese mundo inmóvil y decadente, en una de sus pocas referencias autobiográfica: por lo demás, con un sentido crítico de dicho periodo, le confiesa a su amigo epistolar Samuel Glusberg, que, “desde 1918 nauseado por la política criolla como diarista, y durante algún tiempo redactor político y parlamentario conocí por dentro los partidos y vi en zapatillas a los estadistas, me orienté resueltamente hacia el socialismo...”³

La antología *Mariátegui Literario, la creación del espíritu revolucionario* reafirma el ideario político de Mariátegui, ya que en ella se manifiesta como la obra del autor va tomando una forma propia y autónoma en el proceso de estructuración de una visión de mundo que le permitió entrar en la sensibilidad de las múltiples capas sociales del Perú. Es un error hablar de un Mariátegui joven, sensible y poético, en contraposición a uno intelectual crítico, racional y teórico. Su obra no se puede dividir en etapas que escindan a un autor en su producción dialéctica, pues el pensador peruano no deja de lado su trabajo literario, más bien, es el sustento emocional de su creación, retazos de profunda humanidad que se encuentran presente en toda su obra.

Los poemas presentes en esta antología corresponden en gran medida al año 1916 –periodo en donde acostumbraba firmar sus trabajos bajo el seudónimo de Juan Croniqueur- cuyas

3.- José Carlos Mariátegui, Carta a Samuel Glusberg, Lima, 10 de enero de 1927 (1928). in: *Correspondencia (1915-1930)*. op., cit., t., ii, p. 331.

líneas manifiestan claramente el espíritu del joven intelectual de Moquegua que comienza a vivir bajo el sentir de una constante decadencia, en la que se encontraban presentes dos mundos, muchas veces antagónicos, pero en los cuales se debía convivir: la interioridad trágica del poeta y la verdad de un mundo abúlico.

La poesía de Mariátegui recibe los rezagos de la *Belle Époque* europea, hermanada al poeta Abraham Valdelomar – autodenominado Conde de Lemos- y al grupo literario *Colónida*. En ellos se encuentran las marcas de una literatura vanguardista que intentó dejar de lado todo atisbo político, considerado como una banalidad, en comparación a los verdaderos problemas del alma. Mariátegui dirá años más tarde, sobre el grupo *Colónida* que *La política les parecía una función burguesa, burocrática, prosaica*.⁴ Sin embargo, Mariátegui nunca despreció la política, en cuanto a su condición de periodista, informado de los temas tanto nacionales como internacionales. Pareciera que este joven José Carlos, respondía a una *rara avis* que deambuló entre el decadentismo exótico de *Colónida*, y un embrionario compromiso con el acontecer político-social de su época.

4.- Mariátegui, José Carlos *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Editora Amauta, Lima, 1994, p. 284.

Los poemas que presentamos en esta antología son: *Spleen*⁵, *Nocturno*⁶, *Nostalgia*⁷, *Morfina*⁸, *Nirvana*⁹, *Coloquio Sentimental*¹⁰, *Plegaria Nostálgica*¹¹, *Viejo reloj amigo...*¹², además incluimos dos

5.- Juan Croniqueur, *Spleen*, revista *Lulú*, año I, n° 3, Lima, 28 de julio de 1915, p. 26; diario *El Tiempo*, Lima, 14 de agosto de 1916, p. 3; *Escritos Juveniles. (La edad de piedra)*, tomo I, estudio preliminar, compilación y notas de Alberto Tauro, Editora Amauta, Lima, 1987, p 95; *Invitación a la vida heroica. Antología*, selección y presentación de Alberto Flores Galindo y Ricardo Portocarrero Grados, Instituto de Apoyo Agrario, Lima, 1989, p. 51; *Mariátegui Total*, tomo II, Ordenamiento de textos y dirección de la edición por Sandro Mariátegui, Editora Amauta, Lima, 1994, p. 2175. Tauro señala que originalmente apareció bajo el nombre de “gesto de spleen”.

6.- Juan Croniqueur, *Nocturno*, diario *La Prensa*, Lima, 8 de diciembre de 1915, p. 3; *Escritos Juveniles. (La edad de piedra)*, op., cit., p.86; *Mariátegui Total*, op., cit., t. ii., p. 2176.

7.- Juan Croniqueur, *Nostalgia*, revista *Alma Latina*, n°15, Lima, 4 de marzo de 1916; *Escritos Juveniles. (La edad de piedra)*, op., cit., p.87; *Mariátegui Total*, op., cit., t. ii. p. 2178. Tauro señala que apareció bajo el nombre de “educación abstrusa”

8.- Juan Croniqueur, *Morfina*, diario *La Prensa*, Lima, 2 de enero de 1916, p 5; revista *Lulú*, n° 32, Lima, 2 de marzo de 1916, p. 9; Mario Castro Arenas, *Reconstrucción de Mariátegui*, Lima, Okura, 1985, p. 119; *Escritos Juveniles. (La edad de piedra)*, op., cit., p. 84; *Mariátegui Total*, op., cit., t. ii., p. 2176.

9.- Juan Croniqueur, *Nirvana*, diario *La Prensa*, Lima, 2 de enero de 1916; revista *Lulú*, n° 51, Lima, 20 de julio de 1916, p. 9; Mario Castro Arenas, *Reconstrucción de Mariátegui*, op. cit., p. 120; *Escritos Juveniles. (La edad de piedra)*, op., cit., p.85; *Mariátegui Total*, op., cit., t. ii., p.2176.

10.- Juan Croniqueur, *Coloquio Sentimental*, revista *Colónida*, n° 3, Lima, 1 de marzo de 1916, pp. 26-27; diario *El Tiempo*, Lima, 14 de agosto de 1916 y 15 de febrero de 1917; *Páginas literarias*, selección de Edmundo Cronejo Ubillús, Lima, Talleres Cumbre, 1955, p. 70; *Escritos Juveniles. (La edad de piedra)*, op., cit., p.67; *Mariátegui Total*, op., cit., t. ii., p. 2177.

11.- Juan Croniqueur, *Plegaria Nostálgica*, revista *Renacimiento*, n° 6, Guayaquil, 1916, p. 225; *Escritos Juveniles. (La edad de piedra)*, op., cit., p.93; *Mariátegui Total*, op., cit., t. ii., p. 2182

12.- Juan Croniqueur, *Viejo reloj amigo*, diario *La Prensa*, Lima, 16 de febrero de 1916, p. 3; diario *El Tiempo*, Lima, 13 de noviembre de 1916, p. 4; *Páginas*

poemas inéditos no titulados, entregados por José-Carlos Mariátegui Ezeta y el archivo José Carlos Mariátegui de Lima; el primero data de 1925, años arduos de trabajo político e intelectual, sin embargo, para el pensador de Moquegua siempre quedaba espacio para la creación artística; el segundo corresponde a una dedicatoria hecha a su hermana Guillermina Mariátegui. Escrito que data entre 1929-1930, si bien no es estrictamente un poema, su estructura comprende las herramientas propias de una prosa poética.

Destacamos en Mariátegui el trabajo colaborativo en la producción dramática. Contribuyó, bajo el impulso de la amistad, con Julio de la Paz¹³ y el promotor de la revista *Colónida*, Abraham Valderomar. Con este último, se introdujo en el drama por medio de un trabajo que se realizó de manera festiva, donde el juego y el riesgo se corrían conjuntamente, “Yo me muero de risa ante el drama. -señala Mariátegui- El Conde también”. Demostrando así, que este era un ejercicio literario lúdico e importante para el autor, en donde la intuición poética y el trabajo colaborativo se entremezclaban. Siguiendo la línea anterior, hemos decidido publicar el drama poético *La Mariscala*.¹⁴

literarias, selección de Edmundo Cronejo Ubillús, op. cit., p. 74; *Escritos Juveniles*. (*La edad de piedra*), op., cit., p.99; *Mariátegui Total*, op., cit., t. ii., pp.2176-2177. 13.- Seudónimo de Julio Baudouin, periodista y literato limeño.

14.- El poema dramático *La Mariscala*, nunca fue puesto en escena y ha sido publicado en diferentes ocasiones pero solo parcialmente. José Carlos Mariátegui, Abraham Valdelomar, *La Mariscala*, Publicado de manera fragmentaria en el diario *El Tiempo*, Lima. 4, n° 242, p. 3-4 de septiembre de 1916. Jornada II (escena IV), jornada III (escena II y III), jornada V (escena I) y última jornada (Escena III,IV,V y VI). . En este diario apareció con el siguiente epígrafe: “Esta obra está

En su búsqueda espiritual, Mariátegui a su vez incursionó en el cuento, donde exponía la sociabilidad aristocrática limeña. En su pluma podemos vislumbrar las pasiones de esa aristocracia en decadencia, la hípica (el turf), el juego, los vicios, la frivolidad y el dolor. Para ser una época tan *liviana, provincial y rutinaria*, Mariátegui demuestra su energía y vitalidad para escribir en su prosa lo que ocurre a su alrededor, dando no solo entretenimiento a sus lectores, sino también forjando sus primeras reflexiones para la crítica social.

dedicada en su Pórtico al señor J. C Bernales, por cuyas venas corre la noble sangre que alentara en la arrogante figura magnífica de la gloriosa dama que este poema consagra e inmortaliza. Del poema La mariscala, que han terminado hace pocos días Abraham Valdelomar (El conde de Lemos) y José Carlos Mariátegui (Juan Croniqueur), hemos escogido para estas paginas algunas escenas, cuidando de que no fuesen aquellas en que está precisamente la acción de la obra, que es muy intensa y emocionante, sino aquellas que se distinguen por su lirismo, sentimiento y gallardía. Esta obra ha juntado los nombres de dos escritores estimados por el público, que venían coincidiendo frecuentemente en orientación, originalidad y tendencia, dentro de la independencia de sus respectivas personalidades. Valdelomar, es un esquisito novelista, cronista y poeta y su obra literaria es de evidente valía. Mariátegui compañero nuestro y uno de nuestros literatos más jóvenes ha cultivado con acierto la prosa y el verso y se ha conquistado una reputación a fuerza de trabajo, y ajeno a todo “reclame” y a toda alharaca.

Ambos tienen hermoso porvenir literario y acaso La mariscala es un éxito en el cual se junta el éxito de dos escritores.” Ruillon, Guillermo, Bio-bibliografía de José Carlos Mariátegui, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1963. pp. 37-38. La Mariscala fue publicado también en revista *Palabra*, Lima, julio y octubre de 1944, número 6 pp. 13-14 y en número 7, pp. 13-14; *Escritos Juveniles. (La edad de piedra)*, op., cit., p.297-292; *Mariátegui Total*, op., cit., t. ii., pp. 2251-2265. Dada la fragmentaria publicación de la obra se manifiestan las siguientes anomalías: La jornada II comienza con la escena IV; La jornada III comienza con la escena II; no existe una jornada IV y; la jornada VI sería Jornada última.

Enfatizamos su escritura sobre la hípica, pues representaba un *mundo en miniatura* de la propia élite limeña que se configuraba como una parte del escenario de la sociedad en su conjunto. Los cuentos de Mariátegui que publicamos son: *El jockey Frank*¹⁵, *Fue una apuesta del five o 'clock tea*¹⁶, *Historia de un caballo de carrera*¹⁷, *El príncipe Istar*¹⁸; y por último *La guerra que pasa...*¹⁹, siendo este, según el especialista Alberto Tauro, un texto transcrito de un recorte de un álbum familiar sin fecha.

Debemos resaltar en Mariátegui su única "tentativa" de novela titulada, *La novela y la vida. Sigfrido y el profesor Canella*,²⁰

15.- Juan Croniqueur, *El jockey Frank*, revista *El Turf*, n° 14, Lima, 10 de julio de 1915, pp. 6-8; *Escritos Juveniles. (La edad de piedra)*, op., cit., p.148; *Mariátegui Total*, op., cit., t. ii., pp. 2200-2202

16.- Juan Croniqueur, *Fue una apuesta del five o 'clock tea*, revista *El Turf*, n° 36, Lima, 6 de mayo de 1916, pp. 10-14; En la revista aparece el siguiente epígrafe: "Juan Croniqueurs, cuentista atildado y sutil, publicara en *El Turf* cuentos, como el que hoy ofrecemos, en los cuales se retrata el ambiente de aristocracia y esnobismo que da marco a la afición por la hípica. En el año anterior *El turf* publicó algunos otros del mismo literato que fueron muy celebrados por nuestro público. Nota de redacción. Roulloin, Guillermo, Bio-bibliografía de Jose Carlos Mariategui, op., cit., p. 31. *Escritos Juveniles. (La edad de piedra)*, op., cit., p.177; *Mariátegui Total*, op., cit., t. ii., pp. 2212-2215.

17.- Juan Croniqueur, *Historia de un caballo de carrera*, revista *El Turf*, n° 38, Lima, 20 de mayo de 1916, pp. 1-5; *Escritos Juveniles. (La edad de piedra)*, op., cit., p.185; *Mariátegui Total*, op., cit., t. ii., pp. 2216-2218.

18.- Juan Croniqueur, *El príncipe Istar*, revista *El Turf*, n° 63, Lima, 18 de noviembre de 1916, pp. 3-5; diario *El Tiempo*, Lima, 2 de marzo de 1917, pp. 4-5; *Escritos Juveniles. (La edad de piedra)*, op., cit., p.206; *Mariátegui Total*, op., cit., t. ii., pp. 2225- 2227.

19.- José Carlos Mariátegui, *La guerra que pasa...*, *Escritos Juveniles. (La edad de piedra)*, op., cit., p.214; *Mariátegui Total*, op., cit., t. ii., pp. 2229-2232.

20.- José Carlos Mariátegui, *La novela y la vida. Siegfried y el profesor Canella*,

publicada en modo folletín en la revista *Mundial* en 1929. *La novela* es el juego que Mariátegui realiza entre realidad y ficción, en donde las líneas que van desarrollando la trama nos sumergen entre la obra teatral de Giraudoux y el relato sensacionalista de los pasquines de la Italia fascista. La obra no logra posicionarse dentro de los cánones de la literatura tradicional, tal como le señala a Samuel Glusberg en una carta de 1930: “He publicado, en fragmentos, en una de las revistas en que colaboro, un relato, mezcla de cuento y crónica, de ficción y realidad...”²¹

Los diferentes generos literarios van dando cuenta de la formación del espíritu revolucionario de Mariátegui. Momentos vitales plagados de contradicciones sociales, que darán cuerpo a la conformación de una sensibilidad crítica que movía al joven intelectual hacia la búsqueda de una interpretación nueva, propósito escribía:

en revista *Mundial*, n°452 del 15 de febrero de 1929, capítulo I y II, al n° 462 del 26 de abril de 1929, capítulo III al XXI. Texto publicado por primera vez en formato folletín. Título de encabezamiento: *La vida y la novela*. Información extraída en: Viviana Gelado, “Del populismo literario y sus alrededores”, *Ponencias del Simposio internacional 7 Ensayos: 90 años*, edición y compilación por Sara Beatriz Guardia, Lima, Cátedra José Carlos Mariátegui, 2019, p. 347; Publicado también en: *Generación*, año I, n° 4 Lima, noviembre. 1953, pp. 1-9 (Existe una nota que señala que es un texto inédito). Rouillon, Guillermo, Bio-bliografía de José Carlos Mariátegui, op, cit., 155. *La novela y la vida. Siegfried y el profesor Canella*, Lima, Editora Amauta, 1955; *Mariátegui Total*, op., cit., t. i., pp.1361-1397.

21. José Carlos Mariátegui, Carta a Samuel Glusberg, Lima, 18 de febrero de 1930 . in: Correspondencia (1915-1930). op., cit., t., ii, p. 731.

No podemos aceptar como nuevo un arte que no nos trae sino una nueva técnica. Eso sería recrearse en el más falaz de los espejismos actuales. Ninguna estética puede rebajar el trabajo artístico a una cuestión de técnica. La técnica nueva debe corresponder a un espíritu nuevo también. Si no, lo único que cambia es el paramento, el decorado. Y una revolución artística no se contenta de conquistas formales. [...] La decadencia y la revolución, es así como coexisten en el mismo mundo, coexisten también en los mismos individuos. La conciencia del artista es el circo agonal de una lucha entre los dos espíritus.²²

Entregamos esta antología de José Carlos Mariátegui para los espíritus que quieran seguir en la búsqueda de la sensibilidad literaria y política de uno de los mayores intelectuales peruanos que, con su praxis particular, se convirtió en una figura universal.

Agradecemos a José-Carlos Mariátegui Ezeta, Al Archivo José Carlos Mariátegui y a Ricardo Portocarrero por sus gestiones, a Nadia Rojo Libuy y al profesor Osvaldo Fernández, por su colaboración.

Gonzalo Jara Townsend
Claudio Berríos Cavieres
Patricio Gutiérrez Donoso

Valparaíso, invierno 2021

22.- José Carlos Mariátegui, “Arte, revolución y decadencia”, revista Amauta, Lima, 1926, N° 3, p. 3. In: José Carlos Mariátegui, *El Artista y la Época*, Lima, Amauta, edición N° 4, 1970, pp. 18-22.

SELECCIÓN DE POEMAS
(1915-1925)

SPLEEN

(1915)

Un cansancio muy grande e impreciso. Una sed
de imposibles caricias. Un neurótico amor
que me envuelve en las mallas sutiles de su red
y que me ha anesthesiado, sin curar mi dolor...

Un desdén por la vida. Una vaga inquietud
ante la certidumbre de que habré de morir
y aunque siento infecunda mi fatal juventud
una pena muy honda, muy honda de partir...

Una abulia indolente que me veda luchar
y me sume en la estéril lasitud de soñar.
Un afán de aturdirme en el diario trajín.

Me espanta verme a solas. Busco la confusión
por no oír la imperiosa voz de mi corazón
y me río jocundo por disfrazar mi spleen...

NOCTURNO

(1915)

Calló el silencio mudo de tu estancia. En el piano
hubo un suave esperezo de tus dedos ducales
y una blonda armonía –¿era un lied wagneriano?–
arrulló la tristeza de mis raros ideales.

Comunión milagrosa de marfil de tu mano
con el marfil del piano. Tuvo hondos y sensuales
delirios. Y tradujo en un ritmo profano
la inquietud de mis locas, ansias paradójales.

Sobre la melodiosa y blanca eucaristía
flotó el encanto augusto de la augusta Harmonía.
Tu clave, heperestésica, quiso un nuevo sopor.

Habló el silencio mientras tu piano enmudecía
y el salmo voluptuoso de mi melancolía
se hizo flor en tus labios por besar otra flor.

NOSTALGIA

(1916)

Fracasó mi ilusión en la inclemente
sorpresa de un neurótico desvío.
Soñé que envejecía derrepente
y te dejé partir...En el sombrío

blancor meditabundo de tu frente,
sonreír tu ingenuo desvarío
y lloraba tu amor adolescente
la gravedad de un pensamiento mío.

Después, en el caso de mis deudas
vibraron ecos de tu risa mudas,
claudicaron mis tenues rebeldías

y más triste sentí mis soledades...
y amé el recuerdo de tus veleidades
y el yugo dulce de tus tiranías...

MORFINA

(1916)

Tu amor es mi morfina. Yo he soñado
que desde nuestro encuentro lo supiste
y, piadosa enfermera, me has amado
porque soy infinitamente triste.

Tu mirada sedante ha consolado
mi remota inquietud. Y aún existe
una dulce promesa en el quebrado
recodo de mi vida en que surgiste.

Tengo locas visiones, espejismos
que en el desierto de mis idealismos
son una extraña fantasmagoría.

Y no quiero saber si me envenena
esta morfina que al dormir mi pena
nirvanizara mi melancolía...

NIRVANA

(1916)

Neurasténico, absurdo, soñador,
tengo un raro y sonámbulo vivir
y tejo mis ensueños de fakir
en un hiperestésico sopor.

En un vago crepúsculo interior
sollozan las pupilas de zafir
de una amada que me hizo presentir
las voluptuosidades del dolor.

La lírica canción de Chantecler,
clarinada de cada amanecer,
no llega hasta mi estancia. Y el reló

Dice una isocronía salmodial,
que es un salmo litúrgico del mal
que en la flauta de un fauno se durmió...

COLOQUIO SENTIMENTAL

(1916)

La voz de Schopenhauer adoctrina dolientes
en mi alma que ha perdido la ilusión de la vida
y que sigue, sonámbula, una ruta inclemente
con los pasos inciertos y sangrante la herida...

Convergen mis anhelos, melancólicamente,
hacia un amor que es luego una esperanza ida
y que deja otra huella de dolor en mi frente
y que pone otra sombra de tristeza en mi vida...

Yo siento que confluyen en mi melancolía
la pena de Leopardi, que también es la mía,
el sentimentalismo de Werther y el quebranto
del loco Sigismundo que Calderón...

¿Amada mía, lloras? ¿Si es mentido mi planto!
¿Son cosas de poeta! Yo te pido perdón...

PLEGARIA NOSTÁLGICA

(1916)

Padre Nuestro que éstas en los cielos,
Padre Nuestro que estás en la harina
de la hostia candeal y divina
que es el pan de los santos anhelos.

Soy enfermo de locos desvelos
y en mi espíritu vago declina
el amor de tu dulce doctrina,
padre nuestro que estás en los cielos.

Estás lejos de mía la fragancia
de la mística fe de mi infancia
que guardaba con blanco cariño.

Siento el hondo dolor de la duda
y solloza mi cántiga muda
por el don de volver a ser niño...

VIEJO RELOJ AMIGO. . .

(1916)

Viejo reloj amigo, en la estancia otoñal
Tienes la aristocracia de un severo blasón.
Tu voz sonora, dentro tu caja de nogal,
suena como si fuese voz de una tradición.

Hay presa en tu sueño una leyenda señorial
y cada nota tuya es una evocación;
tragedia, epitalamio, responso y madrigal,
conjuros de misterio y aromas de ilusión.

En la noche tu ritmo dice cosas de ayer
y añora pecadores minutos de placer
que contaste discreto y tal vez protector.

Y de día recobras tu rol sentimental
y eres como un abuelo augusto y patriarcal
cuando solemnemente llamas al comedor...

-POEMA INÉDITO-

(1925)

Yo hare la inicial
del madrigal
Provincial
que escribirá un poeta
-Galvez o Ureta-
No te conviene Oliverio
Girondo que es muy feo y poco serio.
Si te parece bien
Un poco de humorismo, al final
el corazón payaso de Guillén
dará un salto mortal.

—POEMA INÉDITO—
POSTAL PARA GUILLERMINA
(¿1929- 1930?)

*Ábrete tú, hermana, con tú sencillez
Váleme yo con mi complicidad.
Distinta es la senda, distinta es la vez
Y aún siendo la misma, otra es la verdad.*

Amado Nervo

Tendré siempre contigo una deuda de ternura que cada minuto se hará más grande. Tu destino es la ternura y el mío es la lucha y la creación. La ternura de los míos debe ser en mí fuerza. Porque la fidelidad al propio destino es el camino hacia Dios. Verdad suprema y última.

LA MARISCALA
POEMA DRAMÁTICO
CONDE DE LEMOS Y JUAN CRONIQUEUR
(ABRAHAM VALDELOMAR Y JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI)

PRÓLOGO

Público multiforme:
ten tu curiosidad,
público que aquí llegas ávido de emoción
y alivias la enfermiza neurosis de esta edad,
con el dolor, la risa y el gesto de tu histrión
como en pasada edad
un rey con su bufón.

Público que en el teatro, el circo y el romano
lúgubre coliseo, hoy lo mismo que ayer,
buscas para olvidar tu dolor cotidiano
una hora cotizabile de placer.

Hoy no va a descorrerse la inquietante cortina
para el melodrama del vicio y del alcohol,
para la grácil farsa de amor de Colombina
ni para la tragedia, ni para el guignol,
sono para la hermosa gesta de una heroína
y para un poema de un pueblo indoespañol.

Es un noble romance, un romance de gloria
y va a hablarte el Poeta, el Dramaturgo no.
Hubo el poeta en una página de la historia
una leyenda heroica; della se enamoró.

Es la leyenda de una hermosa capitana,
amazona, estadista, mariscal, prócer,
la heroína máxima de nuestra americana
tierra y la vida más grande de nuestro ayer.

Tuvo ella en su hermosura la noble gentileza
de la princesa hispana y de la ñusta-flor,
Tal vez soñaron con la gloria de su belleza
un paje trovador y una Corte de Amor.

Pero su alma fuerte, intensa, complicada,
y tuvo un misticismo raro e inquisitorial;
la dulce Santa Rosa y el fiero Torquemada
el Santo Oficio y el remanso conventual.

Y fue su un alma de prisma en que se arcoirisaba
la raza, a la manera de un rayo de luz,
alma de caballero medieval que luchaba
por su amor, por su dama, por su rey y su cruz . . .

En su vida hubo ensueño, idealidad, quimera,
inquietud, epopeya, energía, ambición,
crueldad, amor, ternura, crepitación de hoguera,
clarinada de lucha y toque de oración . . .

Tuvo alma de caudillo, de apóstol, de guerrero,
de inga, de cruzado y de gran mariscal;
alma de castellano; alma de aventurero,
generosa y austera, soñadora y marcial.
Espectador:

Tu espíritu abre a la poesía,
a toda ensoñación y a toda idealidad,
Suenan el clarín de una hijodalga porfía
y el poeta canta la fiera bizarría
de una mujer peruana y su heroicidad.

JORNADA I

PERSONAJES

Doña Francisca Zubiaga, Doña Antonia Zubiaga Bernales, Doña
Manuela Zubiaga, Oidor Guzmán, Coronel Gamarra, El licenciado
don Pedro, Criada

*En Lima; en el escritorio de la familia Zubiaga. Al fondo,
balcones que dan a la calle; a la derecha, puerta de entrada; a la
izquierda, incrustado sobre el muro, el oratorio colonial, que está
cerrado y ostenta sobre sus doradas puertas los símbolos cristianos.*

ESCENA I

Doña Antonia y Manuel, su hija.

Manuela: Más de un pliego llevamos escrito
Doña Antonia: Aún es poco tanto hay que decir...
¿Te has cansado?
Manuela: No tal, madre mía.
díctame la frase, comienzo a escribir.
Doña Antonia: El destino que todo lo trunca
y te aleja del placido hogar,
hoy divide tu raza y la mía... y a matarse van.
Manuela: Y a matarse van.
Doña Antonia: Las huestes reales, se aprestan,
la hoguera crepita, y un fuego voraz confunde en
sus llamas su Patria y mi Patria.
Por alguna de ellas hemos de llorar.
Manuela: Por alguna de ella hemos de llorar.
Doña Antonia: Francisca en su místico ensueño persiste
Muy pálida y mustia sigue todavía
y su afán me pone con cuidado y triste,
porque se nos muere de melancolía.
Manuela: porque se nos muere de melancolía.
Doña Antonia: Nuestro ángel desea volver al convento;

hacerla su esposa le ofrece el oidor
más ella desdeña las galas del mundo,
quiere ser la esposa casta del señor.

Manuela: Quiero ser la esposa casta señor.

Doña Antonia: Manuela, Manuela. ¡Qué voces! ¿Escuchas?

Manuela: Voy a ver del alféizar qué hay...
(Mira desde el balcón a la calle)

Un tumulto de gente irritada
que dobla la esquina y a la plaza va...

Doña Antonia: ¿Qué clase de gente son las del escándalo?
¿Son gente del pueblo?

Manuela: No; de calidad...
allá madre, que entre ellas distingo
al buen Licenciada... ya viene hacia acá...

Doña Antonia: Da voz a Isabela para que le espere...
ordena al criado que entorne el portón,
y trae las llaves y abre el oratorio,
que en breves instantes dará la oración...
... y dile a Francisca que venga.
(Sale Manuel y entra la criado)

ESCENA II

Doña Antonia, Isabela, el Licenciado, luego Manuela.

Isabela: Mi ama,
algo grave sucede. A un señor
por patriota en la calle prendieron
y los alguaciles llevan a prisión;
le han bañado de sangre la cara,
unos le gritaban furiosos: ¡traidor!
otros gritaban: ¡soltadle, soltadle!
Mas libróse un momento y abofeteó
del rey, otro eran del Libertador...
(Entra el Licenciado)

Doña Antonia: Bienvenido, Señor Licenciado...

Licenciado: Dios os guarde Señora... ¿Qué fue?

Doña Antonia: ¿Presenciasteis acaso el tumulto?

Licenciado: Por suerte. Algo hice por le defender,
que villanas manos y gritos villanos
mancillar querían en nombre del Rey
al bravo patriota... a un bravo patriota,
ciudadano hoy día y otrora marqués,

Doña Antonia: Me place don Pedro el que tal hicierais;
de hidalgo valiente es tal proeza...

Licenciado: Yo no hice señora, ninguna proceder...
él era mi amigo; cumplí mi deber...
(Entra Manuela)

Manuela: Aquí están las llaves; ya viene Francisca...
Señor Licenciado...

Licenciado: Manuela, a sus pies.

Manuela: ¿Fue cruenta la lucha?

Licenciado: No tanto: fue breve.

Doña Antonia: Son muy altaneras las gentes del Rey.

Manuela: Mas ¿cómo don Pedra hubisteis
de encontraros en la escena?

Licenciado: Venía rumbo a estos lares
del Teatro de la Comedia
Y ya llevaba cruzadas
dos cuadras, cuando en la acera
de la calle de las Mantas
oí voces de contienda.
La gente arremolinada
huía y las covachuelas,
en previsión, al sentirlo,
Iban cerrando sus puertas;
corrían los alguaciles,
y las tapadas, ligeras,
amparábanse en zaguanes,
pálidas, mudas e inquietas.
La mozas tímidamente
miraban tras de las rejas,
mientras en pláticas sordas,

en los patios, viejas dueñas
tejían con gravedad
comentarios y sentencias.
En un instante quedaron
solos los de la reyerta,
sin transeúntes los portales,
las cazadas sin calesas.
Acerqueme para ver
qué pasaba y quién la piedra
del escándalo, en tal hora
y contra ordenanza, era.
Cuando vi al de Monteclaro
con el ánimo de gresca
cuya voz entre la voces
de la gente bullanguera
me hizo ver que era don Juan.

Manuela:

Primo Juan. Pero ¿el ha sido
la víctima? Que insolencia.
Si padre estuviera aquí...

Doña Antonia:

A tu padre le prendieran.
No han de respetar derechos
gentes que no se respetan.

Manuela:

Hay que escribir a tío Pedro
para que tales cosas sepa
y haga lo que debe hacer
y a nuestro primo defienda...

Doña Antonia:

Ya ha de darse por servido
Pedro de que no le prendan,

ni le quiten la parroquia,
 ni le confisquen la hacienda.
 Licenciado: No ha menester Monteclaro,
 que él sabrá lavar la ofensa.
 Más es el Oidor Guzmán
 el que aquí la culpa lleva;
 él fue quien a vuestro Juan
 ordenó que le prendieran
 y yo le vi muy campeante,
 bravucón, con cara fiera...

Manuela: ¿El, don Guzmán, nuestro amigo?

Licenciado: Sí, mi querida Manuela.

Doña Antonia: Extraño es que don Guzmán,
 que nos visita y frecuenta,
 con mis sobrino carnal
 se aporte de tal manera;
 yo su conducta sabré
 encararle, cuando vuelva.

Manuela: No doy un maravedí
 por el audaz que se atreva
 con Juan a cruzar su acero
 porque quedara en las arenas.

Licenciado: Bien decís, que tiene el brazo
 fornido y la mano, diestra
 y es de corazón valiente
 y sereno en la pelea.

Manuela: Su mirada dura y fría
 como un estoque se asesta.

Doña Antonia: ¿Y cuya la causa fue,
Don Pedro, de la reyerta?
Licenciado: La de siempre, mi señora,
que será una causa eterna
mientras no haya en el Perú
ciudadanos ni banderas,
que no hemos nacido siervos
ni de rey ni de Pezuela.
Medren y manden los tales
allá en castilla la vieja,
que esta Patria es nuestra Patria
y esta Tierra es nuestra Tierra...

Doña Antonia: Ya concluya en buenora
esta campaña sangrienta
que Dios el triunfo dará
al que justicia le tenga;
y pasen todos los odios
para que Zubiaga vuelva
y su hogar deje de ser
víctima de la contienda...

(Se oye el toque de oración en una torre
lejana, Manuela abre el oratorio y en-
ciende los cirios. Los criados entran en
silencio y disponen reclinatorios)

Licenciado: Es la fuerza señora que presto me aleje
de la vuestra casa, porque voy a ver
la suerte que corre Juan de Monteclaro.

Manuela: ¿volveréis acaso?

Licenciado: presto volveré.

(Sale)

ESCENA III

Doña Antonia, Manuela, Coronel Gamarra y Francisca.

Arrodillense en grupo ante el oratorio. Aparece Francisca vestida de blanco, con el libro de oraciones y el rosario, caminando lánguidamente, en silencio. Se arrodilla a su vez. Comienzan a rezar el Avemaría con solemne recogimiento. Durante el rezo aparece en la puerta el coronel Gamarra, uniformado. Avanza sin dejarse sentir. Dobla una rodilla en tierra, recostando la frente en la empuñadura de la espada. Termina el rezo. Levántense todos menos Francisca, que continua orando.

Gamarra: Loado sea Dios, Señora Antonia...
 Si acaso importuné, perdón os pido...

Doña Antonia: Coronel, nunca vos importunáis
 y el perdón al señor hay que pedirlo.

Gamarra: Por pecador me tengo y si Él quisiera
 concederme las cosas que persigo,
 con que solo dellas me otorgara
 diérame por feliz y bien servido...
 (A Francisca)

 Si voz Francisca intercedierais, nada
 a vuestro ruego negaría el Altísimo
 y aquí en la tierra un corazón habría

que estuviera siempre agradecido...

Francisca: (Volviendo el rostro y levantándose luego)
 Dios a los militares nada niega
 cuando son como vos, bravos y dignos.
 la cruz esta en el puño de la espada
 y ella le acompaña al sacrificio.

Gamarra: Tal es la suerte del soldado, amiga,
 y obedecer...

Doña Antonia: ¿Aunque ello este reñido
 con la conciencia? Señor ayudante
 de campo del Virrey, ¿habéis sabido
 que hace un momento vuestros servidores
 llevaron a prisión a nuestro sobrino
 de manera brutal? Son tales trato
 de gente de honra y bien nacida, indignos.
 Bien se ve que la lucha ofusca a quienes
 debieren respetar el apellido
 de un español ausente de su casa
 y la tierra en que esposa tiene e hijos.

Manuela: Y se han llevado a Juan, mi coronel,
 y lo han arrojado y lo han herido...

Gamarra: No he tenido noticias, amigas mías,
 de la prisión de Juan; de haberlo visto
 porque yo no lo hubiera permitido.
 Os prometo que haré que le liberten
 y empeño mi palabra.

Doña Antonia: Conseguidlo.

Gamarra: Yo lo conseguiré, Señora Antonia.

Voy hablar al Virrey; y lo consigo
o me he de retirar, que con desmanes
y abusos e injusticias no transijo.

Francisca: Yo no comprendo coronel Gamarra,
que vos que en esta tierra habéis nacido
serváis a un Virrey. Nuestros hermanos
de libertad y patria han dado el grito.
de este suelo en defensa y de vos mismo...

Gamarra: El deber del soldado es ser leal
y estoy con el Virrey...

Francisca: Coronel, antes
que el Soldado sois, pondréis, no dudo,
el acero en defensa del principio...

Gamarra: Gran error hay en ello, que el soldado
en todas lides ha de ser invicto,
cumpliendo su deber aunque se oponga
padres, amores, dadivas, amigos,
riqueza, juventud, vida... Y en cambio
el hombre por amor siempre es vencido...
(Isabela canta desde el interior)

Isabela: Con qua al fin, tirano dueño,
tanto amor, clamores tantos,
tantas fatigas,
no han conseguido en tu pecho
Más premio que un duro golpe
de tiranía.

Gamarra: El canto de melgar hasta aquí llega
me siento melancólico al oírlo

y ha despertado en mi alma honda tristeza.
 con ella a tiempo en amargura vivo,
 que no hay mayor dolor que el del recuerdo.
 que ansiamos sepultar en el olvido...

Doña Antonia: Algo sabemos ya. Lo que ha pasado
 entre el virrey y vos no es un motivo;
 si os quito el mando de la fuerza, en cambio,
 os hizo su ayudante y es lo mismo.

Gamarra: No es eso, ni tampoco, doña Antonia,
 que el Oidor don Guzman llevó al oído
 del crédulo Virrey necios embustes...

Doña Antonia : ¿El Oidor?

Gamarra: El. Y le dijo
 que el batallón Numancia, a mi conjuro,
 habíase pasado al enemigo...

Doña Antonia: De buen grado lo hicieron, ¿quién lo ignora?
 fue un acto del más noble patriotismo...

Gamarra: Mas no es tal mi dolor...

Doña Antonia: ¿Otro?

Gamarra: Más hondo,
 va en mi conciencia inexorable y fijo.

Francisca: ¿Acaso algún amor que ya pasara
 arranca en vuestro pecho esos suspiros?

Gamarra: Más fuerte que el pesar de los amores
 es el pesar que a mí me dio el desino...
 Vos que soso tan benévola Francisca,
 Prestad algún consuelo a mi martirio...

Francisca: ¿qué congojas son esas tan profundas?

Gamarra: Lo que nunca confíe voy a deciros:
y remedial mi mal, que vuestras frases
serán para el dolor un lenitivo...
sabéis que en la batalla de Haumachiri
a las rebeldes huestes combatimos
y los pobres patriotas sucumbieron,
y la muerte libróles del presidio.
Allí murió Melgamar, sin que me fuera
dado salvarlo. Siempre va conmigo
la sombra de aquel héroe poeta
amargando mis noches sus quejidos...
Francisca ¡quien pudiera dar a mi alma
el perdón, el consuelo y el olvido!

Isabela: (Desde el interior)
A todas horas mi sombra
Llenará de mil horrores tu fantasía
y acabará con tus gustos
el melancólico espectro
de mis cenizas...

Francisca: Coronel, nunca es tarde para un hombre
de noble corazón y de alto espíritu,
remediar los errores del pasado;
podéis con vuestra espada redimirlos,
haciendo que esa misma espada sea
rayo de luz que os guíe en el camino...
El triunfo de la patria es el que ansía
el alma de Melgar; dadle ese alivio;

vuestra conciencia quedará sin sombras
y él en su tumba quedará tranquilo...

Gamarra: De un lado el corazón está señora,
y de otro la lealtad y el compromiso;
ante vos misma abierta hay dos rutas
y debéis elegir solo un camino:
español es, Francisca, vuestro padre
y peruanos sois vos...

Francisca: La Patria, amigo,
ante todo está: fuerza es servirla
y por ella marchar al sacrificio.
El gobierno es el Rey, mas es la patria
el pedazo de tierra en que nacimos.
Más noble es una espada defendiendo
a los esclavizados y oprimidos
que la sangre generosa vierte
y que ata manos y que ajusta grillos . . .

Gamarra: Y vos que pensáis doña Francisca,
¿Por qué a la vida renunciáis, decidlo,
y al convento volvéis, si los que lloran
necesitan también de vuestro auxilio?

Francisca: En el convento mi vida,
pasa clara y con un manso
rumor como de remanso
entre la yerba escondida;
Y si mi espíritu, añora
la saliente paz cristiana
del huerto triste en la aurora

y a la voz de la campana.
El largo mural claustral
que adornan retablos viejos
y alegra el sol matinal
brillando en los azulejos.
El florido y solitario
brocal donde releía
las páginas del breviario
en el yermo mediodía
La compilla penumbrosa
donde está el crucificado
Livido y ensangrentado
y la virgen dolorosa;
las monásticas umbrías
que, encendido en devoción,
casto, alumbra el corazón ,
consumiendo nuestros días.
Las golondrinas que aisladas
de los pájaros parleros
se esconden en los aleros
de nuestras celdas calladas;
silenciosas golondrinas
que vienen con la tristeza
de las luces vespertinas
cuando mi alma sueña y reza.
Como ellas que en un resquicio
moran en renunciamiento
quiero hacer el sacrificio

de mi vida en el Convento.
Pues ellas que se ocultaron
en el más puro dolor
las espinas arrancaron
de la frente del Señor.

Gamarra: Sus frentes barullan y encantan, mas son
Dolientes y triste como una oración.

Doña Antonia: y piensa, Francisca, que tu alejamiento
en esperanza y en dolor nos deja.
Ya tendremos, si vas al Convento
el luto en la casa y tu madre, vieja,
ahogar no podría tanto sufrimiento.

Francisca: Mi alma en el convento de ti no se aleja.

Gamarra: Yo en tanto pienso que la vida
es como una épica jornada
y ha de liberarse defendida
por el acero de la espada
El mundo es lucha despiadada
y hay que vencer en la partida:
si con dolor sangra la herida
dulce es la boca de la amada.
Luchar con ánimo sereno,
salvar las vallas del camino
y fuerte, audaz, altivo y bueno
no desmayar contra el destino.
Volver del campo siempre lleno
de una ansia nueva. Al remolino
de las pasiones poner freno

y siendo humano ser divino.
Y descansar de las fatigas.
bajo una paz de oro estival
cuando maduran las espigas
y antes de huestes enemigas
vibra el clarín claro y triunfal.

Doña Antonia: Coronel, que en tantas campañas vencisteis
salid de este lance también vencedor.

Gamarra: En esta campaña el hierro es inútil
en ella se vence con el corazón.

Doña Antonia: Más dadle consejo, vuestras frases van,
tal vez a salvarla, señor edecán.

Francisca: La vida muy triste para mí sería
fuera del convento, viendo cada día
la mala ventura de tantos patriotas
que entre los prisioneros gimen todavía
como si su patria estuviera en las prisiones.
Yo quisiera verlo, las cadenas rotas,
altivas las frentes, libres de opresiones.
¡Y acaso mis ojos nunca lo verán!
¡Se opone su acero señor Edecán!

ESCENA IV

(Dichos.- Isabela y luego el Oidor)

Isabela: Mi ama: el oidor, mi señor,
pide merced para entrar.

Doña Antonia: Isabela, hazle pasar...

(Entra el Oidor)

Isabela: Su merced sírvase a entrar...

Oidor: Señora Antonia Bernales,

Doña Antonia: Saludos a usted, Don Gúzman...

Oidor: ¿Como están en vuestros reales?

Doña Antonia: ¿En los suyos como están?

Oidor: Francisca ¿los conventuales
sueños perdiéndose van?

Francisca: Como días virreinales.

Oidor: Salud, Señor Edecán.

(Francisca y Gamarra conversan aparte
y quedan al otro lado el Oidor y Doña
Antonia)

Oidor: Tiempo ha señora que tengo
deseo de hablar con vos
sobre asuntos que es de suyo
delicado, y al fin voy
a abordarlo, que propicia
me parece la ocasión.
Más de un año hace que vengo
de vuestra respuesta en pos.
Menester es que Francisca
me dé su contestación
y de que por fin se resuelva
y escoja entre el mundo y Dios.

Doña Antonia: Don Guzmán, sabéis bastante
cuán interesado estoy
en que Francisca renuncie
al claustro.

Oidor: Tenéis razón
que allí se marchitaría
su belleza.

Doña Antonia: Mi dolor,
no es bastante a detenerla.

Oidor: Tal vez le consiga yo
ofreciéndole el halago
de una existencia mejor.
Habladlos están en casa
todos los míos y no
se oponen a que comparta
de mi hacienda y mi blasón.

Doña Antonia: Gentileza que agradezco
a los suyos y al Oidor
mas es de mi hija Francisca
Menester su aprobación.

(Al otro lado)

Gamarra: Libraros del claustro, Francisca, es mi afán.

Francisca: Se opone su acero Señor Edecán.

Doña Antonia: Acercaos un momento.
¿Sabes, Francisca? El Oidor
tu mano a pedirme viene
y aguarda contestación.

ESCENA V

Dichos y el Licenciado.

Licenciado: Albricias señores míos.
Manuela: ¿Qué hay?
Licenciado: De la carcel fugó,
burlando la vigilancia
de los esbirros, ¡Oidor!
(Advirtiendo la presencia del Oidor)
El exmarqués Monteclaro
y al campamento marchó
donde a todos nos espera
el bravo Libertador:
que de San Martín en pos,
con los patriotas limeños
a Huara partimos hoy.
Si algo se ofrece decidlo,
donde San Martín me voy.
Oidor: ¿Oís cómo habla el menguado?
Confunda al rebelde Dios.
Licenciado: No estuvieras bajo techo
ni anciano fuerais . . . si no
castigara al temerario

avance vuestro.
 Oidor: ¡Traidor!
 Gamarra: Más bien llamadle patriota.
 Oidor: ¿Pero no es lo mismo?
 Gamarra: No
 Oidor: El siervo que se declara
 contra el rey en rebelión
 no merece otro dictado
 que el dictado que le doy.
 Doña Antonia: No ofendáis, don Guzmán.
 Francisca: Más: nos insultáis, señor.
 Oidor: Qué... ¿sois patriotas acaso?
 Francisca: Peruano somos.
 Gamarra: Y yo,
 no he permitido a nadie,
 con razón y sin razón,
 falte en mi presencia a damas
 porque hijo de dama soy.
 Oidor: No he querido faltarl
 pero me extraña que vos
 que ayudante sois de campo
 demostréis por los patriotas,
 Realistas somos los dos
 Gamarra: Vos no sois ni caballero
 ni realista, ni español
 que es de nobles castellanos
 respetar al Rey, a Dios,
 y hacer homenaje a damas

Oidor: porque ello da siempre honor.
Pero no es de castellanos
hacer a su rey traición.

Francisca: ¡Gamarra!
Gamarra: Ya el Virrey puede
mandar recoger desde hoy
los títulos que me diera
porque no los quiero yo.

(A Francisca)

Señora mía, os ofrezco
mi capa y mi corazón.

Francisca: Madre, renuncio al convento.

(Al oidor)

y a los blasones, Oidor.

(Telón)

JORNADA II

ESCENA IV

Francisca, Doña Antonia y el padre Pedro.

La Mariscala: La vida llena de pasión y intensidad,
 es la que busca mi ilusión,
 es la que está en mi ensoñación
 y es la que está en mi idealidad.
 La vida llena de pasión...

Doña Antonia
de Zubiaga:

Tuviste un sueño conventual...

La Mariscala:

Fue la primera indecisión
que nos asalta en el umbral
cuando es la vida una ficción
y es un misterio el Bien y el Mal
Fue la primera indecisión...

Doña Antonia
de Zubiaga:

Fue solo místico tu amor...

La Mariscala:

Mi fe es la misma fe de ayer,
pero la gloria y el honor
son otro amor que quiere ser el vencedor
con mi alma fuerte de mujer.
Mi fe es la misma fe de ayer...

Doña Antonia
de Zubiaga:
La mariscala:

La mujer es solo del hogar.
Mi alma tiene otro anhelo,
mi alma tiene otro soñar
mi alma tiene otro desvelo
que están lejano del hogar.
Mi alma tiene otros anhelos...

Doña Antonia
de Zúñiga:
La Mariscala:

¿Y no te basta, hija, tu amor?
¡Más ambicioso es mi ideal!
El tiene alas de cóndor
que vuelan más que el conventual
empeño, y van hacia el triunfal
ensueño de épico cantor.
Más ambicioso es mi ideal...

El Padre Pedro:
La mariscala:

¿Talvez la vida cortesana
es la que amas tú?
No tal.
No es una corte provenzal
donde rimara una pavana
el sueño azul de un madrigal.
Me place la suntuosidad.
gusto del fausto y la belleza,
Más quiero dar la gentileza
de una corte de otra edad
á una vida que este presa
en un ideal de libertad y heroicidad.
Soy como el guerrero que vuelve cansado

de sus aventuras que vuelve de conquistador
en pos del faustoso vivir regalado,
de la solariega casa y del amor,
para nuevamente ser rudo y soldado
cuando en el castillo suena el tambor.
mejor que en la corte yo me siento
en mi vivac del campamento.
la gloria es mi única ambición.
Yo sé que he aprendido, heroica, a vivir
mi porvenir;
Yo sé que es mi vida una ensoñación,
pero así la quiero, llena de emoción
de esfuerzo, de lucha, de afán, de pasión;
tras de la victoria no importa morir...

Doña Antonia
de Zuñiga:
El Padre Pedro:

La Gloria es su única ambición...
La Gloria es la única ambición.
(Telón)

JORNADA III

ESCENA II

Sargento Domingo, Teniente Fernando, Teniente Rodrigo, Teniente Pablo y soldados. Luego Francisca.

- Sargento Domingo: Ya todo listo están...
- Teniente Fernando: Aún no viene el Capitán
Como estaba convenido.
- Teniente Rodrigo: Ha de lanzar un silbido
Cuando llegue el Capitán.
- Teniente Fernando: Apagad la luz sargento...
- Sargento Domingo: Tarda el jefe mi teniente.
- Teniente Pablo: ¡Un siglo es cada momento!...
- Teniente Rodrigo: La demora es imprudente.
- Teniente Fernando: Apagad la luz, sargento...
- Teniente Rodrigo: Ha de venir embozado
Y ha de lanzar un silbido
según lo hemos acordado.
- Teniente Pablo: Ya está todo convenido
y el centinela avisado...
- Teniente Fernando: ¿Escuchas?
- Teniente Rodrigo: ¡Es el silbido!
- Teniente Juan: ¡Ya se acerca el Capitán!
- Teniente Fernando: ¡Que esté el cuartel reunido
como estaba convenido

en el pacto!

Teniente Fernando: Allí estarán...

Sargento Fernando: ¡Vuestro denodado afán
¡Vas a comprobar muy bien!
¿Por quién las armas están
¿Decid, soldados, por quién?

Los soldados: ¡Están por el Capitán!...

ESCENA III

(Seguida de un soldado entra la Mariscal, completamente embozada, de tal suerte que no puede descubrirse quién es el personaje que se presenta, y que los conjurados toman por el Capitán engañados por el aviso convenido).

- Capitán Fernando: ¡Capitán, los sublevados,
aquí estamos reunidos,
oficiales y soldados
¡Resueltos y convencidos!
¡Capitán los sublevados!
- Teniente Rodrigo: ¡Descubríos Capitán!
Nada tema vuestro afán,
oficiales y soldados
están todos sublevados,
¡Descubríos, Capitán!...
- Teniente Pablo: Las armas os presentamos.
Mandad y obedeceremos,
porque resuelto sestamos
y a la muerte os seguiremos.
¡Las armas os presentamos! . . .
- La Mariscal: ¡Traidores!
- Teniente Fernando: ¡Mas, esa voz!
¿Quién su vida tiene a gala
Exponer así entre nos?
- Teniente Rodrigo: ¡Descubríos! ¿Quién sois vos?

Teniente Pablo: Mas, ¿quién sois?

La Mariscal: ¡La Mariscal!

Los soldados: ¡Muera!

La Mariscal:

(Arrogante, suprema, magnífica, desembozada ya, da un gran golpe con su fuste sobre la ruda mesa del cuartel y habla a sus soldados, vuelta la espalda a sus oficiales)

¡Cholos, contra mí!

¡Yo que la fortuna os di
y que en la lucha os guie,
que vuestra vida cuidé
y vuestra hambre compartí!

¡Cholos, vosotros a mí!

¡Vuestras heridas curé,
Vuestro sueño vigilé

Y mi agua y mi pan os di!

Cholos, ¿estáis contra mí?

¿Hay algunos a quien yo vi
sufrir y no consolé?

¿Hay alguno a quien no di
Mi abrigo, mi pan, mi fe?

¡Si hay alguno, salga aquí!

¡Yo desafío al osado
no temo su gesto airado
ni su ultraje, ni su bala!

¡Si es justicia herid, soldados!

(Y hay un silencio breve)

Soldado Andrés: ¡Viva nuestra Mariscal!

Los soldados: ¡Viva nuestra Mariscal!

Soldado Andrés: El cuartel os será fiel...

La Mariscal: ¡Yo me instalaré mañana, soldados: en el cuartel!

¡Y atad al traidor aquél
que aquí está la Mariscal!

(Telón)

JORNADA V

ESCENA I

Doña María y Coronel Escudero.

Doña María: Estáis triste señor y cambiado;
ya no sois vos el mismo que ayer.
Aún recuerdo cuando erais alegre,
loco, enamorado. ¡Oh el tiempo que fue!

El Coronel
Escudero: Son, señora, las penas, los años...
Doña María: ¿Los años? Sois Joven, señor coronel.
El coronel
Escudero: La vida se lleva nuestras alegrías.
Doña María: A veces la sabe, señor, devolver...
Coronel
Escudero: No es fácil, señora, las cosas que fueron,
los días que fueron no vuelven a ser...
Doña María: ¿Recordáis, amigo, las horas aquellas
en que vuestra gracia, vuestra mocedad,
vuestras bizarrearías, vuestras aventuras,
eran celebradas, señor, recordáis?

El Coronel
Escudero: Días que tuvieron halagos tan dulces,
tan gratos, señora, ¿cómo he de olvidar?

Doña María: En aquellos tiempos, fuiste vos el mozo
que más amoríos tuvo en la ciudad,
fue vuestra guitarra la que más ternura
y galantería decía al sonar,
y fue vuestra pluma, la gentil y amable,
que en cada abanico dejó un madrigal;
fuiste deliciosamente enamorado;
¡de aquí, os marcharíais cansado de amar!

Coronel

Escudero: ¡Tenía yo tanta juventud entonces!
Mi vida de entonces no ha de volver...

Doña María: Cada día era vuestro amor distinto
y cada día era distinta beldad
la que vos rondabais, galante y rendido;
arrogante el gesto; el aporte marcial;
la capa española terciada; el chambergo
insolente como vuestra majestad;
la mano enguantada presta para el lance
temerario y fiero; altivo el mirar
embuste en los labios; gascona arrogancia
en vuestro mostacho y en vuestro ademán.
Fijaos que os recuerdo con mucha justeza...

El Coronel

Escudero: Vuestra gentileza sigue siendo igual
que en aquellos días en que celebrada
fuera...

Doña María: Siempre es grato, señor, recordar,
sobre todo cuando el recuerdo tiene

la fragancia bella de una amable edad.

El Coronel

Escudero:

Entonces yo era muy aventurero,
muy enamorado, muy sentimental;
mis labios fundían en una la trova
hispana y la triste trova de Melgar.
Entonces todo era amorosa empresa;
loco desvarío y galante afán.
Entonces mi vida era dislocada,
era alegre, pero sin fecundidad;
era hermosa, pero inútil y estéril.
Amores, locuras, besos, nada más...
Siento hoy que los años me han hecho
distinto
a costa de un poco de mi idealidad...
Grato es el recuerdo...

Doña María:

El Coronel

Escudero:

Cierto. Todavía
amo yo mis tiempos de conquistador...

Doña María :

Cuando vuestras dulces serenatas eran
dichas siempre bajo distinto balcón;
cuando en pago a vuestras románticas trovas
y en pago de vuestras sonatas de amor
las ensoñadoras doncellas bordaban
románticas una cifra para vos;
también vuestra frase cortesana tuvo
para mí ternezas; bajo mi balcón
rimó vuestro verso tan enamorado

cuan enamorada sonó vuestra voz,
también una cifra; y mi trovador,
rendido y devoto, gentil y galante,
fuiстеis, señor mío; también me rondó
vuestro cortesano desvelo amoroso
por una semana...

El coronel

Escudero:

Doña María:

No tal; fue por dos...

De esta historia ingenua que juntos tejimos
yo fui vuestra; vos mi trovador...

(telón)

JORNADA ULTIMA

PERSONAJES:

Doña Francisca de Gamarra, Coronel Escudero, Don Benigno,
Doña Ana, Padre Luis

ESCENA I

Doña Ana, criada y Coronel Escudero.

Doña Ana: Que noche tan sombría,
tan sombría y mala.

Escudero: Las siete han sonada y amaneciendo.

Doña Ana: Creí que se moría
la pobre Mariscalá,
desde aquí a cada instante la oía delirar.

Escudero: No ha cesado un momento
de quejarse. La calma
de la noche rompía su quejido fatal.

Doña Ana: La hiera el sufrimiento
la herida no tiene ningún remedio.

Escudero: Habla en su delirio
de su pasada historia
de sus luchas, sus guerras, su perenne
ambición
y gritaba: la gloria
la gloria y el martirio,

Doña Ana: la gloria y el martirio, el triunfo y el dolor.
En la mañana en tanto
que iba aclarando el día
la capa bejarana del cuzco me pidió
pobre señora mía
la capa bejarana
quiso que le sacara y en ella se embozó...
¿Hay esperanza alguna,
Coronel Escudero?
¿hay alguna esperanza de volver al Perú?

Escudero: Esperanza ninguna
porque yo nada espero,
junto con el exilio vino la ingratitud.

Doña Ana: Más se muere, se ausenta
ya su gloriosa visa.
Solemne y silenciosa como un ave se va.

Escudero: Oh, pobre presidenta,
oh, pobre águila herida.
En tierra extraña y sola la hemos de sepultar.
(Suena el timbre)

ESCENA II

Escudero y Doctor Benigno.

Criado: Coronel, un caballero
pide hablaron un instante.

Escudero: Pues que pase. Aquí le espero.

Benigno: (entrando). ¿El Coronel Escudero?

Escudero: Soy vuestro criado, adelante.

Benigno: En nombre del mariscal
don Antonio de la Fuente
vengo en visita cordial.

Escudero: Os escucho como a tal
y os recibo cordialmente.

Benigno: El Mariscal ha sabido
que está enferma de cuidado
la presidenta y me ha dado
un encargo que he querido
pronto dejar terminado.

Escudero: ¿Y queréis verla?

Benigno: Tal es mi propósito señor.
Soy médico. Es un favor.
Quiero curarla.

Escudero: Tal vez

Benigno: llegáis ya tarde, doctor.
Quizás os equivoquéis.
He salvado tantas visas...

Escudero: No hay dos vidas parecidas;
tal vez a aquí no podréis.
Son tan hondas sus heridas...
Espérame a aquí.

Benigno: Os espero.

Escudero: Pues bien, regreso al instante.
Pero aquí viene.

ESCENA III

Dichos y Doña Francisca.

Francisca: Escudero.
Escudero: Voy.
Benigno: Señora...
Francisca: Caballero.
Escudero: Hay un gentil enemigo
que por vis interesado
un médico os ha mandado.
Y conversaba conmigo
cuando vos habéis entrado.
Francisca: ¿Un enemigo? ¿Aún los tengo?
Benigno: No es nuestro enemigo aquél
por cuyo mandato vengo.
Francisca: Bien y decid quién es él.
Benigno: La primera comisión
es que le otorguéis perdón
y accedáis a su pedido.
Francisca: Esta todo concedido
Benigno: generoso corazón.
Mariscal: Vuestra ciencia es inútil. Ya la muerte
ronda a mi lado y a mi lado anida.

Nada podréis hacer. Ella es más fuerte
 más fuerte que la vida...
 Solo quiero saber si aún se demora
 algunas horas más esta tortura;
 quiero morir.

El doctor: Vais a vivir, Señora.
 La ciencia por mis labios lo asegura.

Mariscala: No perdáis vuestro tiempo en engañarme;
 no ha menester mi espíritu consuelo.
 Yo necesito lo que podéis darme.

El doctor: ¿Qué?

Mariscala: La verdad. Es todo lo que anhelo.
 Vos no me conocéis. Nunca he temido.
 Descubrir la verdad. Nunca la muerte
 me amedrentó. La he visto. La he vencido.
 Y el desafiarla siempre fue mi suerte.

El doctor: Más ¿por qué os empeñáis, señora? Nada
 debéis pensar de cosas tan sombrías;
 largos son vuestros días...

Mariscala: Pues bien. Decidme la verdad
 o dejadme, doctor. Sé que me muero,
 que estoy muriendo ahora. Por piedad,
 decid lo que os pregunto y lo que quiero...
 Dadme el placer de conocer la hora
 en que debo morir, sed obediente.
 ¡Vos lo sabéis, decidlo!

El doctor: Bien, señora.
 Vuestra vida se acaba lentamente

Mariscala: ¿Un día? ¿Es mucho un día?
 (Hay una pausa)

El doctor: Sí señora...

Mariscala: Quiero aún precisar este capricho.
 Una hora acaso. ¿Viviré una hora?
 Decidme doctor.

Benigno: Vos lo habéis dicho...

Francisca: Mándame un sacerdote con presteza.
 No digas por favor nada a Escudero.
 Y a la Fuente por esta gentiliza
 mi reconocimiento más sincero.

ESCENA IV

Francisca, sola.

(La criada entra. Enciende un candelero y pone un ramo de flores en un crucifijo. Mientras hace tales menesteres Doña Francisca abre la ventana y habla de esta manera).

Francisca: Ho juventud, fresca y lozana,
fugaz encanto que se fue
porque te miro tan lejana
cuando en la paz de esta mañana
la muerte toca en el cristal
lleno de luz de mi ventana.
¿Para qué sirve haber vivido
si el negro manto del olvido
nos cubrirá de toda suerte?
¿Cuando es la gloria una quimera
y en la jornada nos espera
el fuerte abrazo de la muerte?
¡Gloria, recuerdos, vanas cosas
vago perfume de las rosas
que decoran nuestra vida!
¡Seguir inquieta un ideal
ir con el Bien y contra el Mal
para morir en el olvido!
He desafiado hasta el destino,
llano y triunfal fue mi camino.

Amé, viví, triunfé...
Lucha, pasión, amor y guerra
puso mi afán sobre la tierra
que con mi espada dominé...
Hoy solo queda el pasado
mi corazón desesperado
que su amargura vierte.
Y en el final de la jornada
la risa cruel y descarnada
y el frío beso de la Muerte...

ESCENA V

Doña Francisca y criada.

Escudero: ¿Cómo os sentís, señora mía?
Mariscala: (Finge, sonriente)
Ya mis dolores se han calmado,
ya se han calmado mis dolores
y es tan intensa mi alegría
que os pido flores, muchas flores.
Esta postrer coquetería,
mi Coronel...
Escudero: Voy por las flores. (Sale).

ESCENA VI

Doña Francisca y criada.

Criada: ¿Mi señora ama algo reclama?
Mariscala: Sólo deseo descansar.
 ¡Dejadme sola!
Criada: Bien, mi ama.
 ¿Y si alguien llama?
Mariscala: Si alguien llama
 y es sacerdote hazle pasar.
 (Vase la criada. Pausa)
 Cuando la muerte a nuestra puerta,
 gentil anuncia su premura,
 precisa estar cortés y alerta,
 porque respeto la hermosura
 en el semblante de la muerte...

ESCENA VII

Criada y el sacerdote. Luego la Mariscalá.

Padre Luis: Hija mía.

Francisca: Señor, os he llamado
a haceros de mi vida confesión.
Sólo después que me haya consolado
vuestra dulce palabra de perdón...

Padre Luis: Tranquilizaos señora. Sois creyente
y buena, tal como nos manda Dios.
(Se sienta, y ella sigue de pie)

Francisca: Es ahora una humilde penitente
la que a arrodillarse va ante vos
y que en su vida no inclinó la frente
sino para su Dios y por su Dios.
(Ella se arrodilla ante el padre. El se
santigua. Ella junta las manos con ade-
mán de rezo)

Padre, no sé deciros que he pecado,
mi conciencia está pura, aunque humillada
hasta que el perdón me sea dado
y mi alma deje alegre y resignada.
He sido grande, he sido poderosa

he sido Presidenta y Mariscal,
pero no fui, señor, nunca orgullosa,
ni fui cruel, ni fui noble, ni fui mala.
Amo a Dios hoy, lo mismo que le amé
en mi triste y devota juventud,
y he guardado
a través de mi inquietud
el ingenuo tesoro de mi fe.
En mi casa hubo pan para el hambriento
posada para el triste peregrino;
curó mi frase y confortó mi acento
a los desfallecidos del camino.
Fui hija amante, fui también esposa
amante y fue infinita mi lealtad.
Si no puede ser madre cariñosa,
fue que el destino me forjó ambiciosa
para algo más que la maternidad.
Abnegada, devota, compasiva
mi alma nunca sintió la vanidad
y tuvo para toda rogativa
una dulce efusión de su piedad.
Nada más sé decir de mi existencia;
tal ha sido señor mí vivida;
de nada me acongoja mi conciencia
y de nada me siento arrepentido.
Pero soy religiosa, soy cristiana
quiero que Dios me otorgue su clemencia.
Hoy que llama la muerte a mí ventana

quiero que Dios me otorgue su clemencia.
Hoy que llama la muerte a mí ventana
Quiero hacer, padre mío, penitencia.

Padre Luis: Absuelta y bendecida estáis señora.
(Se levanta y la levanta)

Francisca: A mi alma ha serenado este perdón.
Tranquila he de aguardar la muerte ahora.

Padre Luis: Dios es bueno. La vida mi señora
acaso vuelva a daros su ilusión.
Aún sois joven, sois fuerte, sois hermosa
acaso la salud ha de tornar.

Francisca: La vida se me escapa presurosa.

Padre Luis: Por vos señora mía he de rezar.
(El padre Luis se arrodilla en un taburete
ante el crucifijo que está en una mesita.
Ella avanza hacia la ventana).

Padre Luis: Quedáis con Dios, señora, y consolada.

Francisca: Y os soy por ello muy agradecida.

Padre Luis: El os dé la salud ambicionada
Y alargue vuestra vida.

ESCENA FINAL

La Mariscal sola. Luego escudero.

Francisca: Esta es la última palpitación,
la muerte llega como un sueño
que arrebató al corazón
su más amado y dulce ensueño.
Esta es la última palpitación . . .
 (Se sienta en el diván)
La muerte llega como un sueño
cuando la patria está lejana
y cuando olvida en loco empeño
a la que fue su capitana.
Así se va la Mariscal
sin que a su lado un caballero
recoja el hálito postero
en que su espíritu se exhala.
Así se va la Mariscal.

Desfallece sobre el diván. Hay un silencio dilatado. Luego entra el coronel Escudero con muchas flores en ambas manos. Tiene una sorpresa sumamente dolorosa. Y silencioso deposita las flores sobre el cuerpo de la heroína, desenvaina su espada, la parte en

dos, y la pone sobre el pecho de ella. Se arrodilla, coge las manos de la Mariscala, la besa e inclina la cabeza. De esta manera acaba la última jornada del poema.

FIN

CUENTOS
(1915-...)

EL JOCKEY FRANK

(1915)

Tras de aquella noche de orgía, Frank, el jockey afortunado y adolescente, se despertó inquieto. Los vapores del alcohol turbaban aún su cerebro, en el cual los recuerdos del deber, del *stud* y del hipódromo surgían vagamente, se abrían paso y los despertaban de su inconsciencia letárgica. Y por la mente del jockey desfilaron borrosas y confusas las escenas de los días anteriores. Escenas de bacanal, escenas de juerga a que lo arrastrara Rosina, su amante bella y caprichosa y gentil que dormía a su lado, laxada por las fatigas de los días orgiásticos, en que su sangre cálida y retozona pusiera la nota más vibrante y pintoresca. Ambos habían vuelto a su casa ebrios e inconscientes, en la madrugada de aquel día.

Frank miró el reloj que en el velador decía su tic-tac. Eran las 10. Frank saltó de la cama y comenzó a vestirse de prisa. Su naturaleza madrugadora se rebelaba contra el cansancio.

Mientras se vestía, Frank meditaba, queriendo restituirse del todo a la realidad del instante. Era lunes. Le tocaba trabajo y era ya muy tarde para cumplirlo. ¿Y el día anterior? El día anterior había sido domingo y debía haber jineteado varios caballos de “su” *stud*. ¿Y por qué no había ido al hipódromo? Frank recuperó de pronto, ante esta pregunta, pleno dominio de sí. El día anterior

había estado de juerga. Y también el sábado. Él recordaba que tuvo perfecta conciencia de su deber, que quiso partir al hipódromo y que Rosina y sus compañeros de diversión no le habían dejado ir. Rosina, imperiosa y suplicante al mismo tiempo, le había detenido rogándole mimosa que se quedase. Y cuando él, obstinado, se empeñó diciendo que tenía cinco montas forzosas y no podía faltar, ella se había reído locamente: -Pero hombre, ¡si estás borracho!- Él se había visto también, inútil, y se había quedado.

No quiso pensar en la cólera de su amo, ese Félix Leal tan nervioso, tan arbitrario y tan despótico. ¿Qué habría pensado de su ausencia y, sobre todo, cómo la habría remediado? Verdad que los caballos del *Stud* Aurora no habían disputado ninguna prueba importante. Todos fueron *handicaps* corrientes. Frank concluyó de vestirse y sin despertar a su querida que dormía con voluptuoso abandono, salió de su casa apresuradamente.

En el Stud, sólo estaban los muchachos cuidadores. Lendo, el *entraineur*, había salido por breves momentos. Frank no hizo pregunta alguna y se dirigió a los boxes. Allí estaban sus caballos. Los revisió lentamente. Se detuvo en el box de Gaminet.

Gaminet era el mejor caballo de la ecurie Aurora. Y era al mismo tiempo el crack aclamado, el crack asombroso, el crack invicto que tenía en su haber tantas victorias como carreras había disputado en aquel año y en el anterior. Y Frank fue siempre su jinete. Cuando se iniciaba en su carrera y era apenas un aprendiz aprovechado, el nombre de Frank comenzó a sonar unido al triunfo de Gaminet. El prestigio de jockey creció ligado al prestigio del

crack y para ambos fueron las aclamaciones del público después de cada victoria nueva.

Frank dio una palmadita en la quijada del caballo y puso en su boca un terrón de azúcar que él hizo crujir goloso bajo su dentadura amarilla. Y Gaminet humillaba la cabeza al sentir la mano mimosa de su jinete que acariciaba el mechón gris que caía sobre su frente tordilla.

Llegó Lendo. Era el entrenador, joven agradable y vestido con una pulcritud que se avenía poco con el trabajo de su profesión. Con Frank fue siempre burlón y duro. Y Frank no le quería.

Lendo esta asombrado de la falta de Frank. ¿Por qué no había ido el domingo? ¿Cómo podía disculparse? Refirió la indignación de Leal que había ordenado colérico que se despidiese a Frank. Él había querido defenderlo, disuadir al amo de su propósito, pero no había podido. Ya conocía Frank el carácter del amo, tan caprichoso, tan imperativo. Además, Leal había jugado mucho dinero, confiando en el triunfo de tres de sus caballos y lo había perdido. Pero si él sabía disculparse, suplicarle, tal vez lo perdonaría. Y Lendo hablaba de la falta de Frank como de un delito, como de una ofensa terrible al amo del *Stud*.

Frank permaneció callado un rato. Luego, cuando el *entraîneur* le habló de buscar el perdón de Félix Leal, fue rotundo, enérgico y valiente en la negativa. Se marcharía. Se iría del *Stud* a cuyo servicio hizo su profesión y al que tan ligado estaba.

Frank dio otro terroncito a Gaminet, y Gaminet lo hizo crujir otra vuelta bajo su dentadura amarilla.

Y sin mirar a los boxes que guardaban los caballos que fueron sus favoritos, dijo adiós a Lendo y salió silencioso y lento.

La gran prueba clásica había reunido en el hipódromo a todo el gran mundo. Las tribunas desbordaban y en las terrazas inmensas, la muchedumbre hormigueante e inquieta ponía un sordo rumor de marea. Y las primeras pruebas habían transcurrido sin que su interés amenguase el despertado por el clásico. El público guardaba avaramente sus entusiasmos y lo esperaba anhelante.

En el *paddock*, Rosina, Frank y dos sportsmen atildados y jóvenes formaban un grupo. Rosina, arrogante y gentil, atraía las miradas. Y de ella pasaban al jockey, dueño de aquella cortesana incitante que tenía en su elegancia, distinción y buen tono de aristocrática señora. Rosina conversaba animadamente, contestando desenfadada y alegre la galantería presuntuosa de los *sportsmen*. Frank llevaba puesto un cubre-polvo sobre su vestido de jockey. En su rostro, en su ademán y en su voz, hablaba una tristeza adormida, latente y honda.

Se hablaba del clásico que debía disputarse dentro de breves momentos. Frank montaría a Girasol, un buen caballo argentino que comenzaba a destacarse. Corrían también Gaminet, el favorito de la cátedra y del público que respetaban su condición de invicto, Rustin, Pelele, Willy y Monsieur Gerard. Era la primera presentación de Gaminet después de que Frank abandonó el Stud Aurora. La primera vez que montaba a Gaminet otro jockey. Y la cátedra expresaba algunas dudas respecto del triunfo de Gaminet. Había ahí un Pelele, un Willy, un Girasol...

Concluido el canter los seis competidores se dirigieron hacia el poste de los 800 metros. La carrera era de 2400 y de ahí debían partir. Frank dirigió por última vez la vista a la tribuna donde estaba su querida. Rosina le seguía con los anteojos y le sonreía. Frank miró luego con tristeza a Gaminet, a “su caballo”, que caminaba adelante y que era jineteado por Buin, que para Frank era ahora un intruso. Le usurpaba a “su” Gaminet.

Frank quiso despreocuparse de Gaminet. Hacía dos semanas que fue echado del Stud Aurora y desde entonces el recuerdo de su crack era para él una obsesión tiránica. Había buscado locamente el olvido en las caricias de Rosina. En las caricias de Rosina, la hembra dominadora y caprichosa que le había dicho, llena de rencor contra ese Leal que había puesto en la calle a su amante:

-Quiero que Gaminet pierda esta vez. Haz que Girasol lo gane. Hazlo...

Y lo había besado furiosa, insaciable, frenética.

Un inmenso clamor primero. Un aplauso delirante después. La partida había sido dada. Rustin corría de punta, Gaminet galopaba desenvuelto en segundo término; los demás, escalonados a continuación. Frente a la tribuna popular Pelele, demandado por su *jockey*, pasó a ambos y se marcó en el comando. No hubo alteración hasta aproximarse la última curva. Frank exigió a Girasol y Girasol con grandes alientos ganó el primer puesto, Gaminet le seguía cercano y los demás se rezagaron un tanto. En la recta Girasol y Gaminet resistieron el ataque postrero de sus competidores. Y

desde entonces, sólo hubo un *match* colosal, un *match* encarnizado. Gaminet y Girasol luchaban bravamente. El público los aclamaba con locura.

Gaminet dominó por un momento a su rival y ya se le creía vencedor. Pero Girasol reaccionó y delante de la meta había puesto un cuerpo de luz entre él y su rival, extenuado y vencido.

Cuando Frank escuchó la ovación que aclamaba a Girasol, sufrió un desmayo. ¡Había vencido a Gaminet, a “su caballo”! El crack invicto sufría la primera derrota. Le miró fatigado y rendido detenerse y sintió un dolor inmenso, un dolor muy hondo, como si hubiera asesinado su propia obra, como si hubiera destruido con sus manos toda su gloria, como si hubiera desbaratado de un latigazo su mayor ensueño.

La concurrencia abandonaba el hipódromo. Quedaban unos pocos rezagados que cobraban en el sport boletos de Girasol ganador... Frank pasó delante de ellos, inconsciente, ensombrecido.

Y vio muy cerca a Rosina que al pie de una victoria y puesto ya graciosamente el pie en el estribo, lo esperaba sonriéndole. Más allá había un grupo de *sportsmen* que departían con Lendo, el *entraîneur* de Gaminet.

Frank sintió que la aborrecía. Ella tenía la culpa. Ella sola. Era la hembra maja que le había vencido y que había vencido a Gaminet, a su *crack*...

Al llegar a ella, Rosina le tendió su manita enguantada y le palmeó en el hombro.

Bravo Frank. Frank mío...

Al sentir su contacto y oír su voz acariciadora, seductora, la misma voz con que le había dicho: Quiero que Girasol gane a Gaminet, el dolor y la cólera de Frank estallaron.

Sin responderla Frank la rechazó violentamente y Rosina estuvo a punto de caer. Frank siguió su camino sin mirarla.

Rosina soltó una carcajada burlona, fresca, cantarina:

¡Tonto! Lendo, ¿quiere acompañarme?...

El *entraineur* obedeció presuroso. Y la victoria partió y pasó rauda cerca de Frank, que siguió solo, triste, indiferente, por la senda desierta.

JUAN CRONIKUER

FUE UNA APUESTA DEL FIVE O’CLOCK TEA...

(1916)

Irene se incorporó en el muelle y plácido *chaise longue* de su alcoba. Se había detenido a las puertas de la casa suntuosa el automóvil.

En la estancia tibia y plácida, en la cual recién se había desperezado la mañana, había el perfume fresco de un oliente ramo de flores sobre las cuales pusiera minutos antes el estrujón de su caricia nerviosa la señora Irene de Oriol. Y había el perfume voluptuoso que esparcía el cuerpo joven, mórbido y lozano de la señora de Oriol.

Una criada entró a la alcoba y dijo a la señora:

-Ha vuelto Julián, trayendo al jockey. Espera en el vestíbulo.

Irene tuvo un gesto de contrariedad neurótica.

-¡Le dije que lo condujera aquí!

La criada salió. Irene miró al espejo biselado y límpido del ropero. En él se copiaba su cuerpo envuelto en una bata de tela sutil. Bajo las transparencias vaporosas de la bata, la carne tuvo un calofrío. Irene cruzó con fuerza los brazos sobre el pecho trémulo. Luego sonrió. Llegó un ruido de pasos tímidos sobre el piso alfombrado de la inmediata habitación. Y en seguida entraron Julián, el mayordomo, primero, y el *jockey* después.

El *jockey* llevaba en las manos su gorra de lana. Hizo una reverencia. Julián se fue silenciosamente a un ademán de Irene. El *jockey* paseó una mirada de azoramiento por la estancia, al sentirse solo en ella con su ama.

Irene habló:

-Acérquese Nick.

Del mismo modo le había nombrado ella las pocas veces que le había visto en el hipódromo y en el *stud*. Nick. Así también lo nombraban los periodistas, los *entraineurs*, los demás jockeys, todo el mundo. Nick se aproximó respetuosamente a Irene. Irene tornó a mirarse en el espejo biselado y límpido del ropero. El *jockey*, confuso, esperó.

Irene habló:

-Oiga, Nick. El que le voy a pedir es un favor muy grande. A usted le va a parecer raro, pero crea Nick que no es nada malo. Quiero que el domingo pierda Myrtho.

Irene calló. Nick la miró con asombro. Y después el diálogo fue así:

-Si, Nick. Yo necesito que Myrtho pierda el domingo. No le puedo decir por qué. Tampoco lo puede saber mi marido. Y yo estoy segura de que usted querrá ayudarme, sin pedirme otra explicación. ¿Verdad Nick?

(Hubo una pausa. Avanzando su busto trémulo hacia el *jockey* absorto. Irene buscaba con su mirada de súplica y seducción la mirada de Nick que fugaba cobarde entre las manos pálidas que jugaban con la gorra).

-Señora. Porque usted me lo pide... Yo haría un esfuerzo... Pero el amo, señora, podría saberlo...

-Usted es lo bastante hábil para fingir una causa de la derrota de Myrtho. Una causa inteligente. Sí, Nick.

-Yo, señora... Tal vez. No fío en ningún ardid aunque acaso hubiese uno. Pero, señora. ¿Necesita usted tanto que Myrtho pierda? Ya sabe usted que es una gran carrera. Un gran clásico. Y un triunfo fijo.

-Sí, Nick. Lo necesito mucho, mucho. No le puedo decir por qué. Usted me va a salvar. Hágalo a toda costa. Nadie podrá saberlo. Sí, Nick, sí. No tengo a otra persona a quien pedirlo. Y *tú* eres bueno. Hazlo *tú*.

(La voz suplicante del ama que lo hipnotizaba con los ojos y con el perfume de su carne muelle, dominó a Nick. Nick se oyó tutear absorto. Hubo un silencio muy corto, durante el cual pasó por los ojos de Nick la visión de su ama-la misma Irene que le había mandado traer del hipódromo en su automóvil de silenciosas llantas, ruidosa bocina y mullido interior-, visitando uno a uno los boxes, montando a caballo, pidiendo auxilio en el trance de bajarse que hinchaba sus músculos jóvenes bajo la presión del augusto traje de amazona, llenándolo todo con el timbre vibrante de su risa nerviosa. La visión de Irene en esa vez o en esas veces en que Nick se había confesado que la amaba).

-Bueno, señora. Myrtho no ganará el domingo.

-Gracias.

La voz de Irene era agradecida y zalamera. Nick leyó en ella la seguridad con que esperaba que su respuesta fuera así: "Bueno, señora". Y tuvo un pequeño arrepentimiento ante la sonrisa coqueta de Irene.

Hizo una genuflexión y dijo a media voz una frase confusa de despedida.

Irene le detuvo todavía un segundo para decirle:

-Muchas gracias. Le voy a regalar algo en recuerdo de su servicio. Esta sortija.

Y se quitó del dedo anular de la mano derecha, fina y gentil como la otra, una sortija de oro, sencilla y caprichosa. Nick rehusó aceptarla. Se puso rojo y salió de la estancia afligido de no saber decirle que preferiría una flor de las que había en el oliente ramo, desprendida por sus manos gentiles y finas.

Cuando salía, ella le dijo con voz fuerte, sonora y alegre, como si estuviera mojada por sus sonrisas:

-¡Adiós, Nick!

Dos días antes, a las cinco de la tarde, Irene dialogaba con su amigo Andrés Rosas en su gabinete de recibo. Los dos estaban muy juntos, frente el uno del otro y acodados sobre una mesita redonda y frágil, cuyos pies se curvaban primero convexa y después cóncavamente hasta aproximarse en un nudo bajo la sombra del fleco esquinado de la sobremesa.

Andrés Rosas era un hombre elegante, atildado y simpático.-Bigote recortado, polvos de talco sobre la sombra azul de la barba, peinado inteligente que disfrazaba la incipiente aparición de la calva, sonrisa elástica, mirada de hombre acostumbrado a usarla, voz untuosa y maligna, edad cenital para un dandy, *sportman* y *galantuomo*.-Era amigo de Roberto Oriol, gerente de una compañía anónima, director de otra, dueño incondicional de una casa suntuosa, un fundo, un stud, un automóvil y condicional de Irene, su gentil y joven esposa. Y como Andrés era tan amigo de

Roberto Oriol, la esposa de Roberto Oriol tan bella y codiciada, y poseedor él de tanta historia de aventuras galantes, se le asignaba cerca del matrimonio el papel de cortejador de la señora. Andrés que era hombre resignado aceptaba el papel y tenía alguna vez el honor de poner el abrigo sedeño sobre los hombros escotados de la señora Oriol en las noches de teatro, de ser su confidente a propósito de cualquier trivialidad que podía ser confiada a la modista, de tomar thé con ella en las tardes en que le parecía aburrido tomarlo sola o con una amiga y de discutir con ella en las carreras sobre cómo era más elegante que usasen los caballeros sus prismáticos. Irene había visto la usanza más “chic” en Europa. Y había estado en Epsom, en Chantilly, en Longchamps.

Ahora, Andrés e Irene se decían las mismas banalidades de siempre, interrumpiéndolas a veces ella con una sonrisa nerviosa, escurridiza, y veleta que hacía decir a Andrés: “¡Cállese, por Dios, Irene!” Porque hacía dos meses que Andrés la decía familiarmente Irene y la había jurado con una formalidad muy teatral que estaba completamente enamorado de ella, después de intentar robarle un beso.

Entró un criado portando el servicio de thé. Encima de la mesa brilló enseguida el plaqué de las cucharillas y de la tetera que ponía entre los rostros de Andrés e Irene un suave calor de discreta estufa. En las tazas transparentes se vertió el thé y lo endulzó el concéntrico giro de las cucharillas. Y entre los dientes de él y de ella, que mordían la música intermitente de la risa y cortaban las palabras, crujían las galletas frágiles.

Hipnotizado por la mirada de Irene que estaba tan cerca de él y jugaba con la suya experta y brillante, Andrés decía frases

vehementes, cálidas y apasionadas que parecían muy hondas y muy sinceras.

-Mire, Irene, yo le pido muy poco. Una cita solamente. Una cita en mi casa.

Irene rió nuevamente con risa nerviosa, escurridiza, y veleta que acompasaba sobre la porcelana del platillo con la cuchara de plaqué.

-Por Dios, Irene, no se ría. Es muy serio. ¿Por qué no quiere usted ir una sola vez a mi casa? Una mujer como usted saldrá sin que le haya pasado nada que contraríe su voluntad. Así es mi amor Irene...

Y ella seguía riendo y acompasando su risa sobre el platillo con la cuchara de plaqué.

-Doy mi vida por esta cita. Toda mi vida. Es la primera vez que yo digo esto, Irene...

Irene dijo interrumpiendo su sonrisa, con la cuchara suspensa sobre la porcelana del platillo:

-¿Una cita no más? ¿Verdad?

Andrés contestó:

-Sí.

Irene tornó a reírse con nervios de mujer engreída e indecisa. Pensó que era una necedad no ceder un paso a la tentación de Andrés Rosas y no urdir con él la red de una aventura que figuraría como la más honesta de sus historias de señoras casadas, cuando era tan interesante, tan rendido, tan amable, mientras Roberto Oriol hacía negocios, se paseaba o charlaba en el club. Y Andrés Rosas, su cortejador, era, desde que la enamoró, el capricho de la nerviosa y bella Irene que buscaba modo decoroso

de dar pie a la aventura sin que pareciese que por su voluntad ella lo daba. Hoy tenía un proyecto.

Irene dijo:

-Andrés, le hago una concesión. Le apuesto a usted la cita. Se la apuesto en una carrera de caballos.

Andrés sonrió sin extrañeza ante la ocurrencia y dijo sólo:

-¡Oh!

Irene continuó:

-Sí. Pero yo he de poner las condiciones. En el clásico del domingo solo Myrtho y Ruy tienen opción. Roberto dice así. Pues bien. Yo tomo a Myrtho y le dejo a usted Ruy. Si Myrtho gana usted tendrá por castigo regalarme su colección de orquídeas.

Andrés hizo una débil protesta:

-No, Irene. Así no vale. Myrtho ganará de todos modos. Y que Ruy gane es imposible. Cambiemos las cartas.

Ella los cortó con una coquetería ceñuda:

-No, señor. Algo ha de dejar usted a la suerte, regalón. Fíese en ella. Sólo así ganaría la cita ¿En la casa de usted? ¡Qué vergüenza! Si no supiera que de allí saldría siempre sin que me hubiese pasado nada que contrariase mi voluntad, como usted dice.

La risa estalló nuevamente. Y el diálogo fue apagándose y muriendo a tiempo que la luz que tamizaban las cortinas se tornaba adusta y amarilla; oxidaba el plaqué de las cucharillas, de la tetera, del azucarero y de la bandeja de pastas y jugaba en la sortija que Irene tenía en el dedo medio de la mano derecha y con la cual tamborileaba sobre el labrado borde de la bandeja de pastas.

Nick colocó a Myrtho en el puesto en que le correspondía partir. Los demás caballos, Ruy, Lord Robs, Pick, Ride y Douglas ocuparon los suyos también. Hacia el lugar de partida de la carrera clásica, convergían los anteojos de las tribunas y de las terrazas. Nick recordó su compromiso y la visión de Irene, risueña, luminosa, incitante, arrebujaada en su bata de mañana, pasó lentamente por sus ojos.

Cinco minutos después los caballos partieron.

Ruy ganó la carrera. Myrtho llegó segundo. Hubo comentarios. Unos culpaban al caballo y otros culpaban al jinete. Roberto Oriol perdió cien libras. La derrota le causó una gran sorpresa. Y antes de la siguiente carrera, Nick pasó delante de Irene, golpeándose una polaina con el latiguillo. Irene lo miró sonriente y Nick se estremeció. La sonrisa de Irene, mundana y regocijada, esa sonrisa en torno de la cual se agrupaban las siluetas elegantes de dos o tres *dandys* que seguramente le decían sus requiebros, lo hizo arrepentirse un poco de su traición y lo puso sombrío.

9 a.m. En su humilde cuarto del *stud*, Nick sentado, meditaba. De fuera llegaba el rumor de una charla frívola y animada, en cuyo tema se mezclaban caballos, apuestas, mujeres, amores, modas. Junto a la ventanilla del cuarto de Nick, en un pasadizo del *stud* de Oriol conversaban Andrés Rosas y Juan Lendo. Nick conocía sus voces. Y no ponía atención en el diálogo cuyas palabras llegaban a su cuarto por la ventanilla. De pronto, oyó el nombre de Irene y se urgió. Y aguaitó por la ventanilla, cauteloso y ávido.

Los dos *sportsmen*, vestidos con trajes de polo y llegados de visita incidental y ociosa al *stud*, hablaban efectivamente de Irene. Andrés refería, Nick escuchó.

-Es la suerte que yo tengo siempre,-decía Andrés-El azar que me protege. Gano en la ruleta, en las apuestas mutuas y en el amor. Lo que te he contado es cosa de suerte no más. Imagínate. Yo la había pedido muchas veces la cita. Pero siempre me la había negado. Es tan caprichosa. Esta vez me propuso la original apuesta. Yo acepté naturalmente. Pero no tenía fe en que Ruy ganase. ¡Si era una fija de Myrtho! Pero me socorrió la fortuna. Ruy ganó y tuve la cita. ¡Fue un batacazo!

Nick quedó consternado. La verdad le parecía monstruosa y le asombraba. Recordaba a Irene, a la gentil y voluptuosa Irene de Oriol que él había amado en secreto, recibéndolo en la tibia intimidad de su alcoba. Luego la proposición, la súplica, el asentimiento, su cobardía para pedirle la recompensa de una flor en reemplazo de la sortija rehusada. Y después la traición, la deslealtad, la trampa en que tuvo su origen la derrota inesperada de Myrtho. Y todo había sido una intriga pecadora de Irene para conceder sus favores, malignamente negados hasta entonces, a ese pobre diablo elegante de Andrés Rosas.

Nick evocó los comentarios de la derrota. Un telefonazo de la perversa había conseguido que Dick, cronista del principal diario hiciese hábil explicación de la carrera. Nick tuvo celos. Y se despertó en él un odio inmenso a Andrés. ¿A Irene? A Irene, no. Volvió a verla, cerca de él, suplicante, trémula, hermosa. En la

pared recortado y pegado por las manos de Nick estaba también su retrato. Una silueta que había publicado una revista elegante. En ella estaba risueña, displicente, coqueta, pero tan bella como cuando la envolvía la bata sutil de aquella mañana.

Nick sacó de un bolsillo un pequeño recorte de periódico. Y lo leyó con tristeza. Decía así:

“El esfuerzo de Nick por hacer triunfar a Myrtho, fue constante e inteligente. Myrtho corrió con algún desgano. Y la presentación de Ruy fue en cambio inmejorable. Nick fue el mismo *jockey* de siempre, enérgico, hábil, intrépido y listo”.

Nick estrujó el recorte y lo arrojó apenado y trémulo.

JUAN CRONIQUEUR

Historia de un caballo de carrera

(1916)

Flower asomaba su cabeza nerviosa y fina por la abierta ventana del *box*, a punto en que Lucy Regnier entraba al soleado patio del stud. La fina y nerviosa cabeza de Flower se irguió ante la risueña proximidad de Lucy Regnier, que avanzaba hacia el *box* con paso breve y rápido, dejando las agudas huellas de sus tacones. La seguía el *entraineur* a quien la visita de Lucy Regnier, hija del amo, no sorprendía pues era habitual la frecuencia con que ella iba a visitar a Flower su caballo favorito, su predilecto, de la *ecurie*.

Hacía año y medio que Flower había llegado al *stud*. Era entonces un potrillo pequeño e indómito, adquirido por el señor Regnier en un remate. Lucy le vio en el stud un día que llegó a él con su hermano Alfredo. Y desde entonces tuvo para él la misma caprichosa e infantil predilección que a los cinco años tuviera por un *fox-terrier* con quien riñó porque un día la hizo llorar con una mordedura sorpresiva.

Flower era alazán. Su pelaje tenía en el lomo un vivo tinte doradillo, por el cual corría una tenue ondulación nerviosa cuando erguía su cabeza avizora ante la caricia inminente de Lucy Regnier caminando hacia el *box* de su comfortable cautiverio. Y

en la frente y sobre el hocico, una mancha blanca, parecía una pincelada que se hubiese trazado, adrede para que Lucy Regnier pusiera en ella la breve palmadita de su mano mimosa, la misma mano que colocaba terrones de azúcar en la ávida boca del potrillo.

Cuando Flower se presentó por primera vez en una tarde de carreras, el debut tuvo para Lucy proporciones de solemne y magno acontecimiento. Flower ganó y Lucy porfió a todos que Flower era el mejor caballo que pisaba el hipódromo. Y con Luis Galdós que la contradijo se enfadó grave y coquetonamente. No se supo si fue sincero convencimiento de que Flower era un gran caballo o pretextos de *flirt*, como decía Alfredo Regnier.

Y, como si el mimo de su gentil amita le diese fortuna, Flower sorprendía a todos, y asombraba singularmente a Luis Galdós, con nuevos y sucesivos triunfos. Luis Galdós, profesional de *sports*, turfista apasionado, experto en la aplicación de la teoría de Bruce Lowe, afirmaba que Flower era un caballo excepcional. Su *pedigree* era vulgar, casi insignificante, su precio en el remate inferior al de muchos *yearlings* que no tenían la menor esperanza de conseguir figuración en el calendario del Jockey Club y su misma textura no delataba los “medios” de un *crack*. Mr. Jack Hamilton, un inglés que hablaba incansablemente de caballos y carreras, se mostraba muy interesado por este “caso”.

Flower llegó a contarse muy pronto entre los más notables caballos de su generación. Y se hizo el *crack* del *stud* del señor Regnier, que acababa de ver fracasadas su expectativas en otro caballo de intachable pedigree, admirables *inbreedings*, “medios” poderosísimos, y precio fabuloso.

Flower había oído aclamar su nombre por una multitud febril en las circunstancias emocionantes de muchas reñidas llegadas. En las carátulas de las revistas hípcas había aparecido su cabeza avizora, en la cual la mancha blanca semejava una pincelada extendida adrede para que Lucy Regnier pusiera sobre ella la breve palmadita de su mano mimosa.

Esta mañana Lucy Regnier visitaba a su caballo. Flower inclinaba su cabeza hacia las manos de ella. La cabeza de Flower tenía un abandono voluptuosa cuando Lucy Regnier la mimaba con mimo de niña por su muñeca.

Flower sentía el engrimiento de la felicidad. En el *stud* le rodeaba el prolijo cuidado del *entraîneur* y de sus ayudantes y lo visitaba la cariñosa y protectora asiduidad de Lucy. En el Hipódromo, Flower se veía muchas veces rodeado, acariciado y fotografiado. Y tenía la conciencia de que todo ese clamor era admiración y aplauso.

Una mañana había ingresado al *stud* un nuevo huésped. Era una yegua joven, nerviosa, fina, alazana también. Flower la había visto pasar por la ventanilla de su *box* como una sobra luminosa, como una aparición que despertase en él mucha alegría, como a Lucy Regnier cuya proximidad sabía presentir. Viendo a Lucy avanzar hasta el *box*, vibraba bajo el pelaje de su lomo la ondulación nerviosa que se desperezaba al roce caricioso de las manos pequeñas y blancas.

Llegó una tarde fatal para Flower. Fue durante una carrera ruda y sensacional. En un brusco esfuerzo de dirección, Flower sufrió el desgarramiento de una mano. Y Flower cayó al suelo, mientras los demás caballos pasaban veloces muy cerca de él, guiados por el enérgico y rápido requerimiento de sus *jockeys* que esquivaban el peligro del caballo caído.

El accidente tuvo gran repercusión. Lucy se afligió hondamente ante su caballo herido. Los cronistas hípicos lamentaron el eclipse inevitable del *crack* del señor Regnier.

Flower enfermo y triste en el *stud*, tenía el solo consuelo de que su ama lo visitase y le llevase terrones todavía. Sólo le afligía su derrota y su soledad, cuando el *stud* se quedaba abandonado porque uno a uno todos los caballos habían ido al hipódromo para hacer sus ensayos. Flower tenía la nostalgia del campo grumoso y del césped blanco que en las mañanas invitaba a sus nervios a la carrera y al retozo.

Un día, curado ya pero invalidado para las carreras, Alfredo Regnier lo sacó del *stud* y dio en él un paseo. Los Regnier, bajó el sabio consejo de Mr. Jack Hamilton habían resuelto que Flower no servía para el criadero. Mr Hamilton tenía minuciosamente estudiado su *pedigree* y afirmaba que Flower daría productos insignificantes. Lucy Regnier había escuchado con agrado esta declaración que le permitía conservar a Flower y hacer de él, tan manso, tan bonito, “tan bueno”, su caballo de paseo.

Flower encontró grato su nuevo oficio. Alguna vez lo afligió la nostalgia de la pista, de la carrera, de la lucha. Pero le contentaba seguir en el *stud*, tener siempre el mimo de Lucy Regnier y

pasearla de vez en vez. El requerimiento de las riendas apretadas por su manita enguantada, la presión leve de sus zapatitos y hasta el golpe de su fuetecillo tenían para Flower sabor de caricia. Flower estaba orgulloso de su gentil señora y amazona.

Fue otra tarde fatal. Flower paseaba a Lucy Regnier por un parque. Lucy Regnier lo había obligado a apurarse y se había distanciado mucho de Alfredo Regnier que la seguía lentamente en una yegua tordilla. Flower se detuvo ante una zanja. Lucy lo requirió para que la saltara. Y Flower brincó sobre la zanja. Al caer, en la mano desgarrada, revivió el extinguido dolor de la herida, agudo e intenso. La mano se dobló violentamente y Lucy cayó al suelo.

Flower se aproximó hacia ella lentamente y extendió su largo cuello sobre el frágil cuerpo de la amazona exánime: Flower la miró como si comprendiera que Lucy Regnier se había hecho daño por su culpa. Alfredo Regnier lo halló así, galvanizado, pensativo ante Lucy Regnier que se sobresentaba descompuesta y trémula.

Lucy Regnier no volvió a pasear en Flower. No volvió a visitarle en el *stud*. El accidente había hecho decir a su padre, a su hermano, a Mister Jack Hamilton, a Luis Galdós, a todo el mundo, que era una imprudencia temeraria usar para paseo un caballo de carrera nervioso e indómito. Y Lucy Regnier, con la versatilidad de la niña bonita que se aburre de una muñeca, se olvidó de Flower que quedó tristemente recluso en un *box* del *stud*. Las manos que pusiera terrones de azúcar en la boca ávida de Flower, urdían ahora

recatadas coqueterías ante la galantísima invocación de Luis Galdós enamorado.

Sobre la pista mullida del *stud* no volvieron a dejar sus huellas agudas los tacos de Lucy en el *box* solitario, Flower sentía la nostalgia del rose caricioso de las manos finas y blancas. Hasta poco antes en su quiebra, en su fracaso, en su derrota de *crack* y de corredor, lo había acompañado consoladoramente Lucy Regnier. Teniéndola a ella, sintiendo en su flanco la presión de sus tacones y en su anca el golpe tímido de su fuetecillo y sintiendo el requerimiento de las riendas cogidas por su mano enguantada, Flower había olvidado las satisfacciones de la antigua vida.

Nadie dijera que en el rincón sombrero de un *box*, que no era ya el que en otra época albergara al *crack*, vivía la dolorosa tragedia del alma de un caballo.

Medio día en el *stud*. El sol ponía un cuadrilátero concéntrico de luz en el patio cuadrilateral. Silencio. Quietud. Siesta. De raro en raro el paso de un muchacho que llevaba y traía un balde, una escobilla, una montura. Relincho intermitente.

Un muchacho abrió un *box* y sacó de él a Naná, la yegua alazana y joven. Y comenzó a pasearla por la pista. Por la rendija de su *box* cerrado Flower vio pasear luminosa y fugaz la silueta de la yegua alazana y joven. La yegua alada de la rienda por el muchacho, pasó una vez, dos veces, tres veces, cuatro veces. A los tristes ojos de Flower este paso, que hacía silencioso la muelle blandura de la pista, llevó la evocación de Lucy Regnier avanzando con gesto risueño hacia el *box* de otrora.

Alfredo Regnier se había acordado de Flower para dedicarlo a alar su birloche. Y Flower fue uncido al frágil cochecillo naranja de Alfredo Regnier cuando Alfredo Regnier quiso dar un paseo matinal y campesino. –Una mañana en la alameda el birloche de Alfredo Regnier se detuvo frente a Lucy Regnier a la jineta en un caballo zaino. Flower tuvo un estremecimiento de placer ante la presencia de su ama. Luego la miró apenado porque las manos finas y blancas no llegaban hasta él, como en otra época, para acariciarlo y porque otro caballo sufría ahora el mimo del fuetecillo, de sus tacones y de sus riendas.

Lucy miró casi con desdén a Flower y dijo a Alfredo:
¡Qué feo está!

Parecía que Flower hubiese entendido la frase y la mirada. Lucy se despidió. Alfredo agitó las riendas para que Flower partiese. Flower, imbécil, no obedeció. Entonces la mano nerviosa y engreída del señorito tuvo una crispación colérica y descargó el látigo sobre el anca que antes hiriera el fuetecillo señorial de Lucy. El latigazo chasqueó dolorosamente. Flower partió mientras el caballo zaino de Lucy, requerido por las riendas que cogían una mano enguantada, se alejaba también.

Otra mañana. Flower arrastraba hacia el *stud* el birloche de Alfredo Regnier. Otra vez el birloche de Alfredo Regnier se detuvo en el camino. Frente al birloche suspenso de Alfredo Regnier estaba Naná, la yegua alazana y joven y Boy el reciente *crack* el que reemplazara a Flower y como Flower inutilizado por otro

desgarramiento traidor. Pero Naná y Boy dejaban el *stud* para ir al haras. Flower tuvo el amargo presentimiento del destino de Naná y Boy tan distinto del suyo. Comprendió por qué dejaban el *stud*. Supo que marchaban hacía el campo, hacia la libertad, hacia la alegría, hacia el amor. La evocación de la yegua alazana y joven paseando por las pistas mullidas del *stud* surgió a sus ojos tristes, unida a la evocación de Lucy Regnier avanzando con gesto risueño hacia su *box*.

Entre Alfredo Regnier y los sirvientes que conducían a Boy y a Naná se cambiaron algunas frases. Luego el látigo chasqueó sobre el anca de Flower, dolorosa y cruelmente, y el birloche partió raudo.

JUAN CRONIQUEUR

EL PRINCIPE ISTAR

(1916)

El príncipe Istar, magnate de la India, era brahmán, soltero y diabético; vivía en Londres City, amaba el *whisky* y el champán, cultivaba el ocultismo, jugaba en las carreras y en el *bacarat* y estaba muy contento de ser vasallo del Rey de Inglaterra.

La aristocracia inglesa estimaba al príncipe Istar por su exotismo, por su gentileza y por sus trapacerías de quiromante y espiritista. Le estimaba también por ser dueño de un stud y de una yegua notable llamada Ogal y perteneciente a la familia número 3, conforme a la teoría de Bruce Lowe.

El príncipe amaba entrañablemente a su yegua Ogal. Ogal era una yegua alazana famosa que había ganado las más sobresalientes carreras de Epsom. Había sido fotografiada y elogiada por todas las revistas inglesas y tenía tanta popularidad como el primer Lord del reino.

Ogal daba celebridad al príncipe Istar. Todo el gran mundo británico proclamaba al príncipe Istar como el más afortunado *sportmen*. Su yegua Ogal había ganado en una carrera al caballo Dick, representante del Rey de Inglaterra. Y el príncipe Istar vivía orgulloso de ser dueño de Ogal. Este título le engrería más que

su calidad de príncipe de la India y de vasallo insigne del Rey de Inglaterra.

El príncipe Istar creía en el origen divino de Ogal. Y negaba la autenticidad del pedigree registrado en el Jockey Club que hacía a Ogal hija de Tulé y Proserpina y nieta de Great Roos. El príncipe Istar estaba convencido de que el Jockey Club era totalmente embustero y se empeñaba en mistificar el linaje excelso de su yegua alazana.

Excéntrico, alucinado, borracho, glotón y ególatra era el príncipe Istar. Usaba tóxicos. Y se había enamorado en un baile real de una hija del Rey de Dinamarca. Persuadido absurdamente de este amor había querido suicidarse un día sábado. Pero le había hecho desistir de su propósito el recuerdo de Ogal que corría al siguiente día en el hipódromo de Epsom.

Después de ese amor intempestivo y fugaz el príncipe Istar no había tenido ningún otro. Y nada hacía verosímil el fracaso de su celibato de brahmán notable y millonario.

Mas un día en que Ogal tuvo el más culminante de sus triunfos, el príncipe Istar se fijó en la bailarina Gaby Storn que aplaudía entusiasmada en la terraza a la gran yegua vencedora.

Gaby Storn era muy bella. Al príncipe Istar le parecía más bella aún por haberla visto aplaudir a Ogal en el momento en que su victoria arrebatava a las gentes más elegantes, medidas y discretas del hipódromo de Epsom.

Aquella tarde *Mr.* Douglas hizo oferta de cien mil libras al príncipe Istar por su yegua famosa.

Y el príncipe Istar fundó así su negativa:

-Mis investigaciones me han permitido comprobar perfectamente el origen divino de Ogal.

Mr. Douglas pensó que el príncipe Istar era un indio necio, chiflado y borracho.

Desde ese día el príncipe Istar amó igual y equitativamente a Gaby Storn y a su yegua alazana Ogal. Y tuvo el amor de Gaby tan honda resonancia en su espíritu que se apoderó de él la certidumbre de que Gaby tenía también origen divino.

Gaby se hizo amante del príncipe Istar. Y de este modo se puso en camino de adquirir tanta celebridad como el muy ilustre vasallo del Rey de Inglaterra y como la yegua Ogal.

El príncipe Istar estaba completamente enamorado de Gaby Storn. Y Gaby Storn dilapidaba la resentida fortuna del príncipe Istar.

Y, para el príncipe Istar, Gaby Storn dejó de llamarse Gaby Storn. Comenzó a llamarse también Ogal. El príncipe decidió que era preciso que los dos seres que él amaba se llamasen de la misma manera.

El príncipe Istar y Gaby Storn eran jugadores impenitentes. El príncipe de nirvanizaba acodado en la mesa de *bacarat*. La fortuna le era habitualmente propicia. Pero como la fortuna es veleta se tornó un día en su enemiga. Y desde ese día el príncipe Istar comenzó a perder en el *bacarat* tanto como en su amante Gaby que tenía

palacio, coche, automóvil y otros regalos que afectaban seriamente la fortuna de su amigo.

Un día todos los aristócratas de Londres supieron que el príncipe Istar se arruinaba definitivamente. Era absolutamente cierto. Y *Mr. Douglas* se apresuró a constatarlo para proponer al príncipe la adquisición de *Ogal* en cien mil libras.

El príncipe Istar rechazó la oferta pertinaz de *Mr. Douglas*.

El sábado 6 de mayo, el príncipe Istar, totalmente borracho, y su amiga *Gaby Storn* jugaban obstinadamente. Y con la misma obstinación con que jugaban la suerte les combatía.

El príncipe Istar, dominado por el alcohol y por la locura del *baccarat*, miraba de rato en rato los ojos azules de *Gaby Storn* y le decía:

-Estoy absolutamente convencido de que tienes origen divino. Mañana voy a comprobarlo.

Repentinamente el príncipe Istar se dio cuenta de que había perdido doscientas mil libras y de que estaba totalmente arruinado. No le quedaba sino su yegua, su querida y sus muebles. Un príncipe de la India no podía vivir con una yegua, su querida y unos muebles. Tenía, pues, que reconstruir su fortuna inmediatamente.

Y el príncipe Istar hizo esta propuesta indicando a *Gaby Storn*:

-Necesito cien mil libras a cambio de mi amada *Ogal*, cuyo origen divino debo comprobar mañana.

Mr. Douglas presente extendió silenciosamente un cheque por cien mil libras en su talonario del Banco de Inglaterra y se lo entregó al príncipe Istar.

El príncipe Istar recibió el cheque y le dijo a *Mr. Douglas*:

-Es usted dueño de Ogal. No se olvide usted de que tiene origen divino y de que yo debo constatarlo. Y siguió jugando.

En el hipódromo de Epsom y, en la tarde del domingo 7 de mayo el príncipe Istar y *Mr. Douglas* se encontraron. Y le dijo *Mr. Douglas* al príncipe Istar:

-Usted me ha vendido anoche a Ogal. Ogal es mía.

Y le dijo el príncipe Istar a *Mr. Douglas*:

-Efectivamente. Pero no olvide usted que Ogal tiene origen divino.

Y *Mr. Douglas* habló:

-Para mí es sólo una excelente yegua de carrera. Su *pedigree* es notable.

El príncipe Istar exclamó:

-Yo no le he vendido a usted mi yegua. Le he vendido mi querida. Las dos tienen origen divino.

Pero *Mr. Douglas* arguyó definitivamente:

-Yo he comprado a Ogal. Ogal es su yegua alazana. ¿Cómo puede usted creer que yo sea capaz de pagar cien libras por una bailarina? Sería absurdo. Yo he pagado cien libras por la yegua.

Y el príncipe Istar, terriblemente consternado, se tuvo que dar cuenta de que había vendido a su yegua.

En la biblioteca de su palacio amaneció muerto el lunes 8 de mayo el príncipe Istar. Se había envenenado. Y se encontró en su escritorio un papel suyo que decía así:

“Después de comprobar que mi yegua Ogal, ganadora de trescientas mil libras en el hipódromo de Epsom, tenía efectivamente origen divino, conforme a todos mis libros y pergaminos brahmanes y conforme a todas mis deducciones filosóficas, he resuelto suicidarme. He cometido el crimen de vender a Ogal en cien mil libras. Soy una especie de Judas. No me cuelgo de un árbol porque a los brahmanes les está prohibido colgarse de árbol alguno. Prefiero envenenarme. Un brahmán puede envenenarse sin ofender sus creencias”.

JUAN CRONIQUEUR

LA GUERRA QUE PASA...

(...)

Por la aldea había pasado la guerra como un hálito de destrucción y de muerte. Aún repercutía a la distancia el eco de disparos aislados. Era la guarnición belga que defendía su retirada, después de evacuar la pintoresca aldea campesina. El panorama alegre de la campiña mostraba en sus árboles tronchados y en sus sembríos destruidos, las huellas calcinantes del combate. Y en eras y pajonales el incendio languidecía y sus espirales de humo se dirían el alma del paisaje que se esfumaba.

Las calles estaban tristes, solitarias. Interrumpían de rato en rato su silencio las voces de algún grupo de soldados que discurrían lentamente y pasaban con un bronco y descompasado son de hierro. Eran los invasores. En sus ademanes hablaba el cansancio de las jornadas vencidas. Quedaban en el pueblo en espera de otras tropas por llegar. Y disfrutaban con satisfacción de la oportuna tregua.

Un rancho caliente, reparador, que no había tenido la frugalidad del dudoso y tardío de la campaña, habíales brindado un bienestar nuevo.

En un grupo, uno dijo:

-Quiero vino. Tengo una sed vieja.

Y otro forzó de un culatazo la atrancada puerta de una taberna e invitó a beber a los compañeros.

Los soldados bebían ansiosos, insaciables.

Bebían, reían, jugaban y vertían el vino por el suelo.

Caía la tarde. Un crepúsculo triste y nublado extendía un manto de angustia por la cima de la aldea desolada.

Se apagaba el eco de los disparos distantes. Y era cada vez más aislado, cada vez más lontano.

Ahítos de alcohol, los soldados reían, jurando. Algunos vagaban inconscientes, tambaleantes por las calles solas. Y sus siluetas reflejadas en las paredes por la sombra creciente, era como tenues fantasmas epilépticos.

De vez en cuando, una puerta o una ventana se entreabrían y se asomaba tímida una cabeza para esconderse luego.

A lo lejos, en la campiña solitaria, el incendio ponía sus intermitencias rojas y fugaces, sujeto al capricho veleidoso de los vientos.

En el sótano de su casita pobre, la familia Bonneau cenaba. Era sencilla, era buena la familia Bonneau. La apacibilidad campesina de su vida había sido truncada por la guerra.

El padre, el pobre papá Anatole, la había dejado, siguiendo un éxodo de fugitivos que confiaban tornar pronto a la aldea, cuando los clarines y los tambores de los belgas sonasen nueva y triunfalmente en sus calles.

Su hijo, Mauricio, se batía con el ejército. Mauricio era fuerte, era hermoso, era bravo.

Quedaban sólo con la señora Bonneau, Ninette, su hija, y la pequeña Adela, su nieta, hija de Mauricio el ausente.

La pequeña Adela era huérfana de madre.

Tenía seis años. Ella no había sabido darse cuenta de la guerra. Y comía glotona y hablaba atragantándose muy sorprendida de que la señora Bonneau y la tía Ninette no la imitasen y estuviesen tan tristes. Cansada de interrogarlas sin que la contestasen con más que una caricia que alisaba sus cabellos caídos sobre la frente, la niña monologaba o brindaba bocaditos al gato. El gato era grande y negro y era glotón como la pequeña Adela. Pero al revés de ella, era silencioso.

La señora Bonneau callaba.

También callaba Ninette. Ambas tenían una actitud meditabunda. Las viandas de sus platos estaban apenas tocadas.

El gato grande y negro, enarcaba el lomo a compás con su ronco soliloquio de satisfacción y hartazgo.

Ninette era muy joven. Era joven y era hermosa. Tenía la frescura lozana de las bellezas campesinas. Y el rictus amable de sus labios y la serenidad azul de su mirada, decían cómo Ninette era buena. Bajo la presión de su vestido aldeano, se insinuaba la rica euritmia de sus formas núbiles. En plena primavera de su vida y de su hermosura se diría que su virginidad lloraba.

Ninette estaba triste. Recordaba con pena a su padre fugitivo junto con la legión nómada. Recordaba a Mauricio, tan bueno, tan hermoso que agonizaba acaso en el fondo ensangrentado de un reducto. Recordaba a Juan, Juan era su amado. Y Juan como Mauricio, era también hermoso y fuerte y era también bueno. Sus

varoniles arrogancias habían hablado al corazón de la virgen, se amaban, intensa, serena, sinceramente. Juan estaba en la guerra. Alegre, entusiasta, había pasado por la aldea y había hecho adiós desde muy lejos a Ninette con un pañuelo blanco en que ella había bordado su nombre. Ninette lo había visto partir tan jubiloso que tuvo celos de la patria.

Se abstraía en su meditación. Llegó hasta sus oídos el eco de voces ebrias y tuvo un estremecimiento. Eran los prusianos. Ella los había visto pasar fieros y duros. Algunos eran jóvenes y eran también garridos. ¡Oh, cómo les había hallado hermosos, así en sus trajes sucios, así fatigados, así sudorosos, así bruscos! Pero se había dicho al mismo tiempo que eran enemigos, que debía odiarlos. Quizá si en ese instante otros prusianos habían muerto a su padre, a Mauricio, a Juan. Y se había santiguado, arrepentida, de encontrarlos hermosos como un pecado mortal. Juan también era hermoso. Era sin embargo distinto de estos otros. Les hallaba más varoniles, más arrogantes, dentro de su dureza de ademanes y su desaliño de ropas.

Ninette recordaba la historia reciente de las exacciones que ellos cometían. Rápida había llegado a la aldea, la noticia de cómo arrasaban los pueblos, incendiaban las casas y ultrajaban a las mujeres. En la aldea cercana, a cinco kilómetros tan sólo, habían asesinado al guardia Fermín. Y a Jacinta, su hija, la habían gozado siete prusianos una tras otro. Ninette tuvo un estremecimiento.

El ruido de los sables y de las voces ebrias sonó nuevamente. Esta vez más cercana. Lo oyó Ninette y lo oyó también la señora de Bonneau. Ambas se agitaron nerviosas, asustadas. La pequeña Adela preguntó qué ocurría.

Los sables y las voces ebrias sonaron más próximas.

La pequeña Adela abría unos ojos muy grandes, unos ojos de miedo y la señora Bonneau y Ninette la acariciaron para tranquilizarla.

El gato se erizaba a los pies de la niña y erguía sus orejas menudas y avizoras.

Eran tres soldados ebrios que apenas podían tenerse y chanceaban incoherentes y bulliciosos. Recostábanse en las paredes y seguían un trecho. Se detenían luego. Eran jóvenes, eran fuertes. No sabían dónde iban. El frío de la noche les invadía. Uno de ellos aguaitó por la ventana de la casita en que vivía la familia Bonneau. Vio dentro un vago destello de luz que indicaba lumbre, y pensó que junto a ella podían calentar sus cuerpos fatigados. Tambaleante, dio un golpe a la puerta endeble. La puerta no cedió del todo, pero se entreabrió un poco a la violencia del golpe. Sus compañeros le ayudaron. En medio de la inconsciencia de su borrachera, el instinto les decía que tras de esa puerta había lumbre, abrigo y tal vez camas. ¡Si hubiese camas! ¡Hacía tanto tiempo que sus cuerpos no descansaban!

La puerta se abrió al fin. El primer soldado cayó de bruces al ceder la hoja en la cual se apoyaba su cuerpo semi-inerte. Juró furioso e hizo esfuerzos vanos por incorporarse. Los otros entraron.

La estancia estaba casi a oscuras. El destello de luz extendía una penumbra débil. La luz subía del sótano, los soldados avanzaron a la abertura y miraron. Abajo ardía la lumbre y ascendía un olor de hogar y de cena íntima.

Descendieron a tropezones y riendo. Las tres mujeres lanzaron un grito de miedo. La pequeña Adela a empezó a llorar.

El gato dio un brinco y ganó la escalera a saltos, pasando por entre las piernas de un soldado.

Los prusianos se quedaron mirando fijamente a las mujeres. Sus pupilas de ebrios tuvieron un destello turbio.

-¿Qué miedo es éste? A ver...

Uno se acercó a Ninette, sonriente y la dijo: ¡Chiquilla...! Y la hizo una caricia en las mejillas. Ella se escapó gritando y sus gritos hacían un dúo doloroso con la indignación temblorosa de su madre. La señora Bonneau cogió de la mesa un cuchillo y lo arrojó a la cabeza del soldado. El cuchillo pasó rozándole el cuello y su roce se marcó instantáneo con unas gotas de sangre que brotaban rápidas. El prusiano dio un grito de furia y se llevó la mano a la cintura, buscando su revólver. Y apuntó con él a la señora Bonneau. Disparó una vez, dos, tres, cuatro. La señora Bonneau, se desplomó herida en el pecho, en la cabeza, en el vientre. Estaba muerta. El otro soldado asía a Ninette que luchaba horrorizada, convulsa, por precipitarse sobre la madre muerta.

La pequeña Adela se arrojó sobre el cadáver sangriento y tibio y lo abrazó frenética.

El asesino se acercó a Ninette y la dijo:

-No ha sido mi culpa. Ella quiso matarme antes...

Y la besó en los labios brutalmente.

Ninette se desmayó...

Arriba, el gato grande y negro, mayaba desesperadamente...

La aldea exhibía las huellas del paso de la barbarie. Sus muchas casas en escombros, su iglesia semi-destruida, refería la

historia de crueles episodios. Habitaban en ella todavía unos pocos de sus antiguos pobladores y se alzaban en pie escasas casitas, de trecho en trecho, como testigos perennes de la ruina. Los ecos de la guerra llegaban muy distintos. Apenas si la continuación de la lucha daba indicio en el paso por la aldea, de raro en raro, de tropas que marchaban a algunos de los más inmediatos puntos de batalla. Y pasados ya los incendios y pasada ya la lluvia destructora de la metralla y de las balas, la campiña abandonada reverdecía en una poética floración de vida nueva.

La casita solitaria de la familia Bonneau era un evocador vestigio de la antigua aldea. Dentro, Ninette reposaba en un lecho limpio y pobre. A su lado dormía también un niño. Era un niño recién nacido. La pequeña Adela, muy quietecita y muy seria, velaba con gravedad de persona grande. El gato se frotaba runruneante contra sus piernas, nostálgico del voluptuoso regalo de las caricias de su amita.

La luz del sol, un claro sol cenital, que iluminaba los panoramas y ponía su caricia fecunda sobre los campos marchitos, penetraba por la ventana toda abierta.

Ninette se despertó. Volvía en sí después de una noche de dolor y angustia. Fatigada, exhausta, había dormido la mañana entera. Ahora veía a su lado un niño, su hijo que era fruto del crimen maldecido que ensombreció su existencia. Dueña de sus energías se incorporó en el lecho y afluyeron de un golpe a su cerebro los recuerdos de todo lo pasado. La guerra había arrojado un sople de dolor sobre su vida.

Ninette reflexionaba. La memoria de su padre, de su hermano; de su novio, llenó su mente. De su novio se acordó,

inmensamente dolorida. A sus manos habían llegado dos días antes una carta en que le anunciaba que sobrevivía, que seguía luchando, que sólo lo alentaba en la lucha su recuerdo. “Tu recuerdo puro, santo que es mi égida”, decía él. Ella había llorado ante la ironía del destino. Juan llamaba puro y santo su recuerdo. Él ignoraba todo.

Entre Ninette y Juan se interponía como estigma el niño nacido, el niño que venía a ser en su vida una fuente de odios inagotable. Él le recordaría para siempre el pasado y sería en suma como una voz de maldición, era el hijo del crimen.

Perturbada por estos sentimientos, resucitaba en su mente la tragedia, miró con odio al niño que dormía. Y pensó en matarlo. El pensamiento fue arraigando segundo tras segundo y se hizo resolución. Borraría el crimen con el crimen. Las manos de la púérpera cogieron brutalmente al niño y lo alzaron trémulas para estrellarlo.

El niño dio un grito. Y rompió a llorar. Su llanto detuvo el ímpetu de Ninette. La pequeña Adela la miraba asustada con sus grandes ojazos muy abiertos. Ninette se sintió madre y en su alma de mujer florecieron sentimientos ignorados. El amor la vencía. Y puso un beso loco, un beso ferviente en los labios del niño que lloraba.

Fuera, el sol cenital bañaba la soledad augusta del paisaje que reverdecía. Y la primavera de este florecimiento decía como un himno de vida nueva...

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

LA NOVELA Y LA VIDA
SIEGFRIED Y EL PROFESOR CANELLA
(1929)
JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

I

Si los jueces del tribunal de Turín hubiesen leído *Siegfried et le limousin*, de Jean Giraudoux, no les habría parecido tan inexplicable e inaudito el extraordinario caso del tipógrafo Mario Bruneri, reclamado por dos esposas legítimas, con distinto nombre y opuesto sentimiento. Pero los jueces y los pretores de la Italia fascista ignoran a Giraudoux, no sólo porque la novísima literatura francesa goza de poca simpatía en una burocracia rigurosamente fascitizada, sino porque esta burocracia, malgrado Gentile y Bontempelli, positivista y racionalista a ultranza, se mantiene adversa en la novela a todo suprarrealismo. Pirandello mismo encuentra poco consenso en esta categoría social de la cual él se ha tomado anticipada revancha, incluyéndola en el material de sus caricaturas.

El misterio de la historia del tipógrafo Mario Bruneri o, más bien del profesor Giulio Canella, puede resistir al análisis concienzudo de un discípulo de Enrique Ferri. Pero se desvanece a la primera inquisición de un lector de Giraudoux. Porque es más fácil reconocer en el tipógrafo Bruneri de trasguerra al profesor Canella de anteguerra, que al escritor francés Forestier en el estadista alemán Siegfried von Kleist. Sobre todo, después de haberlo

reconocido, con una convicción que no debía consentir a los demás ninguna duda, la señora Canella.

Pero en un país aristotélico y tomista, educado judicialmente por Garófalo y Ferri, un sobreviviente de la guerra, recogido moribundo y amnésico de la trinchera, que durante ocho años ha perdido su verdadera personalidad, no puede ser de pronto reconocido y recuperado por su esposa, ni reconocerse y recuperarse a sí mismo. La policía y los tribunales continuarán atribuyéndole un nombre, una esposa y una personalidad que no son suyas.

II

La diferencia entre el caso novelesco de Siegfried von Kleist y el caso real del profesor Canella, consiste en que en aquél lo inverosímil, lo romancesco, tiene las proporciones sobrias exigidas por la medida y el orden de un escritor francés.

La vida excede a la novela; la realidad a la ficción. Después de conocer la historia del profesor Canella, Giraudoux ha sentido la necesidad de engrandecer y exagerar el tema de Siegfried, trasladándolo al teatro. Sus deberes de diplomático no lo han dejado incurrir en una alusión al drama italiano, que habría parecido a la policía fascista una intervención indebida de la literatura francesa y del Quai d'Orsay en la crónica judicial de Italia, país famoso desde sus más remotos días por la sabiduría de sus cuestores. Pero el hecho es que, luego de haber superado la vida a la novela en inverosimilitud, Giraudoux ha encontrado intacto aún el tema de Siegfried.

El profesor Giulio Canella era, antes de la guerra, uno de esos profesores de segunda enseñanza, severos y bondadosos, car-

duccianos, humanistas, a cuya ciencia debe la pequeña burguesía italiana todos sus lazos sentimentales e intelectuales con Cola di Rienzo y Macchiavelli. La sublimación del género es Alfredo Panzini, a quien Canella, en sus días más tormentosos y desorbitados, ha podido conservarse, por la miseria de la condición humana, más fiel que a su esposa. Vecino de Verona, el profesor Canella desposó a conveniente edad —20 años ella, 30 años él— a una sobrina carnal, nacida en el Brasil de padre y madre italianos, pero que había traído de América una vaga reminiscencia de floresta virgen y cierta exaltación de nuevo mundo y de trópico. El clasicismo del profesor Canella sufrió con esta boda, tan feliz bajo todos sus aspectos sentimentales y prácticos, una crisis romántica que en cierta forma preludiaba la guerra con todas sus consecuencias. En sus gustos y en sus hábitos, el profesor Canella había tratado de mantener siempre el equilibrio de la arquitectura veronesa. Pero la boda con una sobrina del Brasil, en la ciudad de Romeo y Julieta, transtornó un poco la línea grecorromana de sus meditaciones y quehaceres. El matrimonio, el Brasil, la tragedia de Sarajevo y la declaratoria de guerra, se confundieron y entremezclaron pronto en el umbral de la etapa romántica de un profesor de segunda enseñanza.

Forestier no se parecía física ni psíquicamente a alemán ninguno. Giraudoux habría ofendido la tradición y la regla francesas si hubiese supuesto la existencia, en los días de Agadir, de un alemán y un francés estrictamente paralelos. El profesor Canella, en cambio, carecía de una perfecta originalidad física. En el aula se le notaba cierta disposición a emplear los ademanes didácticos del profesor Aquilanti, tal como lo descubrí, una tarde, en el foro romano

exponiendo como suyas, a un corro de ingleses astigmáticos y de lectores de *II Corriere d'Italia*, algunas ideas de Adriano Tilgher. De haber continuado engrosando, a los cuarenta años habría adquirido probablemente el volumen de Filippo Meda, a quien lo aproximaba una sosegada admiración a Alejandro Manzoni y la afición al café puro. En la galería de retratos que une en Florencia el Palacio Pitti con el Palacio Viejo, no faltaban sin duda antiguos italianos a los que algún rasgo indefinido no indicase como posibles, lejanos antecesores de Canella. Pero estos abstractos parecidos no habrían modificado el destino del profesor de Verona como su concreto, cabal, asombroso parecido con el tipógrafo Mario Bruneri de Turín.

Mario Bruneri era el *sosias* del profesor Canella. Tenía, además, el mismo amor por las humanidades y Carducci, el mismo culto por el Risorgimento, la misma aprensión a D'Annunzio, el mismo desdén por Marinetti. Políticamente se diferenciaban. Bruneri, tipógrafo, tenía una fe ilimitada en el progreso de la humanidad; y de un liberalismo iluminista, no exento sin embargo de cierto fino buen sentido piemontés y cavouriano, había pasado a un socialismo algo ecléctico, en que se mezclaban frases elocuentes de Jaurés, leídas en *L'Humanité*, y conceptos de Marx, traducidos por Ettore Cicotti, sobre un fondo del más nativo y genuino Andrea Costa. Bruneri y Canella eran aproximadamente de la misma edad y exactamente del mismo estado civil. Se habían casado en la misma primavera.

La guerra —que habría recibido neutralista Bruneri, intervencionista Canella, por esa insólita entonación brasileña de su espíritu, esa repentina crisis romántica que le acarreó el matrimonio— decidió confundir ambos destinos.

III

A tal punto se confundieron en las trincheras las vidas paralelas de Mario Bruneri y del profesor Giulio Canella, que cuando ambos, el tipógrafo de Turín y el letrado de Verona, soldados del mismo regimiento, cayeron en un combate, sólo el azar podía resolver cuál de los dos era el que sobrevivía.

Del foso cegado por el cañoneo, la ambulancia había recogido el cuerpo de un soldado horriblemente herido, ensangrentado, desnudo, inconsciente. Ninguna medalla, ningún tatuaje señalaban este cuerpo, más bien grueso que magro, de un soldado del regimiento italiano No. X. Sólo una enorme herida en la espalda por donde se desangraba, sin quejarse. En el hospital de sangre nadie se cuidó al principio de establecer su identidad. Había, ante todo, que desinfectar, sondear y suturar sus heridas. El soldado se agitaba agónico, inconsciente, bajo la inquisición presurosa del médico y sus asistentes.

Al tercer día, su vecino de lecho, soldado del regimiento X lo reconoció, sin dificultad y sin asombro: se trataba de Mario Bruneri, soldado de la misma compañía, de oficio tipógrafo, casado, turinés. Lo había visto casi caer, derribado por la explosión que mató a Agostino Marchesi, pisano, soltero, de la clase del 95. La glorificación del soldado desconocido no había aún empezado. Los hospitales de sangre, en todo caso, preferían que cada herido y cada difunto no careciesen de un nombre y algunos antecedentes. El herido, delirante aún, no podía confirmar a su vecino. Quedó, pues, provisoriamente admitido que era Mario Bruneri, tipógrafo. El médico, lector cotidiano de «La Stampa» de Turín, atribuyó, solícita e inapelablemente, a las palabras escapadas al

herido un marcado acento turinés y giolittiano y reconoció, en el color terroso de su rostro vendado, algunos indicios precoces de saturnismo.

La relación oficial de las bajas sufridas por Italia en el combate consideró entre los heridos graves a Mario Bruneri; y, entre los desaparecidos, al profesor Giulio Canella.

IV

Mientras en la villa Canella, en la biblioteca del profesor, la viuda presunta se repetía que «desaparecido» no tiene los mismos efectos legales y conyugales que «muerto»; en el hospital de guerra Giulio Canella, convaleciente, recibía una carta que le comunicaba la ansiedad y la esperanza de su esposa, la señora Bruneri. Porque el profesor Canella, que al asirse desesperado a la vida, no había tenido cuidado ni medio de conservar sus vestidos ni sus recuerdos, había perdido con unas y otros su personalidad. Identificado como Mario Bruneri, no había tenido nada que oponer a esta afirmación ni a ninguna otra. Por la ancha herida de la espalda, parecía haber fugado el noventa por ciento de su memoria profesoral y conyugal; y, asustados por la explosión de la última granada, se habían dispersado sus recuerdos menores. El médico, los enfermeros, los vecinos, ahora esta carta, lo llamaban Mario Bruneri con una simpatía a la que habría sido impertinente e incómodo corresponder con dudas sobre este apelativo que, después de todo, no le sonaba desagradable e insólito. No había ningún motivo para que un hombre tan débil y amnésico, que no pedía sino que lo guiasen en su reingreso a la vida, negase ser Mario Bruneri y estar casado en Turín. El doctor le hizo algunas preguntas sobre su pasado a las que él contestó con

una sonrisa fatigada que, recordándole extrañamente la del director de *La Stampa* de Turín la tarde en que, inminente la guerra, 400 diputados neutralistas dejaron su tarjeta de visita a Giolitti en la portería del Hotel Cavour, confirmó al doctor en su primera impresión sobre la ostensible filiación turinesa del enfermo.

Todos los datos antropométricos del soldado Mario Bruneri, caído en la trinchera, correspondían con exactitud al cuerpo cicatrizado de Canella en convalecencia. Y como nada en el sobreviviente despertaba su antigua y verdadera personalidad de profesor de segunda enseñanza, tan poco acentuada por costumbre y por principios, la nueva personalidad de Bruneri, turinés y tipógrafo, le fue sin esfuerzo impuesta como un traje que tuviese sus medidas y que habría podido pertenecerle. Canella había agotado sus energías en su lucha contra la muerte. Después de largas noches de desvarío e incertidumbre, no le quedaban casi más fuerzas que las que en el hospital le habían suministrado, en desesperantes inyecciones de suero de caballo. Además, su pasado tenía la tersura de albaricoque de las mejillas de la enfermera Marietta: ninguna grieta, ninguna fractura, ningún lunar, ningún rasgo capaz de sobrevivir a una impresión catastrófica y a una convalecencia prolongada. Si Canella, en su juventud, hubiese sido expulsado del colegio y repudiado por su padre como Percy Bysshe Shelley —a consecuencia de su ideas ateístas y radicales— si en vez de mantenerse fiel a los clásicos y a Carducci, se hubiese enrolado en una de las escuadras futuristas, a la cabeza de las cuales Marinetti condenó a muerte al claro de luna, trató de vieja proxeneta a Venecia, con escándalo de los ruskinianos y de Ugo Oietti; y propuso la expulsión del Papa de Roma, como última afirmación del Risorgimento; si hubiese raptado a Lydia

Borelli, aquella tarde en que la vio visitar sola, en Verona, la tumba de Romeo y Julieta y en que se contentó con recordar en inglés una estrofa de *Childe Harold*; si hubiese, en alguna forma estridente y violenta, osado romper con alguno de los hábitos, ideas y tradiciones de un profesor de segunda enseñanza de Verona; es probable que el pasado de Giulio Canella se habría resistido a morir del todo. Las acciones o pensamientos temerarios y las dolencias graves son los únicos puntos de referencia posibles en la lámina lisa de una biografía provincial. La biografía del profesor Canella carecía de estos puntos de referencia y, por esto, confundida con otras en el *detall* de un regimiento, después de una batalla mortífera, podía ser fácilmente cambiada con la del tipógrafo Bruneri.

Licenciado del ejército por su estado de salud, con una mención honrosa por su comportamiento en el combate en la orden del día del regimiento, el ex-profesor Giulio Canella pasó, en una casa de salud piemontesa, dos meses de sosegada reparación de sus facultades mentales y tróficas. Cuando salió de la casa de salud, con una maleta que le había enviado su esposa legal, la señora Bruneri, de Turín, cierta vaga nostalgia de hogar, de matrimonio y de sopa doméstica era el único sentimiento que lo llevaba de la mano, en este asombrado descubrimiento de sí mismo. El profesor Canella había muerto. Quien tomaba el tren para Turín, en una mañana lluviosa, era, según sus documentos, no contradichos por sus recuerdos, el tipógrafo Mario Bruneri.

V

Turín recibió sin emoción visible a este turinés desconocido. Le reservaba, sin embargo, el abrazo de una esposa tierna: la

señora de Bruneri. Canella se abandonó a este abrazo con la sana confianza con que se había abandonado siempre a los brazos, algo más nerviosos y prensiles, de su verdadera consorte. El pequeño departamento del tipógrafo de Turín, no tenía el confort sencillo y provincial de la villa Canella en Verona. Pero su esposa tenía, aproximadamente, las mismas dimensiones. Poseía, además, una coquetería turinesa que podía parecer, a los sentidos aturdidos de un amnésico, la temperatura pasional, mitad veronesa, mitad brasileña, de la señora Julia Canella. El náufrago no elige la playa a la que arriba, después de haber luchado toda una noche con las olas. Pero la alegría de tocar tierra lo obliga a encontrarla bella, tal como Colón reconoció sin titubear en la primera isla americana la tierra que buscaba. Este mecanismo sentimental preservaba a Canella, sobreviviente, de cualquier descontento en su llegada.

La señora Bruneri había esperado siempre encontrar a su marido algo cambiado. Un soldado que había estado a punto de perecer en un combate, que había sido recogido moribundo de una trinchera, que con sus efectos personales había perdido la memoria, que había ganado una pensión y una medalla con su heroísmo, no podía seguir siendo el tipógrafo Mario Bruneri de anteguerra. Bastaba que la invisible lesión al cerebro, que había borrado sus recuerdos, no hubiese comprometido su razón. El médico tratante, en una larga carta, había instruido a la señora Bruneri, sobre la naturaleza de esta lesión del espíritu; y sobre la parte que, la conducta dulce y sagaz de una esposa modelo, iba a tener en la cura final. La joven se repetía a veces las palabras del doctor. Por algún tiempo, el curso de la existencia de Mario Bruneri necesitaba una gradiente suave. Debía ahorrársele toda pena, todo

esfuerzo excesivo. Su pensión de combatiente, mejorada temporalmente por el carácter especial de su invalidez, y, sobre todo, una modesta libreta de ahorros, le aseguraban por algunos meses el pan blanco de una convalecencia sin preocupaciones. Cuando el sobreviviente, fatigado, se adormeció en el sofá en que había oído un relato tenue y aséptico de su ausencia, la señora Bruneri retiró los platos y los cubiertos de la cena, de puntillas, como una enfermera.

Y a la mañana siguiente nada separaba a estos dos esposos legales que, sin saberlo, creyéndose casados desde hacía mucho tiempo, habían celebrado esa noche un desposorio de guerra: la boda extraña del soldado desconocido con la viuda que, al desposado, pensaba recibir a su esposo sobreviviente. Esposo casto, a él le pasaba con su pasado sexual lo que con el resto de su biografía: carecía de puntos de referencia. Turinesa, ella guardaba quizá un recuerdo más incisivo de su experiencia conyugal; pero todos los recuerdos inoportunos estaban proscritos de su conciencia de enfermera.

VI

Una ciudad puede a veces poseernos con arte más perdurable e individual que una mujer. Discurriendo por las aceras de Turín, del brazo de su esposa, el sobreviviente no habría reconocido a esta ciudad, (que no había visitado nunca), sin el subsidio de algunos removidos sedimentos de su ciencia de profesor de segunda enseñanza. Ni la estatua de Víctor Manuel I, el rey *galantuomo*, ni la de Garibaldi, el héroe de Montana, ni el parque del Valentino, con sus parejas discretamente emancipadas

de provinciales escrúpulos, ni los portales y galerías, que guarecen al turinés de la lluvia y protegen su galantería y su liberalismo, impedían al ex-profesor Canella acostumbrarse a la idea de haber nacido y vivido siempre en Turín. Pero la fisonomía de Turín no se reduce a estos rasgos. En sus calles, en sus plazas, en sus museos se almacenan los testimonios sólidos, tangibles, de varios siglos de historia piemontesa, que son otros tantos siglos de historia italiana. Todos, por fortuna, estaban puntualmente registrados en la placa velada de la conciencia del profesor Canella, que había amado siempre a la Historia como a hermana gemela de la Poesía. Recorriendo la Armería se desprendieron del fondo de su subconciencia palabras pertenecientes, sin duda, a sus lecciones sobre la Edad Media; pero que, en ese instante, eran para el ex-profesor la prueba palmaria de que él había deambulado por esos salones, muchas veces en su vida.

La usina de la Fiat era la única perspectiva nueva, insólita, imprevista, a la que difícilmente se acomodaba su espíritu. Empezaba ahí una Italia industrial, moderna, novecentista, que el profesor Giulio Canella, detenido en el Risorgimento, en Verona, y en Carducci, había apenas entrevisto, muy confusamente, desde su estrado de profesor, leyendo a largas pausas los artículos de Luigi Einaudi en *II Corriere della Sera*.

VII

Una vez aceptado lo esencial e íntimo de un destino, cuesta muy poco trabajo aceptar lo accesorio. El ex-profesor Giulio Canella había recibido como suyos el nombre, la esposa, la ciudad y alguna ropa usada del tipógrafo Mario Bruneri. No

le faltaba sino el oficio. Pero había ocupado con tanta naturalidad el lugar de Bruneri, en Turín y en el mundo, que podía sin esfuerzo continuar componiendo la página que éste había dejado interrumpida el día de su enrolamiento.

Desde el siglo siguiente al descubrimiento de la imprenta, el ciudadano de todo antiguo burgo alemán o italiano nace con una vaga aptitud de cajista. Canella tomó el componedor en sus manos, con el respeto que a un profesor de ideas liberales le inspira, siempre, esta pequeña herramienta del progreso. Tipógrafo fatalmente, no teniendo otro medio de vida, empezó a trabajar con voluntad y con ortografía, pero sin destreza. El regente opinó, concluida la jornada, que había perdido la práctica del oficio, pero que la recobraría con sus convicciones socialistas, inmediatamente echadas de menos por sus compañeros.

Canella, en efecto, trabajaba medianamente al cabo de unas semanas. Si sus jefes, lectores de *La Stampa*, hubiesen confrontado puntualmente su rendimiento de 1919 con el de anteguerra, no habrían dejado de atribuir el descenso, más que a su amnesia, al general desgano post-bélico, a la agitación huelguística y revolucionaria, al malestar universal consecuente de una guerra, a la que Italia se había dejado arrastrar contra los prudentes consejos de Giolitti.

VIII

Pero después de unos meses de rigurosa y absoluta identificación con Bruneri, el ex-profesor notó confusamente que una fuerza inexplicable lo empujaba en sentido inverso. Ignoraba cuál podía ser este sentido, pero lo encontraba más concorde con su

naturaleza. Después de un movimiento a izquierda, su vida, iniciaba un movimiento a derecha. Canella sentía que el componedor se le caía de la mano. *La Stampa* y *Avante* lo dejaban indiferente. Turín le parecía, de improvviso, una ciudad extranjera, de donde un dialecto afrancesado desalojaba al italiano, a la vez que un socialismo, entre galo y tudesco, desplazaba al liberalismo de Mazzini y Carducci.

Las huelgas eran las pausas que atenuaban la impresión de que algo en él resistía, rechinando, a su destino. Pero, durante una huelga, Canella no era un obrero que afirma su conciencia de clase, sino un profesor que toma sus vacaciones.

La señora Bruneri fue la primera en advertir este cambio indefinido, pero inquietante. Su marido tenía la expresión casi distraída, casi impaciente, del que espera algo. ¿Qué podía esperar Mario Bruneri? No era, por cierto, la revolución social. (Sus opiniones, al respecto, le habían ganado entre sus compañeros reputación de amarillo y de reaccionario; y a la propia señora Bruneri le habían parecido algo heterodoxas). Era, quizá, el regreso de su memoria, el retorno de sus recuerdos. La señora Bruneri escribió al médico del sanatorio una carta, en la que no omitió detalles que en el borrador encontró al principio excesivamente privados, como el de su gravedad avanzada. Pero el médico se contentó con responder, asiéndose precisamente de este detalle, que al nacimiento del niño todo se normalizaría en el hogar de los Bruneri.

Los hechos rehusaron confirmar este pronóstico. Cuando Canella, fatigado de marchar a la deriva, hizo un esfuerzo por pasar de un estado de distracción y de apatía a un estado de atención y de entusiasmo, sucedió lo que menos podía augurar la señora Bruneri. Unos ojos muy grandes y una boca muy chica sonrieron, una tarde,

al ex-profesor, en la vía Roma, como nada le había sonreído nunca. (Verona no tiene una vía Roma y, un poco medioeval, todavía, ignora el maquillaje parisién, que hace tan grandes los ojos y tan chica la boca). Y el ex-profesor, sin intención infiel alguna, sólo por cogerse de algo que lo ayudara a resistir a la corriente, buscó las manos que correspondían a estos ojos y a esta boca. Más tarde, buscó la boca misma. Canella descubriría una isla de placer, en medio de la marea. Para un honesto profesor provinciano de segunda enseñanza, el descubrimiento de esta isla era un descubrimiento del mundo.

Canella cedía a dos impulsos de evasión, por medio de los cuales su vida trataba de encontrar su equilibrio: la evasión de su esposa y la evasión de su oficio. Su subconsciencia pugnaba por restituirlo a su destino, liberándolo de una mujer y de un oficio que no eran suyos. Un tercer impulso de evasión empezó a apoderarse de él, antes de que el movimiento de péndulo de su existencia lo llevase, de nuevo, del lado donde se sentía conforme con ser Bruneri y tipógrafo. La misma vía Roma que le había propuesto una tarde un amor adulterino, que Canella, en Verona, en su propia existencia, no habría aceptado jamás, le propuso otra tarde un viaje. El deseo de evadirse de Turín se instaló desde entonces en su espíritu. Este deseo habría sido insólito en un turinés. Normalmente, el turinés es poco viajero, mal emigrante. La ribera del Po basta a sus fugas sentimentales. A Canella, oscuramente empujado hacia Verona, no podía bastarle. Del fondo ciego de su subconsciencia de vecino de Verona y de profesor de liceo, ascendía, como una burbuja pertinaz, un deseo centrífugo.

IX

Mr. le Trouhadec saisi par la débauche, más que el *Siegfried* de Giradoux, es acaso el personaje que evoca la existencia del profesor Canella en Turín, en la época absurda en que, equivocado con el tipógrafo Bruneri y desviado de su vocación profesoral, no le quedó otra posibilidad de estudio que una usada y módica enciclopedia del amor. Pero aun a precio de ocasión, esta enciclopedia es siempre superior a los recursos normales de un cajista casado. Canella no sabía cuál podía ser el término de este declive: sin duda, una voluptuosidad nueva. Seguía un curso clandestino y post-universitario de Humanidades, con la aplicación con que, años atrás, se había entregado a la lectura de Mommsen y Guillermo Ferrero.

Su primer conocimiento de la calle Roma le abrió la vía de otros conocimientos. El amor no era sólo lo que una esposa honesta podía revelarle. Era una ciencia, como la de la historiografía, que no entrevé siquiera el escolar, en su texto compendiado de historia antigua o moderna. Dos o tres volúmenes de tercera mano, no le enseñaban todo lo que su curiosidad de estudioso, repentina, subrepticamente despertada, lo incitaba a conocer. El profesor de Verona se instruía, prácticamente, respecto a las cuestiones planteadas por el profesor Werner Sombart en su obra *Lujo y Capitalismo*. La *canzonetista* irregular, la bailarina supernumeraria que tomaba con él un «cinzano» en el Café Cisalpino, no recordaba exactamente a la veneciana Francesca Andreosia, amante de Agostino Chigi. Era siempre alguna anónima militante de la galantería turinesa, segura de que su nombre no será consignado, dentro de cuatrocientos años, en el libro de ningún catedrático de Heidelberg o de Munich.

Canella confirmaba, en su caso, la posible tesis de que la trasguerra ha resucitado en Europa las figuras del Santo y del Pícaro. El Pícaro no es sino la consecuencia de un desequilibrio, de una conmoción que produce un gran número de *declassé*. En España, la aparición del Pícaro siguió a la decadencia del Medioevo. El Pícaro era, en último análisis, el Caballero *declassé*, el Caballero desocupado. Canella, profesor *declassé*, estaba en la ruta que conduce al Pícaro. Del brazo de una mundana rubia, en cuya compañía había arribado a sus más avanzadas conclusiones sobre la secularización del amor, llegó también, inadvertidamente, a un punto que estaba entre el abuso de confianza y la estafa. Quizá, en su presente, este acto no era sino una evasión más: la evasión de la moral. Un impulso centrífugo continuaba determinando su conducta.

X

El adulterio puede corresponder, por excepción, a un esfuerzo de fidelidad y monogamia. Pero habría sido vano pretender persuadir a la señora Bruneri de la verdad de esta tesis. El destino la había hecho víctima de la más osada de sus falacias. Le había restituido como su marido, sobreviviente de la guerra, a un hombre que era sólo esto último. Este hombre, no tenía con ella obligaciones conyugales. Había nacido sin vocación para la bigamia. La señora Bruneri lo creía su esposo, el tipógrafo del mismo apellido. El también lo creía; pero en una región más profunda de su espíritu estaba registrado su casamiento en Verona, con todos sus indeclinables efectos morales y jurídicos. El móvil que lo llevaba a la licencia, no era enciclopedista y universitario sino en su

superficie pragmática; en el fondo era, más bien, un móvil ético de evasión de la mujer extraña, en busca de la propia. Canella no perseguía sino su equilibrio moral y doméstico. Era un escolástico que, caído en el error, se encamina de nuevo hacia la verdad, atravesando el territorio accidentado de la tentación. El libertinaje constituyó un episodio frecuente en la vida de un Santo y constante en la vida de un Pícaro. Canella no habría sido jamás un santo y sólo precariamente era un pícaro. No habría conocido, pues, este episodio, si una fuerza casual no lo hubiese apartado de Verona, de su esposa y de su cátedra. Se lo imponía ahora su rebelión contra un destino ajeno; su subconsciente protesta contra una equivocación, causada por la pérdida de la facultad más preciosa de un profesor: la memoria.

XI

En el amor como en la literatura no hay sino dos grandes categorías: clásicos y románticos. Para los clásicos, el amor es eterno: su arquetipo son las parejas históricas: Romeo y Julieta, v. g. Para los románticos, el amor es algo menos individualizado y permanente; el amor carece de predestinación: no existe el amor sino el estado amoroso.

Canella era clásico en el amor como en la literatura, por prudencia, por educación y por espíritu sedentario. La señora Canella lo era también, pero por romanticismo. Verona es la sede del culto a la pareja eterna. Verona o la tumba de Romeo y Julieta. Verona loca de amor. Debemos al vizconde de Chateaubriand, en quien, como en la señora Canella, el romanticismo era un sentimiento adquirido en América, el más clásico retrato de Verona:

“Descendida de las montañas que baña el lago, célebre por un verso de Virgilio y por los nombres de Catulo y de Lesbia, una tirolesa, sentada bajo las arcadas de las Arenas, atraía las miradas. Como Nina, *pazza per amore*, esta linda criatura de falda corta y coquetos chapines, abandonada por el cazador de Monte Baldo, era tan apasionada que no quería nada sino su amor; ella pasaba las noches esperando y velaba hasta el canto del gallo: su palabra era triste porque había atravesado su dolor”. Una italiana del Brasil, que en el Nuevo Mundo había contraído como una fiebre tropical el romanticismo, no podía sustraerse al influjo de Verona romana, medioeval, renacentista. La atmósfera sentimental, el clima erótico de Verona tenían que comunicarle el gusto de un amor eterno, sublime, histórico. ¡*Pazza per amore!* Julia Canella, en sus más alucinadas e inefables horas de prometida o de desposada, habría podido augurarse un destino que le hubiera prometido enloquecer de amor. Mas no había sabido augurarse nada concretamente. Tenía la temperatura del romanticismo; no su imaginación, aunque sin haber leído a Chateaubriand ni a André Maurel, sintiese como ellos.

Pero el destino había adivinado su voto latente, posible, arrebatándole a su esposo. El comunicado del regimiento lo declaraba *desaparecido*; y la señora Canella, aunque no fuese sino para esperarlo toda su vida, no podía admitir que desaparecido significara quizá muerto. La viudedad no era el estado que su exaltación podía soñar. Prefería, con ardor brasileño, la vaguedad de una ausencia inexplicable e indefinida. Esperaría al esposo ausente, con la lámpara de su amor vigilante, encendida. Una viuda joven, bella, indiana, tendrá siempre un séquito de pretendientes. Pero

la señora Canella no era una viuda sino una esposa loca de amor, como Nina, como Verona. Julia es una aproximación de Julieta. La señora Canella lo había pensado algunas veces: ella continuaba, revivía, con nueva sangre, la tradición veronesa. Verona, *pazza per amore*, tenía una nueva intérprete. Cada año que pasaba, en vez de atenuar la fe de la espera, la acrecía. El esposo ausente regresaría, no importaba cuándo. Los años no contaban. El tiempo se detendría en el segundo en que los amantes se estrecharan de nuevo, obediente a ella, que pronunciaría la frase poética: ¡detente, eres bello!

Este amor explicaba la trayectoria turinesa del profesor Canella. La existencia de Canella era atraída por otra existencia que lo llamaba con una energía sobrehumana. No podía resistir a la atracción de Nina enamorada. Y, por esto, en los brazos de una ramera, pero fugitivo de los de una esposa casual, postiza, ajena, el profesor Canella tendía, en verdad, a la fidelidad, a la monogamia.

XII

¿Qué distancia había recorrido Milán desde los días de Stendhal? El ex-profesor Canella se abandonaba a esta preocupación, en los instantes en que el Castillo Sforza, o *La Cena* de Leonardo de Vinci, o la Iglesia de San Lorenzo lo sustraía a una preocupación personal y aflictiva. Su entrada en Milán no había tenido ninguna semejanza con la de Stendhal, Goethe o Herr Karl Baedeker. Canella llegaba a Milán casi fugitivo. Huía de Turín, después de haber perdido su trabajo y su reputación. En verdad, había perdido el trabajo y la reputación de Mario Bruneri. Pero, inconsciente aún de su evasión, Canella lo ignoraba. A mitad del

camino de Verona, y de sí mismo, ignoraba su trayectoria. Se evadía no de Turín y de la señora Bruneri, celosa, ofendida, desagradable, sino del destino de Mario Bruneri; pero sin tener conciencia aún de la dirección y del alcance de esta fuga. En su evasión, le había sido indispensable comprometer el buen nombre del tipógrafo Mario Bruneri, irreparablemente manchado ahora por un juicio de estafa, inscrito en los registros de la policía turinesa, fichado con antecedentes penales de los que no podría ya redimirse. Pero, inconsciente de que la reputación y la honestidad que había sacrificado no eran las suyas, el ex-profesor Canella no se compadecía de Mario Bruneri, sino de sí mismo que seguía llevando este nombre. ¿Qué distancia había recorrido Milán desde los días de Stendhal? Ni siquiera esta interrogación al parecer desinteresada era extraña a su íntimo drama, a su propia aventura. La preocupación de la distancia que podía haber recorrido Milán desde los días de Stendhal era, subconscientemente, la preocupación de la distancia que podía haber recorrido él mismo desde los días de Verona. La palabra Stendhal sustituía a la palabra Verona, recuerdo que no podía aún reaparecer abiertamente: en el espíritu de Canella.

Sentado delante de un helado de café, en una terraza, reconstituía con elementos de la biografía de Milán su autobiografía. *II Corriere della Sera* traía en su última edición, como en el tiempo que pugnaba por regresar a su conciencia, un artículo del economista Luigi Einaudi. ¿Quién era Luigi Einaudi? En Turín, este nombre no le había recordado nada. Ahora, en Milán, regresaba a su memoria no sabía de donde, extrañamente asociado al de Ludovico Sforza, al de Stendhal, al del Alcalde Carrara, como el de un antiguo conocido. Era, simplemente, el nombre de un

economista liberal, senador del Reino, que seguía escribiendo sobre finanzas, cambio, producción, aduanas, como varios años antes. ¿Cuántos años antes? Canella se sentía incapaz de precisarlo. Sólo le era posible pensar que entre los antiguos artículos de Luigi Einaudi y el que leía hoy en la terraza de un bar, sorbiendo un halado, estaba sin duda la guerra, la Constitución del Carnaro, las elecciones de 1919, la ocupación de las fábricas, *II Popolo d'Italia*, los *fasci di combattimento* y la marcha a Roma. Estaba todavía algo más. Sí; algo que no era solamente la conversión de Papini. Algo que tocaba seguramente más de cerca a su destino individual. Algo que le parecía estar buscando a tientas, con las manos, cuando sacó de su cartera dos liras sucias, ásperas, para pagar su consumo. En la cartera, con las últimas liras, algunos papeles de Mario Bruneri, le recordaron violenta, dolorosamente, la *Questura* de Turín, la oficina dactiloscópica, el arresto, el proceso, la absolución por falta de pruebas, su condición de tipógrafo, sin trabajo, vigilado por la policía. Y, en marcha otra vez, sintió que estos papeles estaban demás en su cartera, en su bolsillo, en su vida y que eran la única prueba de un pasado deshonesto. ¿Por qué no liberarse de ellos, como se había liberado de Turín, de su mujer, la señora Bruneri, y de su amante, la rubia Julieta? Milán podía, quizá, cambiar su destino. Julieta se lo había dicho alguna vez antes de que rompieran. (No era turinesa; estaba en Turín porque la había llevado allí un agente viajero; el Parque del Valentino no ejercía sobre ella ninguna atracción sentimental; apetecía, sin saberlo exactamente, una ciudad industrial, con muchos más bancos, almacenes, cafés, tranvías y turistas. Y se llamaba, seriamente, Julieta. ¿Por qué se llamaba Julieta? Canella se hacía también por primera vez esta in-

terrogación, sin poder responderse). El recuerdo de Julieta, aunque mezclado a los sucesos que lo habían llevado a la *Questura*, para dejar ahí sus huellas digitales, no le pesaba. Era, a pesar de sus complicaciones judiciales, un recuerdo ligero, tierno, matinal. Le pesaban, en cambio, los papeles. Empezaron a pesarle tanto que se detuvo agobiado. Había llegado a un canal pintado en un cuadro de Pettoruti. Un resorte falló de repente en su conciencia, roto por la tensión de ese peso excesivo. Y no quedó ya en él nada que resistiera al deseo repentino, desesperado, de arrojar estos papeles en las aguas grises, sólidas, calladas.

XIII

Ahora, libre de este lastre, el ritmo de la evasión se aceleraba. Un policía se había acercado a Canella con pasos lentos, pesados, de plomo; pero seguros, terribles, implacables. ¿Qué podía querer de él? Ante todo, sus papeles. Desde que los había dejado caer en el canal, habían transcurrido algunas horas. Canella no había cesado de marchar. Estaba en un suburbio. Y había adquirido en este tiempo un aire evidente, visible a él mismo, de fugitivo. Su voluntad de evasión se hizo más desesperada ante este policía que se acercaba. Y había echado entonces a correr furiosamente, como sólo un loco podía correr. Canella se evadía de la razón en esta carrera patética.

Cuando, después de haber corrido rabiosamente hasta el agotamiento, rodó exhausto, Milán estaba distante. Pero la desatada fuerza de evasión continuaba operando en su espíritu. Canella sintió, con lucidez terrible, una sola cosa; que llegaba al final de su fuga: la evasión de la vida.

La policía lo encontró, una hora después, herido, ensangrentado. Con una gastada navaja de afeitar, había tratado de degollarse, cuando todas sus fuerzas lo habían ya abandonado. Más tarde, en el hospital, lo interrogaron en vano. No recordaba nada. No sabía nada. Había perdido, de nuevo, la memoria. Pero, en verdad, había alcanzado la meta hacia la cual todos sus impulsos tendían. Su evasión había concluido. Del hospital pasó al manicomio, sin nombre, sin papeles, sin antecedentes, sin recuerdos. No era ya Mario Bruneri. Todos sus deseos centrífugos habían cesado. Como en Panait Istrati, la tentativa de suicidio no había sino un extremo, desesperado esfuerzo de continuación y renacimiento.

XIV

La señora Canella vivía tan segura de que un día leería, en un periódico, la noticia de que su marido regresaba de un venturoso viaje a América o Australia; o de que, sin anuncio alguno entraría de pronto Canella en su estancia y la abrazaría, silencioso y tierno, que no se asombró demasiado la tarde en que encontró su retrato, en la página 11 de *La Domenica del Corriere*. Lo reconoció a primera vista, a pesar de que, en este retrato, el profesor Canella carecía de ese aire de dignidad magistral, de optimismo docente, que tenía en sus retratos veroneses. Y cuando leyó, en algunas líneas de breviarío, que era el retrato de un amnésico, asilado en el Manicomio de Colegno; y que el director, satisfecho del tratamiento empleado, esperaba que esta publicación le descubriera a su familia y sus antecedentes, tampoco se emocionó con exceso. Tuvo, más bien, la impresión de que era aproximadamente así como ella se había imaginado alguna vez recuperar a su esposo.

Este había perdido la memoria; pero no la razón. Y esta pérdida, sin más importancia que la de la llave de la villa, había sobrevenido quizá para que ella, en vez de aguardar pasivamente el retorno del esposo, partiese loca de amor a su reconquista.

El director del Manicomio de Colegno la recibió con simpatía y curiosidad. No tenía, en apariencia, esa mirada de desconfianza y espionaje ni ese lenguaje de tests de los psiquiatras. No se sorprendió siquiera de que el anuncio de *La Doménica del Corriere* lo pusiese delante de la esposa de un profesor. Sonreía, con la sonrisa del pescador de caña que acaba de sacar una trucha gorda. Había sospechado siempre que el anónimo enfermo no era una persona totalmente vulgar y oscura. Mostró a la señora Canella, después de decírselo, la fotografía original; la impresión podía haber alterado algunos rasgos fisonómicos, quizá hasta causar un error. La señora Canella tomó en sus manos la fotografía como si tomase ya una parte de su esposo mismo. Canella, sin cuello, con una camisa de alienado, no estaba del todo decente en este retrato, entre policial y terapéutico. Pero su mirada era serena e inocente como la de un niño. La fotografía de este hombre sin cuello se parecía extrañamente a las fotografías de los niños desnudos, de las que el candor excluye toda posible indecencia. Era tan visible la felicidad de la señora Canella, que el director se abstuvo de preguntarle si se confirmaba en el reconocimiento. Sentía ya la prisa por producir el encuentro de los dos esposos. El director estaba seguro de que la amnesia del marido iba a desvanecerse, con la prontitud con que se deshace un bloque de hielo bajo un sol ardiente. El sol del Brasil brillaba en los ojos de la señora Canella, como en los mediodías de Sao Paulo.

XV

La villa Canella, en Verona, albergaba al día siguiente a dos esposos felices. Canella había reconocido primero a su esposa, más tarde su villa, y finalmente, en la biblioteca, su edición florentina de Petrarca. De reconocimiento en reconocimiento, sus primeras doce horas en la Villa Canella habían bastado para restituirlo plenamente a su personalidad de doce años antes. La señora Canella para evitarle una transición demasiado brusca, no había advertido su regreso sino a dos parientes íntimos, que a su vez no habían vacilado en reconocerle. En la adopción de la personalidad, y la esposa de Mario Bruneri, Canella había avanzado con la lentitud del que sube una cuesta cuya gradiente y cuya altura no le son familiares; en su restitución a su personalidad y a su esposa propias, avanzaba, en cambio, con la velocidad del que desciende de una montaña, por cuyos declives ha resbalado una gran parte de su vida. El abrazo de la esposa *pazza di amore*, borraba de la memoria restaurada de Canella las huellas de todos los abrazos que, en doce años, habían tratado inútilmente de alejarlo de su verdadero destino.

XVI

Pero en Turín había ahora otra esposa que esperaba: la señora Bruneri. Su espera no tenía la poesía ni la pasión de la espera de la señora Canella, quizá por no ser legítima ni romántica, acaso porque Turín no posee la tradición sentimental de Verona. Era la espera del que hace una antesala demasiado larga. La señora Bruneri había visto, como la señora Canella, la fotografía de su marido en *La Doménica del Corriere*; pero, menos pronta y apta para el viaje, se había contentado con escribir al director del Manicomio de

Colegno, afirmándole que el enfermo desconocido era su esposo, el tipógrafo Mario Bruneri, y adjuntándole un pequeño retrato de éste.

Sabiendo a su esposo en desgracia, sin memoria otra vez, no podía mantener un juicio muy severo sobre su infidelidad y su fuga. Se sentía impulsada, más bien, a la preparación sentimental de la indulgencia y el perdón. Y, remendaba presurosa y diestra, la ropa blanca del ausente —la noticia de *La Doménica del Corriere* decía que había sido recogido desnudo en un camino— y algunos rotos recuerdos de los días felices de su matrimonio.

La señora Bruneri ignoraba que estos días felices habían retornado para dos esposos de Verona. La ropa blanca estaba ya lista, cuando una carta de Colegno vino a comunicárselo. El director del Manicomio le escribía que el enfermo, curado ya de su amnesia, era el profesor Giulio Canella, de Verona; y que había dejado el establecimiento, para dirigirse a Verona con su esposa. Pero que siendo extraordinario, absoluto, el parecido del profesor Canella con la persona del retrato, el tipógrafo Mario Bruneri, le rogaba trasladarse a Colegno para esclarecer el misterio.

XVII

La policía y la psiquiatría de la Italia fascista resolvieron, sin demora, que un solo italiano no podía ser al mismo tiempo el tipógrafo Bruneri de Turín y el profesor Canella de Verona, ni aún como consecuencia de la guerra, la desvalorización de cuyos frutos está legalmente prohibida en Italia, desde la instauración de la dictadura de los *camisas negras*. El profesor Canella fue arrebatado a su villa y a su esposa, ocho días después de la reasunción

de su verdadera personalidad. Algunos tímidos disgustos de su conciencia carducciana, aunque monárquica, podían autorizar la sospecha de que, secreta e invisiblemente espiado, se le castigaba por sus residuos de demo-burgués provinciano, tácitamente incluidos en el nuevo Código Penal del Reino, como hábito subversivo y reprimible. Punición que habría sido excesiva y desmesurada en el caso del profesor Canella, que si dudaba íntimamente que pudiese ser un gran estadista quien no había cumplido hasta el bachillerato sus estudios liceales, se reprochaba esta duda, desde que la sabia e ilustre Universidad de Bologna impuso a Mussolini las insignias del doctorado.

Canella tenía una confianza tan reposada y ortodoxa en la justicia, la ciencia y el código, que no temía de una ni de otra ninguna resolución contraria a su derecho. No se rebeló, pues, contra el vejamen. Su deber era someterse a la indagación de los cuestores y psiquiatras, de la que no podría resultar otra cosa que la confirmación de su legítima personalidad. Puesto en presencia de la señora Bruneri, escuchó con serenidad, casi con cortesía, sus protestas y sus reproches; pero, levemente ruborizado, rehusó reconocerla como su esposa. Su edad de falso Mario Bruneri estaba cancelada, expulsada de su conciencia, como si el profesor hubiese pasado por ella una esponja, sorprendido de encontrar en una pizarra, reservada ante todo a las conjugaciones y a las desinencias irregulares, una ecuación equivocada. Pero la vista de la señora Bruneri le aportaba recuerdos de una existencia irregular que, restituído a su estado legal, le era forzoso rechazar.

Las confrontaciones continuaron. Los funcionarios de policía interrogaban diariamente, en presencia de Canella, a todas las perso-

nas que podían contar algo sobre cualquiera de sus dos existencias. Los testigos de Verona eran pocos y vagos. Habían visto a Canella en algún instante de los ocho días de su reintegración al hogar y habían creído, exentos de toda sospecha, reconocerlo. Los testigos de Turín, en cambio, eran precisos y seguros. No sólo la señora Bruneri identificaba al amnésico como su marido. Lo identificaba también, como Mario Bruneri, su ex-amante Julia. Cuestores y médicos pensaban que una mujer podía engañarse; pero dos mujeres, no. Y menos aún dos mujeres que eran la una esposa, la otra amante. La comedia era demasiado extraordinaria para no merecer los honores de una gran curiosidad y expectación públicas, sabiamente excitadas por los periódicos. El caso Canela o Bruneri, expuesto en su desarrollo cotidiano, con titulares a seis columnas, por todos los diarios, preocupaba a Italia entera. De la atención pública quedaron desalojados la Carta del Trabajo, la batalla del trigo, el problema de la lira, etc. Mussolini mismo se abstuvo de pronunciar en este tiempo un discurso que nadie habría escuchado.

XVIII

Contra decisivos testimonios, la señora Canella mantenía la duda en la conciencia de los funcionarios. Era imposible decidir, después de haberla oído, que se equivocaba simplemente. Había en su voz, en su gesto, una convicción que sólo la verdad podía consentir. La señora Bruneri hablaba con la misma convicción. Pero le faltaba el amor, el lirismo que daba su acento a las protestas de la señora Canella. Este acento vibraba hasta en los reportajes de la prensa. El escepticismo del público medio, del público *ben pensante*, no se contentaba con esto. El reconocimiento de Mario Bruneri se apoyaba

en pruebas mucho más sólidas y numerosas. La certidumbre de una mujer enamorada, no le bastaba para disentir de la impresión dominante en las oficinas de policía. La situación de la señora Canella tendía a aparecer trágicamente ridícula. El «hombre de Colegno», como se le llamaba, en la dificultad de darle un nombre cierto, era sin duda, un simulador; la señora Canella, una alucinada. Había quienes avanzaban más en este juicio: la señora Canella, después de ocho días de notoria intimidación con un desconocido, no tenía más remedio que simular también. Pirandello, interrogado por los periodistas, evitó una declaración explícita sobre el personaje central; pero, con certera mirada de dramaturgo, descubrió el drama más profundo de esta novela pirandelliana e inverosímil en el drama de Giulia Canella.

Ella, la esposa de Verona, la esposa *pazia di amore*, estaba en ese grado de lo sublime y lo heroico indiferente al ridículo. Reporteada por la prensa, no usaba ninguna reserva prudente. Entregaba desnudo e íntimo su drama. Apelaba a la opinión, a Italia, al mundo, contra el veredicto que, por error, pudiesen pronunciar los cuestores. ¿Cómo podía equivocarse ella que había esperado doce años al esposo, con el alma llena de recuerdos? ¿Cómo podía equivocarse ella que no sólo era la esposa del profesor Canella, sino hija de un hermano suyo, criatura de su sangre y de su estirpe? Pero los cuestores de una humanidad exogámica, no podían entender esta razón personal, privada, de la señora Canella. Su alegato sentimental, su fe comunicativa, los conmovía; pero exigían pruebas más físicas. Y, cuando las pruebas llegaron de Turín, no vacilaron ya en emitir su fallo. Las pruebas eran los datos correspondientes a la identidad de Mario

Bruneri, en la época en que, subrogado por el profesor Canella, había sido perseguido por una estafa. Las impresiones digitales y la cicatriz en la espalda establecían, de modo inapelable, que el desconocido de Colegno era el tipógrafo Mario Bruneri. Vano habría sido todo intento de persuadir a la policía y a la ciencia de que Mario Bruneri no era en ese tiempo Mario Bruneri, sino el profesor Giulio Canella. Cuestores y médicos habrían sonreído piadosamente ante este argumento absurdo.

La policía podía decidir, oficialmente, que el profesor Giulio Canella era Mario Bruneri; pero no podía ya imponerle a la esposa del tipógrafo extinto. El fascismo no ha incorporado en sus códigos la fidelidad obligatoria. Y velaba, además, para impedirle una coacción de este género, la señora Canella, más fuerte que todos los fascismos del mundo. Después de revisar cuidadosamente las facultades mentales del «hombre de Colegno», como una parte del público seguía llamándolo, los psiquiatras opinaron que no había causa para remitirlo al manicomio. Era un hombre normal; estaba curado. Y como no existe pena para una simulación de este género, la policía carecía de derecho para mantenerlo preso. Todos los antecedentes del asunto pasaron al tribunal de Turín, y Canella -o Bruneri, según la policía- quedó en libertad. A la puerta de la *questura*, lo esperaba en un auto, irreductible, desafiante, Giulia Canella. Se llevaba a Verona, de nuevo, a su marido, que legalmente no era ya su marido. La señora Bruneri habría podido perseguir, por adulterio, a la pareja. A una señal suya, la policía habría seguido a los acusados a Verona. Pero, menos encarnizada e implacable que la policía, la señora Bruneri prefirió no hacer esta señal.

XIX

La villa Canella era un asilo seguro para el amor conyugal. Durante doce años había guardado, inexpugnable, la esperanza y la fidelidad de Giulia Canella. Ahora celaba su felicidad dolorosa y romántica. Pero si a Giulia Canella le bastaba su destino de esposa, su marido tenía que reivindicar, además, su destino de profesor. Mientras la justicia rehusase reconocerlo como Giulio Canella, no podía regresar a sus funciones ni a sus clases; no podía siquiera sentirse legalmente esposo de la señora Canella. Los doce años de sustitución de Mario Bruneri, en el uso de su nombre, de su oficio y de su esposa, no habían transcurrido en vano. No habían sido suficientes para llegar a transformarlo definitivamente en Mario Bruneri; pero se interponían hoy entre él y su antigua personalidad, alegando derechos formalmente irrecusables. Era, sin duda, el profesor Giulio Canella; pero durante doce años había sido Mario Bruneri. Y esta segunda existencia, que había registrado sus Huellas digitales en los archivos de la policía de Turín, no le permitía continuar su primera existencia sino en sus hábitos conyugales y domésticos. El drama de la señora Canella había entrado en su desenlace; el del profesor Canella, comenzaba apenas. Para un profesor de Humanidades, respetuoso de la ley y del orden, la opinión de los cuestores y psiquiatras es mucho más que una opinión autorizada. El profesor Canella no se podía sentir él mismo, mientras que, legal y jurídicamente, siguiese siendo Mario Bruneri. El juicio del Estado, del público, de la sociedad, era el juicio de la historia. Históricamente, él no era el profesor Canella, en legítima posesión de su mujer, de su villa y de su biblioteca, exonerado sólo de su cátedra; era el tipógrafo Mario Bruneri, en ilícito goce

de todas estas cosas. Era un esposo adúltero, de imprescriptibles antecedentes penales, amante de una viuda que lo mantenía. Romántica, la señora Canella se contentaba con la verdad subjetiva de su amor clásico. ¿Qué podía importarle el juicio del mundo y de la ley? Tenía a su lado a su esposo, después de doce años de espera. Lo tenía, después de haberlo disputado a otra mujer, a la justicia, a sus pretores, médicos y alguaciles. El profesor Canella, en cambio, necesitaba absolutamente una verdad objetiva, acordada con la ley, digna de sus colegas. La señora Canella podía vivir sólo para su amor; el profesor Canella, no. Académico, ortodoxo en todas sus opiniones, creía que el amor no encuentra su orden y su expresión sino en el matrimonio. En su caso, existía el amor; pero, legalmente, faltaba el matrimonio. Toda su vida no debía transcurrir dentro de los muros de la villa Canella. Tanto como la vida de un hombre casado, era la vida de un profesor de segunda enseñanza. Su mujer lo había reconocido sin excitación desde el primer momento; pero sus colegas, coartados por la opinión de la justicia y del *Corriere della Sera*, habían rehusado reconocerlo. Algunos, privadamente, habían reanudado su amistad con él; todos, públicamente, estaban obligados a ignorarlo, mientras pesase sobre él la extraña interdicción que le habían ocasionado sus impresiones digitales, registradas en Turín, a consecuencia de un error del detall del regimiento X, como las de Mario Bruneri.

XX

La señora Canella se estimó generosamente recompensada por sus dolores, al dar a luz una niña. ¿Cuál será el nombre de esta niña? -se preguntaba la murmuración, solícitamente informada de

este suceso, en todas las esquinas- ¿Bruneri o Canella? Desde su lecho, la señora Canella adivinó esta curiosidad callejera y decidió darle respuesta por la prensa. Era necesario que Italia entera, que conocía su drama, conociese ahora su ventura. Tenía razones únicas para dirigirse a su pueblo, como una reina, anunciándoles su maternidad.

Lo hizo en esta carta, que la prensa calificó de vibrante: “Proclamo con el más grande orgullo, aunque sea dueña de mí misma y no tenga la obligación de dar satisfacción de mis actos a nadie, que he ofrecido hoy a mi segunda Patria adorada una nueva hija del dolor, una hija del martirio, una hija de una madre probada en las formas más crueles por una serie de desventuras, soportadas siempre con cristiana resignación; de una madre, que durante 12 años vivió y se mantuvo fiel al esposo lejano, con la esperanza de que el padre de sus hijos volvería en el corazón, conservándose pura, hasta con el pensamiento, para el esposo que Dios le había dado y que regresó a sus brazos perfectamente, íntegramente suyo, digan lo que digan todos aquellos que en buena o mala fe se lo disputan, ciegos por sus teorías que se desvanecen como la niebla al sol ante una, no diré convicción absoluta sino absoluta certeza”.

“Estoy segura, en mi perfecta integridad moral y física, de que mi criatura es hija del héroe de Monastir, de mi Giulio, que ha sacrificado a la más grande Italia, su posición y su salud y que Dios me ha restituido pobre, con la traza de largos sufrimientos. Es hija de Giulio Canella, a quien los hombres quieren arrancarme no sé por qué razón, pero que yo sostendré con la ayuda de Dios, del Dios de los justos y de los buenos, hasta la última gota de mi sangre”.

“Vendrá un día en el cual aquellos que hoy me estorban y contrastan serán deslumbrados por la luz de la verdad, esa verdad que no puede dejar de venir. Entonces yo preguntaré a las almas equilibradas, a los que serenamente razonan, quiénes fueron los sugestionados: si yo con mis leales sostenedores o los adversarios que con tanto (inexplicable) encarnizamiento nos perseguían”.

“Hoy que una nueva maternidad da nuevas palpitaciones a mi corazón pido a todas las madres una plegaria, pido a los hombres de corazón justicia serena y a cuantos han hecho girones, no sólo de mi corazón, sino también de mi honor, a cuantos sobre mi vida intachable han salpicado el fango de la infame calumnia, a cuantos se han divertido a expensas de mi martirio, me han vilipendiado y ultrajado hasta delante de la cuna de mi angelito: no puedo sino enviarles la palabra de perdón. Que Dios les dé sentimientos más humanos. - *Giulia Canella*”.

La ortografía, la gramática de esta carta eran, en algunos retoques, del profesor Canella, a quien finalmente le era dado emplear en algún trabajo su autoridad magistral, literaria; pero el impulso la emoción y el texto eran de la puérpera, que loca de amor seguía representando, con estilo de gran trágica italiana, su papel de protagonista del más pirandelliano e inverosímil romance de amor contemporáneo.

XXI

El tribunal de Turín no quiso dar la impresión de conmoverse. Se había formado juicio inapelable sobre la cuestión. Fiel al positivismo de su tradición, se atenía a las pruebas físicas, a los testimonios múltiples. El «hombre de Colegno» era el mismo a

quien correspondían las impresiones dactiloscópicas, registradas en la *questura* de Milán. Era, pues, Mario Bruneri.

El profesor Canella recibió, abrumado, la comunicación del auto emitido por el Tribunal. El alguacil portador de este papel, había preguntado a la criada: «¿Vive aquí Mario Bruneri?» Dignamente la criada había respondido que no. Habría sido difícil que se entendieran, si los alguaciles no tuviesen práctica en cumplir siempre su encargo, sin comprometer la forma legal. La comunicación era para la persona que había estado en el Manicomio de Colegno y que residía en esa casa.

La señora Canella no supo, por el momento, nada de este auto. En atención a su estado, le fue ahorrada esta impresión. Precaución inútil, porque un fallo adverso del tribunal de Turín, ahora que se sentía victoriosa, no la hubiera arredrado mínimamente. Quedaba el recurso de apelación. Lo ganaría. Y aun si lo perdiese, ¿qué importaría? Defendería su felicidad, contra los tribunales.

Los razonamientos de su marido eran diversos. Empezaba a pensar que en doce años había perdido, quizá, el derecho a volver a ser el profesor Canella. Con la copia del auto en las manos, desfallecido, se sentía casi Mario Bruneri. Esta parte de su pasado era la que había dejado más huellas en el mundo y en él mismo.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI.
ELEMENTOS DE SU FORMACIÓN POLÍTICO-CULTURAL
(1894-1930)

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI. ELEMENTOS DE SU FORMACIÓN POLÍTICO-CULTURAL.

(1894-1930)

José Carlos Mariátegui nació en la ciudad peruana de Moquegua, en 1894.¹ Su padre, don Francisco Mariátegui, fue empleado del Tribunal Mayor de Cuentas, y heredero a su vez –siguiendo la línea paterna– de don Francisco Javier Mariátegui quien fuera secretario del primer Congreso

1.- María Wiese señala como fecha de nacimiento el 14 de junio de 1895 en Lima. Wiese, María, *José Carlos Mariátegui, etapas de su vida*, Amauta, Lima, primera edición, 1959. p. 10. Sin embargo, Guillermo Rouillon señala que “al rastrear en los últimos años diversos documentos relacionados con la vida de Mariátegui, he hallado algunos de importancia cronológica y biográfica. A tal punto, que merced a esta investigación, he descubierto que, en el libro de bautismo, núm. XXXV, a foja 6, de la Parroquia de Santa Catalina M. De Moquegua, está asentada la partida de José Carlos, con fecha 16 de julio de 1894. Mariátegui, según reza el documento pertinente, tenía treinta y dos días de nacido, cuando fue bautizado. -Y agrega- Los datos a que me refiero, vienen a rectificar todo lo relativo al lugar de nacimiento de Mariátegui (no nació en Lima sino en Moquegua), sus nombres de pila (fue bautizado con los de José del Carmen Eliseo) y el año en que nace (no es como se afirma en 1895 sino 1894).” in: Rouillon, Guillermo, *Bio-Biografía de José Carlos Mariátegui*, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, 1963, p. 9. La confusión nace del propio José Carlos Mariátegui, en carta enviada a Samuel Glusberg el 10 de enero de 1927, donde fecha su nacimiento en 1885 en Lima. in: José Carlos Mariátegui, Carta a Samuel Glusberg, Lima, 10 de enero de 1927 (1928). in: *Correspondencia (1915-1930)*..., op., cit., t ii, p. 331.

Constituyente del Perú.² Su Madre, María Amalia La Chira Vallejos, joven mestiza, era hija de un pequeño agricultor que había llegado a la provincia de Chancay, quienes –se cree– serían descendientes del cacique La Chira, al que dieran muerte los conquistadores españoles poco después de haber llegado al valle de Piura.³ Según Rouillon, “herencia que constituyen en José Carlos Mariátegui dos razas titánicas, dos corrientes de libertad.”⁴ A pesar de tan “noble” ascendencia hay pobreza, casi miseria, nos recuerda María Wisse⁵, puesto que su padre muere muy temprano, en 1907, teniendo la madre que asumir la tarea de mantener el hogar, trabajando como modista. Al poco tiempo, se trasladan a Huacho, ahí Mariátegui sufrirá en la escuela un golpe en la rodilla que marcará su vida; ante la gravedad del asunto, los médicos deciden que debe ser trasladado a la capital, donde fue internado en la Maison de Sainte, padeciendo una larga convalecencia, primero en el hospital y luego en su hogar, permitiéndole dicho periodo una total entrega a la lectura, desde donde nacerá su ímpetu por descubrir.

En 1909 ingresa al diario *La Prensa* como obrero alcanza-rejones donde, al cabo de un año, asciende a ayudante de linotipista y, con la impresión que le causó al director Alberto Ulloa Cisneros, por el esfuerzo que le provocaba el trabajo a Mariátegui –producto de su delicada salud– es trasladado a la oficina de Redacción, “ahí por iniciativa propia comenzó a redactar las

2.- Wisse, María, *José Carlos Mariátegui, Etapas de su vida...*, op., cit., p. 10.

3.- Rouillon, Guillermo, “Prologo,” in: Mariátegui, José Carlos, *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Universitaria, S.A., Santiago, Chile, 1955, p. xi.

4.- Rouillon, Guillermo, “Prologo,” in: Mariátegui, José Carlos, *7 Ensayos de interpretación...*, op., cit., p. xi.

5.- Wisse, María, *José Carlos Mariátegui, Etapas de...*, op., cit., p. 11.

noticias que recibía y de esta manera hizo cronista.”⁶ Así, en 1912 queda a cargo de la redacción, se vincula a César Falcón, sintiéndose además, en aquella época, atraído por los escritos de González Prada, Luis Fernán Cisneros y Abraham Valdelomar. La “obra de estos valores extrauniversitarios, constituyó una de las primeras fuentes de su evolución espiritual”.⁷ A mediados de julio de 1916 Mariátegui deja el diario *La Prensa* para ir a trabajar al diario *El Tiempo*. Allí se dedicará a la crónica parlamentaria y, además, tendrá a su cargo la columna *Voces*, relacionándose con todo el círculo artístico limeño. Este es un periodo marcado por un desplazamiento del misticismo hacia temáticas sociales, acercándose a los artículos de Luis Araquistáin, Miguel de Unamuno y Gabriel Alomar, era “la época en que Mariátegui, de simple periodista quería alcanzar una posición doctrinaria”.⁸ Las inquietudes intelectuales y sociales de Mariátegui en dicho periodo son calificadas por Luís Monguió como un “criticismo socializante”.⁹

Entre el 15 de enero al 1° de mayo de 1916, Mariátegui y un pequeño grupo de amigos publicarán la revista *Colónida* que, al decir de Robert Paris “representa la primera ruptura con

6.- Rouillon, Guillermo, “Prologo,” in: Mariátegui, José Carlos, *7 Ensayos de Interpretación...*, op., cit., p. xiii.

7.- Ibídem, p. xiv.

8.- Ibídem, p. xv. Rouillon señala que los artículos leídos por Mariátegui de Araquistáin eran: *Polémica de la guerra 1914-1915, Los orígenes, los hechos e ideas, Principios y políticas en pugna, Batallas económicas, El espíritu socialista*, literatura política aparecía en la revista *España*.

9.- Núñez, Estuardo, *La experiencia Europea de Mariátegui, Amauta*, Lima, 1978, p.16. para una referencia de Luís Monguió, Cfr., Cacchione Amendola, R. (2006). Luis Monguió (1908-2005): Bio-bibliografía de un distinguido peruanista e hispanoamericanista. *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua*, 42(42), 237. <https://doi.org/10.46744/bapl.200602.016>

la ideología dominante: la del civilismo, sin duda, pero también la del *Futurismo* o del *arielismo*".¹⁰ Para abril de 1917 gana el premio "Municipalidad de Lima" y será nombrado vicepresidente del círculo de periodistas. A pesar de los logros, Mariátegui asume este periodo como un "*literato inficionado de decadentismo y bizantismo finisecular.*"¹¹ Para Flores Galindo, esta reacción se ejerce ante un determinado medio sociocultural: el de una cotidianidad inmutable, abrumadoramente diagramada por el estilo conservador de la oligarquía dominante. Además, esta misma sensación de aburrimiento mortal la veremos luego extenderse al espacio político, donde Mariátegui describe el ejercicio del poder por parte de dicha clase: el parlamentarismo.¹² Agotado de ese mundo inmóvil y decadente, en una de sus pocas referencias autobiográficas, señala a su amigo Samuel Glusberg: "Desde 1918 nauseado por la política criolla como diarista, y durante algún tiempo redactor político y parlamentario conocí por dentro los

10.- Robert, Paris, *La formación ideológica de José Carlos Mariátegui*, Cuadernos de *Pasado y presente*, n° 92, México, 1981, p.23.

11.- José Carlos Mariátegui, Carta a Samuel Glusberg, Lima, 10 de enero de 1927 (1928). in: *Correspondencia (1915-1930)*..., op., cit., t., ii, p. 331.

12.- Galindo, Alberto Flores, "Acerca de Juan Croniqueur," ponencia presentada en el coloquio *Mariátegui y la revolución latinoamericana*, Universidad Autónoma de Sinaloa, Culiacan, abril de 1980, citado in: Terán, Oscar, *Discutir Mariátegui*, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1985, p. 20. Agrega Terán, en definitiva, lo que estas descripciones recogen, es el malestar de los sectores intelectuales- o, mejor dicho, de algunos de estos sectores, dentro de los cuales se halla Mariátegui antes la cerrazón cultural operada por el modelo oligárquico. Solamente a partir de 1919, con la penetración de la reforma universitaria en la vida peruana, estas pautas comenzarían a modificarse, pero para entonces nuestro autor ya daba término a su primer ciclo formativo. Para un estudio de los intelectuales contemporáneos de José Carlos Mariátegui, Cfr. Walker, Charles, "Lima de Mariátegui: los intelectuales y la capital durante el oncenio," in: *Socialismo y Participación*, Lima, septiembre, n° 35, 1986, pp.71-88.

partidos y vi en zapatillas a los estadistas, me orienté resueltamente hacia el socialismo...”¹³

Pese a su mirada lapidaria acerca de sus escritos de juventud, son años de exploración intelectual y artísticas para Mariátegui. El gran número de poemas y cuentos, constituyen un camino literario que intentaba conectarse con aquella sociedad descrita en sus textos periodísticos. Antesala de un encuentro intelectual que reunirá sus intereses políticos con la cuestión cultural.

En junio de 1918, inspirándose en la revista *España* de Araquistáin, Mariátegui y sus amigos César Falcón, Félix del Valle, Huberto del Águila, Valdelomar y César Vallejo, publican *Nuestra Época*, punto de partida para esta nueva generación. Poco a poco irán complementando el trabajo literario con los temas políticos. La renuncia de Mariátegui a todos sus seudónimos, refleja el abandono de un estilo decadentista, dando paso a nuevas sensibilidades que le permitirán vislumbrar un nuevo escenario político-cultural. *Nuestra Época* tiene corta vida, termina cuando Mariátegui se vio envuelto en un incidente con un grupo de militares que se sintieron aludidos por un artículo que publicara: *El deber del ejército y el deber del Estado*, cuya posición anti-armamentista, provoca una violenta protesta de los oficiales del ejército que, en numeroso grupo, invaden la redacción para agredirlo. *Nuestra Época* no logra desarrollar un programa socialista, pero aparece como un esfuerzo ideológico y propagandístico,¹⁴ “punto de partida ideal en el itinerario de Mariátegui.”¹⁵

13.- José Carlos Mariátegui, Carta a Samuel Glusberg, Lima, 10 de enero de 1927 (1928). in: *Correspondencia (1915-1930)*..., op., cit., t., ii, p. 331.

14.- Mariátegui, José Carlos, “Antecedente y Desarrollo de la Acción Clasista,” Documento presentado al Congreso Constituyente de la Confederación Sindical Latino Americana, Montevideo mayo de 1929. in: Mariátegui, José Carlos, *Ideología Y Política, Amauta*, Lima, séptima edición, 1975, p. 99.

15.- Paris, Robert, *La formación ideológica de José Carlos Mariátegui*..., op.,

A principios del mes de enero de 1919, Mariátegui y Falcón dejaron el *Tiempo*, para dar vida a un nuevo periódico, *La Razón*, diario en el cual se comprometen con la clase obrera, los empleados del comercio, los estudiantes y la Reforma Universitaria. Período en el cual Augusto B. Leguía, mediante un golpe de Estado efectuado el 4 de julio de 1919, asume el poder en el Perú. *La Razón* se enfrenta críticamente a Leguía, hasta ser considerado por este como un peligro para su régimen. Después de la publicación de una editorial que denunciaba *El tinglado de la Patria nueva*, en agosto de ese año, se prohíbe la circulación del periódico.¹⁶ Leguía, a través de un emisario relacionado con Mariátegui, ofrece a él y a Falcón optar entre la cárcel o un viaje a Europa en calidad de agente de propaganda del gobierno peruano, en otras palabras, era un destierro encubierto.

El 8 de octubre de 1919 Mariátegui y Falcón emprenden su viaje rumbo a Europa, desembarcando el 10 de noviembre en La Rochelle para seguir paso a París. En su corta estadía en Francia visita, en la redacción de *Clarté*, a Henri Barbusse, generándose una gran admiración entre ambos espíritus emancipadores. Años después Barbusse recordará a Mariátegui, dirigiéndose a las perso-

cit. p. 36. Cancelada la revista, algunos de los participantes, entre los cuales se encontraban Luís Ulloa, Carlos del Barzo, Pedro Bustamante Santisteban, César Falcón, José Carlos Mariátegui, Humberto del Águila y un italiano Polestri, deciden constituir un Comité de Propaganda Socialista, “el grupo tiende a asimilarse a todos los elementos capaces de reclamarse socialismo.” in: José Carlos Mariátegui, “Antecedente y Desarrollo de la Acción Clasista,” op., cit., p. 99. 16.- Quijano, Aníbal, “Prólogo,” in: Mariátegui José Carlos, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Ayacucho, Caracas, 1979, p. xxx. Quijano agrega que Mariátegui y Falcón optaron por el viaje a Europa. Se dice que ese gesto de Leguía se debió al hecho de estar casado con una pariente de Mariátegui, por la rama paterna. Y en esas gestiones familiares, sin duda influía el hecho de ser Mariátegui un escritor e intelectual de renombre en el país.

nas que solían estar junto a él, preguntándoles: “¿Ustedes no saben quién es Mariátegui? Y bien... es una nueva luminaria de América; un espécimen nuevo del hombre americano.”¹⁷ Pero el “clima húmedo y los grises impertérritos de su cielo”¹⁸ eran desfavorables para su salud, razón por la cual su estadía en París fue breve, tomando rumbo a Italia.

Mariátegui permanecerá en Italia entre los años 1919-1922, donde conocerá el marxismo,¹⁹ tomando contacto con el mundo intelectual y político italiano.²⁰ Asiste al Congreso del

17.- Bazán, Armando, *Biografía de José Carlos Mariátegui*, Zig-Zag, Santiago, Chile, 1939, p.69.

18.- *Ibidem*, p.71.

19.- José Aricó señala que, si “Mariátegui pudo dar de la doctrina de Marx una interpretación tendencialmente anti economicista y anti dogmática en una época en que intentarla desde las filas comunistas era teóricamente inconcebibles y políticamente peligrosa, solo fue posible merced al peso decisivo que tuvo en su formación idealista italiana en su etapa de disolución provocada por el quiebra del Estado liberal y el resurgimiento de corrientes crocianas “de izquierda” y marxistas revolucionarias. Mariátegui leyó a Marx con el filtro del historicismo italiano y de su polémica contra toda visión trascendental, evolucionista y fatalista del desarrollo de las relaciones sociales, características del marxismo de la II Internacional. El destino deparó al joven Mariátegui la posibilidad, única para un latinoamericano, de llegar a Marx a través de la experiencia cultural, ideológica y política de constitución de un movimiento marxista obligado a justar cuenta por una parte con la crisis de la sociedad y de la cultura del liberales, y con la crisis de la política y de la cultura del socialismo formado en la envoltura ideológica de la II Internacional.” in: Aricó, José, (compilador), *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, Siglo XXI, México 1973. p. xiv.

20.- Rouillon señala que Mariátegui, habíase entregado a entrevistar a los hombres más representativos de Italia; estuvo con: Croce, Papini, Turati, Gobetti, D’Annunzio, Marinetti, Nitti, Sturzo. Visitó también Máximo Gorki y Jorge Sorel, quienes en esos años residían en la península. in: Rouillon, Guillermo, “Prólogo,” in: Mariátegui José Carlos, *7 ensayos de interpretación...*, op., cit., p. xviii.

Partido Socialista en Livorno, entre el 15 y 20 de enero de 1920, del cual se desprende el grupo izquierdista que formará el Partido Comunista de Italia. Ese año también, contrae matrimonio con Ana Chiappe. En Italia, Mariátegui “robustece su peruanismo y confirma la fe en el destino de América”²¹ y es justamente en Italia, señala Esturado Núñez, “donde hizo acopio de experiencia y captó tan intenso caudal de impresiones que resulta significativo en su trayectoria posterior y que no podrá desprenderse en los pocos años que le quedaban de vida”.²²

El 18 de marzo de 1923 Mariátegui regresa al Perú, dicta un ciclo de conferencias sobre los problemas sociales de Europa en la Universidad Popular *González Prada*, asume también la dirección de la revista *Claridad* en ausencia de Víctor Raúl Haya de La Torre, quien fuera deportado por el régimen de Leguía. En 1924 Mariátegui entra en crisis por su antigua dolencia y tienen que amputarle la pierna, a su “*aniquilamiento físico, le opuso su acción creadora.*”²³ Del periodo de recuperación escribe su primer libro *La Escena Contemporánea*.²⁴

En 1926 funda *Amauta*,²⁵ *Revista Mensual de Doctrina, Literatura, Arte, Polémica*.²⁶ En ella se encuentran publicaciones

21.- Núñez, Estuardo, *La experiencia europea de Mariátegui*, Lima, Amauta, 1978, p.21

22.- Ibídem, p.21.

23.- Rouillon, Guillermo, “Prólogo,” in: Mariátegui José Carlos, *7 ensayos de interpretación.*, op., cit., p. xx.

24.- Cfr., Mariátegui, José Carlos, *La Escena Contemporánea*, Lima, Minerva, 1925.

25.- Cfr. Tauros, Alberto, “Noticia de Amauta”, (Estudio introductorio a la reedición facsimilar de la revista *Amauta*), Amauta, Lima, 1976, pp.7-18.

26.- El director de *Amauta* fue José Carlos Mariátegui. Desde la organización de la Sociedad Editorial *Amauta* tuvo por objeto preparar y facilitar la segunda época de la revista, figuró a su lado Ricardo Martínez de la Torre, como gerente. Y este

de autores peruanos, latinoamericanos y europeos. En sus números, a partir de septiembre de 1926, destacarán artículos de Luis E. Valcárcel, José M. Eguren, Carlos Sánchez Viamonte, Antenor Orrego, Armando Bazán, Sigmund Freud, César Falcón, entre otros, pero además se incluirán artículos y comentarios de José Ingeniero, César Vallejos, Gabriela Mistral, así como también, se retomaban artículos de Lenin, Trosky, Henri Barbusse, George Sorel, entre otros.

En 1927, es detenido e internado en el Hospital de San Bartolomé, bajo la acusación de preparar un “complot comunista”,²⁷ en ese año comienza a escribir *Invitación a la vida heroica y La novela y la vida. Siegfried y el profesor Canella*, esta última será su única novela.²⁸

mismo sucedió a Mariátegui, como director interino, mientras se encontraba en estado de gravedad, y como director general después de su muerte. Amauta se imprimió en los talleres de la imprenta Minerva propiedad de Julio César Mariátegui... desde el número 1, hasta el 16, apareció en un formato de 35 por 25,5 cm.; y desde el número 17, hasta el 32, su formato pasó a ser de 25 cm. por 17,5 cm.... La carátula, fuera de numeración, aparecía siempre ilustrada con dibujos de José Sabogal. in: Tauro, Alberto, “Noticia de Amauta”..., op., cit., pp. 14-15.

27.- Cfr. William, W. Stein, G, “José Carlos Mariátegui y el “complot comunista” de 1927”, in: Anuario Mariateguiano, Vol. vii, n° 7, Amauta, Lima, 1995, pp.113-134.

28.- José Carlos Mariátegui, Carta a Samuel Glusberg, Lima, 18 de febrero de 1930. “La prensa de Buenos Aires ha contratado la colaboración de López Albújar, que escribirá para ese diario un cuento mensual de 1000 a 1500 palabras. Ya cuenta entre sus colaboradores a José Gálvez. Esto indica cierta deferencia por los escritores del Perú, de la que la diplomacia de Ud. puede aprovechar en mi favor.— No hago exclusivamente ensayos y artículos. Tengo el proyecto de una novela peruana. Para realizarlo espero sólo un poco de tiempo y tranquilidad. He publicado, en fragmentos, en una de las revistas en que colaboro, un relato, mezcla de cuento y crónica, de ficción y realidad, que editaré si es posible en Santiago, como novela corta”. in: Antonio Melis, Correspondencia (1915-1930).

En el año 1928, la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) se configura como una alternativa política, producto de sectores medios del Perú. Mariátegui entra en polémica por su orientación, rompe con la APRA y con Víctor Raúl Haya de la Torre.²⁹ Las cosas habían llegado demasiado lejos, por lo que el 16 de septiembre de 1928 decide la creación del Partido socialista de Perú, ligado a la Internacional Comunista. Al mismo tiempo crea un órgano de prensa obrera denominado *Labor*, de orientación sindical, para que circule en las fábricas y en las concentraciones de trabajadores. Mariátegui, a su vez, se encuentra conformando la *Confederación General de Trabajadores del Perú* con el objetivo de dar organización y dirección política al movimiento obrero.

En el año 1928 publica su obra más significativa, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*³⁰ que, como señala Michael Löwy, sería “el primer intento de análisis marxista de una formación social latinoamericana concreta.”³¹ Pero es el año 1929, nos recuerda Aníbal Quijano, el que marca el comienzo de una etapa crucial en el desarrollo del pensamiento revolucionario de Mariátegui. En efecto, su designación como miembro del Consejo General de la *Liga contra el Imperialismo*, organismo de la Internacional Comunista –en el segundo congreso de Berlín, a comienzos del año– formaliza su vinculación orgánica con la Internacional, permitiéndole ser invitado al Congreso Constituyente de la Primera Confederación Sindical Latinoamericana de Montevideo y, para

Empresa editora Amauta, Lima, 1984, tomo ii, p. 731.

29.- Cfr., Franco, Carlos, “Mariátegui-Haya: surgimiento de la izquierda nacional”, in: *Socialismos y Participación*, septiembre, n° 8, Lima, 1979, pp.71-88.

30.- Cfr., Mariátegui, José Carlos, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Amauta, Lima, sexagésima segunda edición 1995.

31.- Löwy, Michael, *El marxismo en América Latina. Antología, desde 1909 hasta nuestros días*, Lom, Santiago, 2007, p. 18.

junio de 1929, concurrir a la Primera Confederación Comunista Latinoamericana de Buenos Aires.³²

La enfermedad no le permitió a Mariátegui viajar a la Primera Conferencia Comunista³³, así entonces, en representación de la delegación peruana asiste Hugo Pesce y Julio Portocarrero. Sus tesis presentadas en el congreso fueron duramente criticadas por no encajar en el esquema teórico promovido por la Komintern, en especial por su portavoz latinoamericano, “Saco”, seudónimo de Vittorio Codovilla. Para Mariátegui dicho periodo se presenta complejo, por las dificultades políticas y el acoso permanente de las fuerzas de Leguía, al punto de impulsarlo a planear cambiar su residencia, de Lima a Buenos Aires, periplo que lo llevaría primero viajar a Chile para dictar unas conferencias en la Casa de Bello, pero la muerte lo sorprende el 16 de abril de 1930.

Con su partida, José Carlos Mariátegui deja un legado teórico y práctico, que todavía es fuente de iluminación para los investigadores de la cultura. Recordemos que su labor política

32.- Quijano, Aníbal, “Prólogo.” in: Mariátegui José Carlos, *7 ensayos de interpretación...*, op., cit., p. xxxvi.

33.- Pesce, Portocarrero, Mariátegui y Martínez de la Torre “prepararon la tesis y ponencias que serían llevadas a Montevideo y a Buenos Aires. Para la I conferencia Comunista se elaboraron específicamente, “*El problema de las razas en América Latina*” y “*Punto de vista antiimperialista*”. Antes que partiera la delegación, se reunieron todos los nombrados para discutir, con evidente premura, la situación del país y los aspectos organizativos del partido Socialista, pero en Buenos Aires Tanto Portocarrero como Pesce no sólo fueron portadores de las ideas del grupo de Lima, sino que además llevaron su propios planteamientos, con los que intentaron defender y argumentar frente a las continuas objeciones que desde un inicio recibirían en la Conferencia.” in: Galindo, Alberto Flores, *La agonía de Mariátegui*, Instituto de Apoyo Agrario, tercera edición, Lima, 1989, p.37. para los artículos presentado en la primera conferencia comunista de Buenos Aires, in: Mariátegui, José Carlos, *Ideología y Política, Amauta*, séptima edición, Lima, 1975. especialmente, pp.21-95.

crece a la par de su labor literaria, justamente dicha producción, donde va mostrando la sensibilidad del mundo social peruano, sus frivolidades, sus angustias y sus alegorías, son el sustento humano donde se genera su creación teórica y política en el proceso de construcción del socialismo.

Patricio Gutiérrez Donoso.

Agradecemos al equipo de trabajo y conservación del archivo virtual José Carlos Mariátegui, por habernos facilitado importante material utilizado en la elaboración de esta publicación. En especial a su director, José-Carlos Mariátegui Ezeta, quien puso a nuestra disposición los documentos inéditos presentados en este libro.

COLOFÓN

E D I C I O N E S

MARIÁTEGUI LITERARIO. LA CREACIÓN DEL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO ©JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI. RPI 2021-A-9380, ISBN 978-956-9301-71-1. EDITADO EN EL TALLER INUBICALISTA DE BARRIO PUERTO, VALPARAÍSO Y PUBLICADO EN EL OTOÑO DEL 2022. PARA SU COMPOSICIÓN SE UTILIZÓ LA TIPOGRAFÍA ADOBE GARAMOND PRO. PARA LA IMPRESIÓN DE INTERIOR SE UTILIZÓ PAPEL BOND AHUESADO DE 80 G, Y COUCHÉ DE 300 GRAMOS PARA LA PORTADA. SE REALIZARON 300 EJEMPLARES.

INUBICALISTAS

WWW.EDICIONESINUBICALISTAS.CL

La antología *Mariátegui Literario, la creación del espíritu revolucionario* reafirma el ideario político de Mariátegui, ya que en ella se manifiesta como la obra del autor va tomando una forma propia y autónoma en el proceso de estructuración de una visión de mundo que le permitió entrar en la sensibilidad de las múltiples capas sociales del Perú. Es un error hablar de un Mariátegui joven, sensible y poético, en contraposición a uno intelectual crítico, racional y teórico. Su obra no se puede dividir en etapas que escindan a un autor en su producción dialéctica, pues el pensador peruano no deja de lado su trabajo literario, más bien, es el sustento emocional de su creación, retazos de profunda humanidad que se encuentran presente en toda su obra.

